

EL AMOR ENTRAÑABLE DEL PADRE

GUIA PARA UNA LECTURA COMUNITARIA
DEL EVANGELIO DE JUAN



La Casa de la Biblia



4.^a edición

animador





La Casa de la Biblia

EL AMOR ENTRAÑABLE DEL PADRE

**Guía para una lectura comunitaria
del evangelio de Juan**

Animador

CUARTA EDICIÓN



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1998

PRESENTACIÓN

En la preparación de estos materiales han participado:
Florencio Abajo, Eugenio García, Rocio García, Irene Vega y
Emilio Velasco, bajo la dirección y coordinación de Santiago
Guijarro.

Dibujos: *Jan Muza*.

Portada: *El retorno del Hijo Pródigo*.

Recreación del cuadro original de Rembrandt, de *José Ramón
Sánchez*.

4.ª edición

© La Casa de la Biblia 1998

© Editorial Verbo Divino
Avda. de Pamplona, 41. 31200 Estella (Navarra)

ISBN 84 8169 276 X (Libro del animador)
ISBN 84 8169 258 1 (Obra completa)

Fotocomposición: La Casa de la Biblia
Mayor, 81. 28013 Madrid
Impresión: Gráficas Lizarra, S. L. Estella (Navarra)

Depósito legal: NA. 2.037-1998
Impreso en España

Desde hace ya dos años venimos ofreciendo unos materiales sencillos para facilitar la lectura creyente del evangelio: *El auténtico rostro de Jesús. Guía para una lectura comunitaria del evangelio de Marcos* (1996); *El impulso del Espíritu. Guía para una lectura comunitaria de los Hechos de los Apóstoles* (1997). En su origen estos materiales pretendían responder a una iniciativa concreta surgida en la diócesis de Santander para preparar la celebración del Jubileo del año 2000. Sin embargo, la difusión que han tenido estas guías de lectura ha superado con mucho las fronteras de aquel proyecto inicial. Desde diferentes lugares nos han llegado palabras de ánimo para preparar una tercera guía de lectura con la que ir descubriendo el rostro de Dios Padre. Ofrecemos ahora el resultado del trabajo de este año con la esperanza de que estos materiales sigan sirviendo de ayuda a muchos grupos cristianos para acercarse de una forma directa y viva a la Palabra de Dios.

En esta presentación repetiremos gran parte de lo que decíamos en la introducción a la guía de lectura del libro de los Hechos, pues la metodología que proponemos es la misma que ya ofrecimos allí, y la disposición de los diversos elementos de cada sesión no ha variado.

1 Un proyecto de evangelización

La clave más importante de estos materiales es que se inscriben en un proyecto evangelizador. Las fichas de lectura y las orientaciones para los animadores de los grupos pretenden llevarnos hasta el umbral de la experiencia que los primeros cristianos dejaron reflejada en el evangelio y las cartas de San Juan, y desaparecer después, para que cada uno prosiga su camino de encuentro personal con aquellos primeros testigos de Jesús.

El camino que ofrecemos se apoya en tres pilares, en tres claves de lectura, que es importante tener en cuenta antes de comenzar a caminar.

En primer lugar, proponemos hacer este camino no en solitario, sino con otros creyentes, *en comunidad*. Esta forma de leer los

Escritos de San Juan hace justicia a su primera intención, pues tanto el evangelio como las cartas fueron escritos en una comunidad y para una comunidad. Esta primera clave exige una actitud de apertura y sencillez; de aceptación de los demás y de entrega generosa de sí mismo en la comunicación de las propias experiencias.

En segundo lugar, deseamos que la lectura se haga *con actitud de fe y en clima de oración*. Queremos hacer una lectura creyente. Hay muchas maneras de leer la Biblia. Nosotros elegimos una que responde a la intención con que fueron escritos el evangelio y las cartas de San Juan: fortalecer la fe de las comunidades cristianas (Jn 20,30). Esta segunda clave requiere de los participantes una actitud de apertura a Dios, de confianza en su capacidad de hablarnos hoy a través de su Palabra y de los acontecimientos de la vida.

Y en tercer lugar, al hacer esta lectura debemos estar *abiertos a la conversión*. Si el encuentro con el Señor resucitado, a través de la experiencia que las primeras comunidades cristianas dejaron reflejada en los escritos de San Juan, no va cambiando nuestras vidas, si no nos dejamos interpelar y transformar por esa experiencia, entonces nuestro acercamiento a la Palabra de Dios habrá sido inútil.

Así pues, lo que proponemos es hacer una lectura comunitaria del evangelio y de las cartas de San Juan en clave de oración y orientada a la conversión.

2 ¿Por qué hemos elegido los escritos de San Juan?

Cada año, al comenzar a preparar estos materiales nos hacemos la misma pregunta: ¿Qué escrito del Nuevo Testamento podría ayudarnos a seguir mejor el itinerario de preparación del Jubileo? Este año teníamos que buscar un escrito que nos ayudara a descubrir el rostro del Padre, y finalmente elegimos el evangelio y las cartas de San Juan, por diversas razones.

La primera de ellas es que en estos escritos, sobre todo en el evangelio, es donde más se habla del Padre, de su proyecto de amor sobre la humanidad, de la relación de Jesús con Él. A pesar de las dificultades que entraña la lectura de estos escritos nos parecía que esta constante referencia al Padre justificaba el intento de adentrarnos en ellos.

Por otro lado, los escritos de San Juan constituyen, dentro del Nuevo Testamento, una tradición distinta a la representada por Marcos y Hechos, que son los libros que hemos leído en estos dos últimos años. Marcos y Hechos reflejan la experiencia de fe de los cristianos que vivían fuera de Palestina durante la segunda generación cristia-

na, mientras que Juan es testigo de una experiencia del cristianismo muy original que tuvo lugar en aquella misma época en Palestina o sus alrededores. El estilo, el lenguaje, los temas que aborda y la forma de plantearlos son muy diferentes. La lectura de estos escritos puede ayudarnos a enriquecer nuestra experiencia cristiana porque nos ofrece una visión complementaria a la que ya conocemos.

También hemos tenido en cuenta el hecho de que el evangelio de Juan tiene un puesto importante en las celebraciones del año litúrgico, y esto ha determinado a veces la elección de algunos pasajes para las “guías de lectura”. De este modo, la lectura que vamos haciendo en los grupos nos ayudará también a celebrar mejor nuestra fe.

Finalmente, hemos querido continuar la lectura del evangelio con la de las cartas de Juan, porque ambos escritos se complementan, pues fueron redactados para las mismas comunidades y, probablemente, por el mismo autor.

Quienes siguieran el año pasado el itinerario que propusimos para leer el libro de los Hechos, pueden dar un paso más y descubrir que el origen último de la vida de la Iglesia y de la acción del Espíritu en el mundo es el proyecto de amor del Padre. Quienes no lo hayan seguido, encontrarán también aquí sugerencias para descubrir este amor entrañable en sus propias vidas.

Lo mismo que hicimos en la lectura de Marcos y de Hechos, al leer los escritos de San Juan combinaremos dos elementos. Antes de cada encuentro leeremos unos capítulos guiados por una pregunta sencilla, que después pondremos en común al comienzo de cada reunión. Pero la mayor parte del tiempo la dedicaremos a leer y meditar juntos un pasaje concreto de la sección que hemos leído personalmente antes.

3 Desarrollo de cada encuentro

Cada reunión irá precedida de una preparación personal, y seguida de una reflexión para interiorizar lo descubierto en cada encuentro.

Antes de cada encuentro

Cada participante leerá los capítulos que se indican al final de la ficha de la sesión anterior con ayuda de una pregunta sencilla, que se encuentra en el apartado “Para preparar el próximo encuentro”. Es muy importante que todos hagan esta lectura reposadamente, y que lleven luego sus aportaciones al grupo. Si hay personas que tienen dificultades para hacerlo solas, se pueden organizar en

pequeños grupos de dos o tres para hacer esta lectura. Esta forma de preparar la reunión suele ser muy enriquecedora.

En el encuentro con el resto del grupo

La reunión tendrá dos momentos: primero pondremos en común lo que hemos descubierto en la lectura personal, y después nos centraremos en la lectura de un pasaje concreto. La guía de cada sesión ofrece sugerencias para estos dos momentos del encuentro.

La puesta en común ha de ser necesariamente breve. Su objetivo es ambientar la lectura del pasaje concreto, que será lo más importante.

La lectura del pasaje elegido seguirá siempre el mismo itinerario, que responde a las claves de lectura descritas más arriba. Este itinerario se inspira en la *Lectio Divina*, una forma de lectura creyente de la Biblia con una gran tradición en la Iglesia. Tiene cuatro pasos, que van precedidos de una sencilla ambientación:

– *Miramos nuestra vida*. Partimos siempre de una experiencia de vida, para que todo el mundo pueda participar. Cuando se empieza a hablar de teorías muchos quedan excluidos de la conversación. Cuando se habla de experiencias de vida todos tienen algo que aportar. Puede que al principio haya gente a la que le cueste hablar. Una forma de hacer participar a todos es que el animador plantee a un miembro la pregunta que viene en este apartado, y luego él, después de responderla, le haga esta misma pregunta a otro, y así sucesivamente hasta que todos hayan opinado.

– *Escuchamos la Palabra de Dios*. Debe hacerse con esmero y dedicación. En cada ficha ofrecemos unas preguntas y la indicación de que se consulten las notas, y de que cada uno vuelva a leer personalmente el pasaje elegido. El objetivo fundamental de este segundo paso es descubrir la experiencia de fe que se encuentra reflejada en cada pasaje. En este momento el animador podrá iluminar al grupo si antes ha preparado bien la reunión consultando la explicación del pasaje que le ofrecemos en los materiales complementarios. Sin embargo ha de tener mucho cuidado para no anular las aportaciones del grupo. Sólo debe hablar al final, para subrayar, valorar y completar lo que el grupo ha descubierto.

– *Volvemos sobre nuestra vida*. En este tercer momento se trata de poner en diálogo la experiencia de la que hemos hablado al principio con lo que hemos descubierto en la Palabra de Dios. Ha de ser un diálogo sincero y desde la fe. Para que todos participen puede seguirse la técnica descrita en el apartado “Miramos nuestra vida” u otra. El animador, si está atento, irá captando qué es lo que facilita más la participación.

– *Oramos*. Todos los encuentros terminarán con una breve oración, relacionada con lo que hemos descubierto para nuestra vida. Aquí ofrecemos a veces símbolos o acciones simbólicas que ayuden al grupo en este paso a la oración. Son sólo sugerencias, que deben seguirse en la medida que ayuden al grupo a orar.

La reunión puede durar entre una hora y cuarto y una hora y media, dependiendo del número de personas que integren el grupo. A la primera parte (puesta en común) se le puede dedicar entre veinte minutos y media hora; y a la segunda (lectura del pasaje elegido) aproximadamente una hora.

Después del encuentro

Es conveniente que el encuentro se prolongue en una reflexión personal, en la que cada uno interioriza lo que ha descubierto en la reunión. También debe extenderse en el compromiso que cada uno va adquiriendo.

4 Programar los encuentros

Cada grupo tendrá que hacer su propia planificación, dependiendo de las reuniones que decida tener en el curso. Los materiales están pensados para que puedan utilizarse de diversas formas, de modo que puedan responder a situaciones diversas.

Se ofrecen fichas para quince sesiones, pero no es necesario que todos los grupos tengan las quince reuniones. Como mínimo habría que tener diez para abordar los temas centrales del libro y leer la mayor parte del mismo. Existen también posibilidades intermedias. Cada grupo con su animador tendrá que hacer su programa. Para ello, ofrecemos aquí algunas claves.

Para el “itinerario breve” (diez sesiones) sugerimos las sesiones: 1, 2, 3, 5, 7, 8, 9, 11, 13 y 15. Las nueve primeras proponen la lectura de todo el evangelio, excepto los caps. 7-8, que son bastante complejos, y que en una primera lectura pueden saltarse. Si el animador lo considera oportuno por alguna razón, puede elegir la sesión 4 en lugar de la 3, y la 10 en lugar de la 11, pues en ambos casos dedicamos dos sesiones a leer los mismos capítulos. La última sesión es también importante por el tema y porque la hemos pensado como revisión de todo el recorrido.

Caben posibilidades intermedias, de acuerdo con las necesidades y las preferencias del grupo. El animador y el grupo irán decidiendo de acuerdo con las reuniones que puedan tener.

5 Cómo utilizar estos materiales

Los materiales que ofrecemos son de dos tipos. Unos están pensados para utilizarlos directamente en el grupo, y otros para ayudar al animador en su tarea. Los segundos van en letra más pequeña y se identifican con un icono (☞).

Material para los participantes

- Lectura continuada
- Guía de lectura
- Para profundizar
- Para preparar el próximo encuentro

De la primera y la segunda ya hemos hablado más arriba al describir el desarrollo de la reunión.

En el apartado "Para profundizar" ofrecemos una serie de explicaciones sobre el tema central de la sesión. Puede utilizarse de dos formas distintas: a) invitando a los participantes a que lo lean y reflexionen sobre él después de la reunión; b) leyéndolo juntos al final de la reunión como conclusión de la misma. Esta segunda fórmula es, probablemente, la mejor porque así nos aseguramos de que todos lo leen.

En el recuadro "Para preparar el próximo encuentro" se dice qué capítulos hay que leer para el siguiente encuentro y cuál es la pregunta que hay que tener presente al leerlos. Cuando no se hacen todas las sesiones hay que indicar a los participantes cuál es el recuadro que deben utilizar para preparar la reunión, pues a veces no será el de la ficha que han trabajado en la sesión, sino el de la precedente a la que se trabajará al día siguiente.

Material para el animador

- ¿Qué buscamos con este encuentro?
- Orientaciones para la puesta en común de la lectura continuada
- Explicación del pasaje que se lee en grupo

En la sección "¿Qué buscamos con este encuentro?" pretendemos aclarar cuál es el objetivo de la sesión. El animador debe tenerlo muy claro antes de comenzar, pues así podrá orientarla mejor. Esto no quiere decir que deba seguirlo con rigidez, pues a veces surgen cuestiones que es necesario abordar, y habrá que dejar un poco de lado la marcha normal de la sesión. Tener claro el objetivo ayuda a no perderse y a saber hacia dónde caminamos.

En las orientaciones para la puesta en común se ofrecen algunos datos para centrar esta primera parte de la sesión, que podría alargarse demasiado si el animador no la reconduce hacia la pregunta que se hizo para facilitar la lectura de los capítulos correspondientes.

Finalmente, la explicación del pasaje que se lee en cada sesión pretende ofrecer al animador una serie de datos para complementar las aportaciones de los miembros del grupo. En algunos casos, incluso, podría leer al grupo algunos párrafos que iluminen una cuestión que se debate o que conviene aclarar.

6 Bibliografía básica

Sería muy interesante que los animadores, al menos aquellos que puedan hacerlo, completaran los materiales que les ofrecemos con un estudio algo más detallado de los escritos de San Juan. En cualquier caso conviene que tengan acceso a algunos libros básicos de consulta, para poder resolver las cuestiones que se vayan planteando. He aquí algunas sugerencias:

- J. L. Sicre, *El Cuadrante. Parte III: El encuentro. El cuarto evangelio*, (Estella 1998), Ed. Verbo Divino.

Este libro puede ser de gran ayuda tanto para los animadores como para los participantes, porque va descubriendo con un estilo narrativo y atrayente las claves para comprender el evangelio de Juan. Si el grupo está de acuerdo en adoptarlo como lectura complementaria de las sesiones, sería conveniente que el animador lo leyera con anterioridad y fuera señalando al grupo las páginas en las que se explican los pasajes que se abordarán en las sesiones del grupo, para que puedan ser leídas antes de la reunión.

- L. F. García-Viana, *El Cuarto Evangelio*, (Madrid 1996), Ed. Paulinas.

Una introducción sencilla y bien documentada sobre los diversos aspectos (histórico, literario y teológico) del evangelio de Juan. En la parte central del libro va haciendo una lectura continuada de todo el evangelio que puede ser muy útil a los animadores para preparar la "lectura continuada" de cada encuentro.

- J. O. Tuñí-X. Alegre, *Escritos joánicos y cartas católicas*, (Estella 1995), Ed. Verbo Divino.

Se trata de un manual pensado para los estudiantes de teología. No lo recomendamos para leerlo de seguido, sino como libro de consulta para los animadores sobre algún aspecto.

- F. Fernández Ramos, "Evangelio según San Juan. Introducción y comentario", en S. Guijarro-M. Salvador, *Comentario al Nuevo Testamento*, (Madrid, Salamanca, Estella 1995), Ed. Atenas, PPC, Sígueme y Verbo Divino.

Ofrece una introducción y comentario a todos los pasajes del evangelio, así como un vocabulario elemental con las expresiones que tienen un sentido especial en la obra de San Juan. El mismo autor presenta en este libro un breve comentario a las cartas.

- J. Guillet, *Jesucristo en el evangelio de Juan*, (Estella 1986), Ed. Verbo Divino. Cuadernos Bíblicos n° 31.

- M. Morgen, *Las cartas de Juan*, (Estella 1988), Ed. Verbo Divino. Cuadernos Bíblicos n° 62.

El primero de estos dos cuadernos se centra en la presentación de Jesús que hace el evangelio de Juan. El segundo puede ser muy útil para las dos últimas sesiones, que dedicamos a leer la primera carta de San Juan

Finalmente recomendamos dos comentarios amplios y documentados, que pueden ser utilizados, sobre todo, como material de consulta, para aclarar la interpretación de algún pasaje concreto.

- R. Brown, *El evangelio según San Juan*. 2 Vols., (Madrid 1979), Ed. Cristiandad.

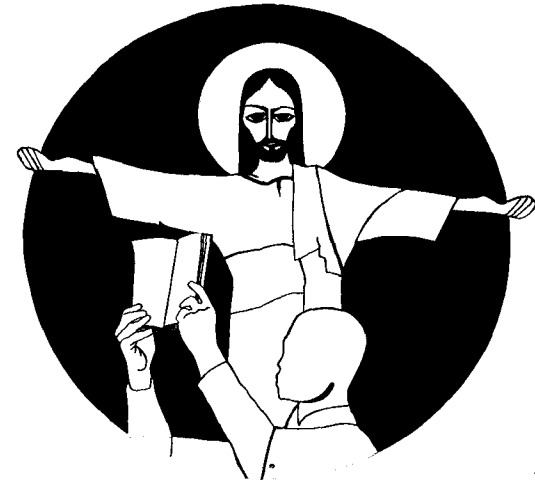
Es un comentario muy detallado. En cada pasaje comienza analizando las palabras y expresiones concretas, y luego pasa a una explicación de conjunto. Al final de cada explicación incluye bibliografía sobre el pasaje comentado.

- X. Léon-Dufour, *Lectura del evangelio de Juan*. 4 Vols., (Salamanca 1995), Ed. Sígueme.

Es el comentario que más puede ayudar al animador a completar las explicaciones de los diversos pasajes. Su objetivo es hacer una lectura del texto del evangelio tal como ha llegado hasta nosotros, buscando su coherencia y resaltando los grandes temas teológicos que aparecen una y otra vez.

El equipo de La Casa de la Biblia

1 OS PROPONEMOS DESCUBRIR JUNTOS EL AMOR DEL PADRE



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

El primer encuentro de un grupo es muy importante. En él los participantes se conocen, se sitúan, se crean relaciones entre ellos, se concreta qué se va a hacer y cómo. Por eso el animador debe prepararlo detenidamente, y debe realizarlo sin prisa intentando crear un clima cordial entre las personas que asisten.

Tu cometido como animador en esta primera sesión consistirá en:

a) Antes de la reunión:

- Recordar a los participantes el día, la hora y el lugar de la reunión.
- Preparar la sala donde se tendrá el primer encuentro: que sea un lugar acogedor, tranquilo, que los asientos estén colocados de tal modo que se vean todos. En un lugar destacado puede haber un símbolo (por ejemplo la Biblia abierta, un cirio encendido, un icono, etc.).

b) Durante la reunión:

Como hemos dicho, este primer encuentro es una toma de contacto. Lo dedicaremos a ponernos de acuerdo en lo que vamos a hacer y cómo: fijaremos los objetivos para el curso, la metodología, el horario y otras cosas que ayudarán al correcto funcionamiento del grupo. Que-

remos también iniciar a los participantes en la lectura del evangelio de Juan, engancharles en la aventura que juntos vamos a recorrer.

Concretamente nos proponemos:

- Crear un buen clima entre los participantes (relaciones).
- Ponernos de acuerdo en lo que vamos a hacer (objetivos).
- Establecer cómo lo vamos a hacer (metodología).
- Despertar el interés por el evangelio de Juan.

DESARROLLO DEL ENCUENTRO

En este primer encuentro vamos a intentar ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a hacer en el grupo y cómo lo vamos a hacer. Es importante que manifestemos lo que esperamos de estas reuniones, pues vamos a comenzar un camino juntos y será más fácil llegar a la meta si desde el principio exponemos nuestras expectativas y logramos ponernos de acuerdo en cómo vamos a caminar.

Seguiremos los siguientes pasos:

- Saludo de bienvenida de parte del animador o de quien haya convocado al grupo.
- Presentación de cada uno de los participantes.
- Ponemos en común las motivaciones que cada uno ha tenido para venir al grupo y lo que espera encontrar en él. Una vez que todos nos hayamos expresado, el animador expone al grupo el objetivo que propone la parroquia o la comunidad que convoca. Entre todos, animador y participantes, trataremos de establecer el objetivo del grupo, un objetivo común aceptado por todos.
- Nos ponemos de acuerdo en cómo lo vamos a hacer, escuchando atentamente la explicación que el animador hará de los materiales.
- Acordamos el lugar, la hora y la frecuencia de nuestros encuentros.
- Presentamos la tarea para la próxima reunión.

 Para facilitar la tarea al animador, explicamos a continuación cómo realizar los pasos que acabamos de mencionar, indicando entre paréntesis el tiempo aproximado que podemos dedicar a cada uno de ellos. Ofrecemos dos posibilidades: una, si es la primera vez que se reúne el grupo, otra, si ya lleva un tiempo de rodaje. El animador, para adecuarse mejor a su grupo, puede estudiar la posibilidad de mezclar ambas opciones.

Si es la primera vez que se reúne el grupo:

1. *Entablar relaciones* (10'). En un tono distendido y amable, el animador da la bienvenida a los participantes y les invita a que se presen-

ten, sobre todo aquellos que no se conocen. Para ello puede utilizar alguna técnica de dinámica de grupos, o sencillamente pedir que cada uno diga cómo se llama, dónde vive, a qué se dedica, etc. Esta primera presentación puede ser breve.

2. *Establecer el objetivo* (30'). Una vez que todos se han presentado, se pasa al momento central del encuentro. Se trata de ponernos de acuerdo sobre el objetivo del grupo para este año. El animador pregunta a los participantes qué esperan encontrar en este grupo. Sería conveniente que uno de los integrantes del grupo hiciera la labor de secretario/a y apuntara lo que va saliendo. Cuando todos hayan hablado, intentará presentar un resumen de lo dicho, subrayando en lo que se haya coincidido más. Seguidamente el animador presentará cuál es el objetivo que se pretende al convocar estos encuentros:

Hacer una lectura comunitaria del evangelio y la primera carta de San Juan en clave de oración y orientada a la conversión.

Entre todos, trataremos de compaginar este "objetivo oficial" con los objetivos expresados, intentando extraer un objetivo común, válido para este grupo y este año.

Al final el animador pedirá al secretario/a que escriba el objetivo en el que nos hemos puesto de acuerdo para poder revisarlo más adelante.

3. *Explicar la metodología* (10'). El animador explica la metodología que se va a seguir, refiriéndose sólo a las grandes líneas:

- Los miembros del grupo preparan cada encuentro antes de la reunión comunitaria, leyendo los capítulos que se indican al final de cada sesión en el recuadro "Para preparar el próximo encuentro", teniendo presente la pregunta que se propone para guiar dicha lectura.

La preparación de cada encuentro puede ser individual o pueden hacerla también varias personas juntas. Esto último es aconsejable si cuesta la lectura personal, si hay dificultad para sacar tiempo o por otros motivos.

- Los encuentros tendrán básicamente dos partes. En la primera, que será más breve, pondremos en común lo que cada uno ha descubierto en la lectura personal. En la segunda, que será la más extensa, haremos la lectura de un pasaje concreto, siguiendo los pasos y las preguntas que se indican en la "Guía de lectura".

- Dentro de la misma reunión o tal vez en otra (esto debe decidirlo el grupo), puede leerse el apartado "Para profundizar", en el que se desarrollan una serie de temas básicos que aparecen en el evangelio y la primera carta de Juan y que tienen relación con problemas y situaciones de la vida de la Iglesia de hoy.

4. *Cuestiones prácticas*. Las dos más importantes para comenzar son:

- Establecer el lugar, día y hora de las reuniones.
- Elegir un secretario/a para el resto de las sesiones y dos o tres personas que se ocupen de la ambientación para el próximo encuentro.

5. *Explicar el recuadro* "Para preparar el próximo encuentro". Al hacerlo conviene comprobar si todos los miembros del grupo saben buscar las citas. Si hay alguno que no sepa, sería bueno explicarlo y dedicar algunos minutos a buscar algunas citas, para que todos sepan cómo hacerlo.

6. Si se considera adecuado, podría leerse en grupo el apartado "Para profundizar" de este tema. Lo normal es que no haya tiempo, y en ese caso podría pedirse a los participantes que lo leyeran en casa y comentarlo brevemente al comienzo de la próxima reunión. Aquellos grupos que dispongan de tiempo podrían, incluso, dedicar una sesión a comentar lo que se dice en dicho apartado, completándolo con las informaciones que cada uno puede encontrar en la introducción de su Biblia al evangelio y la primera carta de San Juan.

Para los grupos que ya tienen un rodaje

Lo expuesto hasta aquí es válido sobre todo si es la primera vez que se reúne el grupo. Pero si éste lleva ya uno o dos años de camino, y especialmente si han utilizado las dos guías anteriores, *El auténtico rostro de Jesús* y *El impulso del Espíritu*, lo más probable es que algunas de las indicaciones que hemos ofrecido no sean necesarias. Señalamos a continuación algunas notas que pueden ser útiles al animador que tenga un grupo bíblico con algún año de camino:

1. Tras la *acogida* cordial y dado que los participantes ya conocen el nombre y los datos externos de los miembros del grupo, el animador podría invitarles a *presentarse* de modo distinto. Pueden hacerlo a partir de un pasaje. Cada uno de los participantes elige un texto bíblico que en este momento de su vida le sea particularmente cercano, lo comenta al grupo y dice por qué le resulta significativo: por su situación familiar, por su búsqueda, porque responde a sus esperanzas... Así comenzamos compartiendo algo de lo que somos, algo de lo que nos afecta por dentro. Éste es el tipo de comunicación que queremos seguir manteniendo en el grupo bíblico.

2. Nos ponemos de acuerdo en el objetivo del grupo para este año. Conjugamos el "objetivo oficial" con los objetivos personales para elaborar el *objetivo común* del grupo. Como ya hay experiencia, se puede seguir el camino de otros años, poniendo atención en no caer en los mismos errores: tal vez un objetivo excesivamente amplio, no evaluable...

3. Presentación breve de la *metodología* (ya se conoce de otros años). El animador puede entablar, en este momento, un *diálogo* con los participantes.

- Breve repaso por lo esencial de los años anteriores:
 - 1^{er} año: Quién es Jesús, quiénes somos sus discípulos.
 - 2^º año: El Espíritu de Jesús resucitado impulsa a la misión hasta los confines de la tierra. Se crean comunidades cristianas que extienden el Evangelio.
- Este año queremos acercarnos al amor entrañable del Padre que nos revela Jesús. Lo haremos desde el evangelio y la Primera carta de San Juan. Si preguntáramos al autor cómo debemos leer este evangelio, nos respondería con Jn 20,30-31.

El animador, después de invitar a que alguien proclame el pasaje, lo comenta con el grupo. Pueden ayudarle las notas de su Biblia o estas reflexiones:

- La intención de Juan al escribir su evangelio aparece en el primero de estos versículos: "para que creáis". Éste fue su objetivo. Invita así al lector de todos los tiempos a entrar en el juego de la opción a favor o en contra de Jesús, decisión que marca toda su obra.
- Jesús para Juan y para el creyente es el Mesías, más aún, su unión con el Padre manifiesta que es el Hijo de Dios. Lo dicen sus signos y sus palabras.
- Si aceptamos a este Jesús, si optamos por Él, alcanzamos la vida eterna.
- Podemos terminar con una breve oración en torno a este pasaje.

4. Comentamos algunas cuestiones prácticas que nos serán de utilidad durante este curso: quedamos en la hora, lugar de reunión...

5. Leemos juntos el recuadro "Para preparar el próximo encuentro". Recordamos la dinámica de otros años en este punto.

6. Quedamos de acuerdo en cómo vamos a leer el "Para profundizar" de esta primera sesión: en casa, en la próxima reunión del grupo...

PARA PROFUNDIZAR

"LA CASA DE LOS TESTIGOS" **Introducción al evangelio de Juan**

Escribir un libro es como construir una casa. Se parte de un proyecto, se edifica sobre un solar y, poco a poco, va subiendo la obra. Primero los cimientos, luego las paredes exteriores, las interiores, los retoques, la decoración... Distintas personas se implican para que todo resulte bien: el arquitecto, el aparejador, los albañiles, los fontaneros, los electricistas...

Podemos comparar la composición del evangelio de Juan con la construcción de una casa. Vamos a acercarnos a ella, vamos a visi-

tarla, admirarla, leer los grabados de sus piedras, respirar su ambiente para ver si nos ayuda a seguir construyendo hoy nuestra vida.

¿Quién tuvo la idea?

Toda construcción parte de un proyecto. El arquitecto, teniendo presente ese proyecto, elabora los planos y el aparejador se ocupa de que los trabajadores sean fieles al proyecto original.

Leyendo el evangelio de Juan podemos decir que el proyecto partió de Dios. Deseaba la salvación de todos los hombres y envió a su Hijo para que por Él tuviéramos vida eterna (Jn 3,16). Jesús, su Hijo, fue el arquitecto. Quería, de parte de su Padre Dios, construir un mundo en el que todos fuéramos iguales, hijos de Dios y hermanos unos de otros. Con su vida mostró cómo llegar a este proyecto. Hubo un aparejador, al que se llamó el discípulo amado, que puso manos a la obra. Reflexionó, trabajó y meditó lo que había oído a Jesús, se lo mostró a una comunidad de hombres y mujeres que quisieron implicarse en la tarea de llevar a cabo el proyecto de Dios desde la experiencia que les presentaba Juan, el discípulo amado. Su vida, su reflexión, su testimonio guiaron a esta comunidad. Cuando Juan les dejó quisieron continuar aquel proyecto. Podían seguir adelante, porque si Juan había sido alguien muy cercano a Jesús, ellos tenían el Espíritu del Maestro que les ayudaría a interpretar correctamente sus indicaciones (Jn 16,13). Así, como obra de toda una comunidad, se va construyendo el evangelio de Juan. En él se recoge la Buena Noticia del amor: del amor de Dios (Jn 3,16), del amor de su Hijo, Jesús (Jn 13,1), del amor del cristiano (Jn 13,24-25).

¿Para qué se construyó esa Casa?

Una inscripción en una de sus piedras señala el motivo: “para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis en Él vida eterna” (Jn 20,31). Se construye la casa para que las personas que la visiten queden encantadas y extiendan por nuestra historia humana el proyecto que Dios nos ha mostrado en Jesús. Esto es creer, y conduce a la vida eterna.

Esta casa está llena de personas que han creído y que nos invitan a hacer lo mismo. Son testigos. Por eso la hemos llamado simbólicamente “La Casa de los Testigos”. En esta casa, el evangelio de Juan, es clave el testimonio: Jesús, el Hijo de Dios, se presenta como el que da testimonio del Padre, es el gran testigo porque estaba unido al Padre y nos lo puede revelar mejor que nadie. Su proyecto es continuado por una gran multitud de testigos. Entre ellos hay una persona muy importante para la comunidad, Juan, el discípulo amado, aquel que “da testimonio de todas estas cosas”

(Jn 21,24). Entrando en la casa nos sorprenden otros testigos: junto al pozo, la Samaritana; al lado de la piscina, el paralítico; cerca de la luz, el ciego; en el interior de la casa, Marta y su hermana María... Los constructores de la casa también nos presentan su vivencia al principio y al final del evangelio, como queriendo abrazar todo lo que se dice en él: “... habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria” (Jn 1,14), “... nosotros sabemos que dice la verdad” (Jn 21,24). Por tanto, nada más entrar en la casa, todo y todos nos invitan a encontrarnos con Jesús y a ser sus testigos.

¿Cuándo y dónde fue construida esta Casa?

Cuando se va a construir una casa, se van reservando los materiales para poder disponer de ellos en el momento preciso. En el caso del evangelio de Juan también fue así. Los recuerdos del discípulo amado fueron guardados, vividos y celebrados en las comunidades, transmitidos con cariño a los nuevos grupos que iban surgiendo. En un momento dado, se consideró importante empezar a poner todo eso por escrito, mientras se seguían viviendo las enseñanzas de Jesús transmitidas por Juan. Vivían y escribían, escribían y vivían. Veían importante dar respuestas nuevas a nuevas necesidades, manteniendo la fidelidad al proyecto de Jesús según se lo había transmitido el discípulo amado. Podían hacerlo porque el Espíritu, presente en ellos y entre ellos, les hacía penetrar y descubrir lo que significaba la encarnación de Jesús en la realidad conflictiva que les tocaba vivir. Tras unos cuantos retoques, la casa termina de construirse alrededor de los años 90-100 d.C., aunque hay piedras que encontraron su hueco más tarde. Tampoco se sabe dónde fue construida exactamente. Quizá en algún lugar de Palestina.

¿Cómo se organizó la Casa?

“La Casa de los Testigos” tiene dos puertas, una de entrada y otra de salida, y dos pisos divididos, a su vez, en salas pequeñas. El gran pórtico de entrada es el prólogo (Jn 1,1-18) y en él se anticipan los grandes temas que aparecerán constantemente a lo largo de todo el evangelio: palabra, vida, luz, mundo, fe, Jesús, hijo de Dios, el Padre, los hombres.

Al primer piso de la casa se le ha llamado “Libro de los signos” (Jn 2,1-12,50), porque está construido sobre siete acciones de Jesús a las que Juan llama signos: curación de un paralítico, multiplicación del pan, resurrección de Lázaro... Cada uno de estos signos va acompañado de una explicación en forma de diálogo o discurso que explica el sentido del signo y ahonda en el misterio de Jesús.

Al segundo piso de la casa se le denomina “El libro de la Pasión y de la Gloria” (Jn 13,1-20,31), porque en él se manifiesta la gloria de

Jesús y su victoria sobre todos los enemigos, incluso en el momento de su pasión y muerte.

De “La Casa de los Testigos” se puede salir por el pórtico de entrada, el prólogo, porque, tras leer el evangelio de Juan, podemos terminar por él para obtener una visión resumida del libro. También se puede salir por la puerta de Jn 21,1-25, donde se relatan algunas apariciones del resucitado y donde se ponen en relación dos figuras muy importantes en la Iglesia primitiva: Pedro y el discípulo amado.

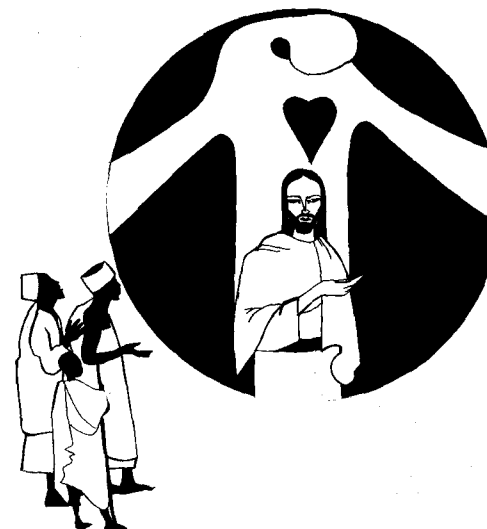
“La Casa de los Testigos” nos espera con las puertas abiertas. Estamos invitados a entrar en ella para sumarnos, con la comunidad de Juan, al proyecto de Dios. Como discípulos amados somos llamados a permanecer con el Maestro, a recibir su Espíritu, a contemplar en Él y con Él la imagen más clara del Padre, porque “a Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer” (Jn 1,18).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar nuestra próxima reunión leeremos el primer capítulo del evangelio de Juan (Jn 1,1-51). En él se nos presenta la figura de Jesús de una manera diferente a la que encontramos en los demás evangelios. Por eso, mientras vamos leyendo, nos podemos preguntar:

¿Con qué expresiones o “títulos” es llamado Jesús en este primer capítulo?

2 JESÚS, PALABRA DEL PADRE



👉 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En esta reunión comenzamos a leer el evangelio de Juan. Y lo hacemos empezando por el hermoso poema que le sirve de prólogo y nos prepara para saborear en profundidad lo que vendrá después. Por eso, en el encuentro de hoy vamos a tratar de:

- Introducirnos en el conocimiento del evangelio de Juan a través de su puerta de entrada que es el prólogo.
- Descubrir a Jesús como “Palabra de Dios”, es decir como aquel mediante el cual el Padre se comunica con los hombres y les revela su rostro.
- Admirarnos y agradecer el hecho de que Dios quiera seguir dirigiéndonos hoy su Palabra para dialogar con nosotros aquí y ahora.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 1,1-51

La primera sección del evangelio de Juan consta de un prólogo en forma poética (Jn 1,1-18) y un prólogo en forma narrativa (Jn 1,19-51) en el que Juan Bautista da testimonio de Jesús y se relata la vocación de los primeros discípulos.

Esta parte introductoria quiere ambientar al lector y prepararle para comprender mejor el resto del evangelio. Para ello comienza presentando a su protagonista con una profundidad inusitada. Ya desde el principio, el autor quiere dejar bien claro que Jesús es el único que puede revelar auténticamente el rostro de Dios. Por eso, en el prólogo poético, lo llama “Palabra”: porque sólo Él puede hablarnos en su nombre y decirnos de verdad quién es el Padre.

Al leer esta sección introductoria del evangelio de Juan, nos habíamos propuesto contestar a la siguiente pregunta: *¿Con qué expresiones o “títulos” es llamado Jesús en este primer capítulo?*

Vamos a dedicar unos minutos a que cada miembro del grupo pueda compartir con los demás lo que ha descubierto.

☞ Cuando todos hayan aportado el fruto de su lectura, repasamos juntos algunos datos importantes que debemos tener en cuenta:

- En el prólogo poético (Jn 1,1-18) el evangelista llama a Jesús “Palabra”. También le aplica los títulos de “Hijo único del Padre”, “Jesucristo”, “Hijo único” y “Dios”.

- En el prólogo narrativo (Jn 1,19-51) Juan Bautista lo llama dos veces “Cordero de Dios” y una vez “Hijo de Dios”. Indirectamente reconoce que Jesús es el “Mesías” (Jn 1,20) y el “Señor” (Jn 1,23). Los primeros discípulos lo llaman “Maestro”, “Mesías” (“Cristo”), “hijo de José”, “Hijo de Dios” y “Rey de Israel”. También afirman que Jesús es “aquel del que escribió Moisés en el libro de la ley, y del que hablaron también los profetas”.

- Jesús, en cambio, se refiere a sí mismo con el apelativo de “Hijo del hombre” (Jn 1,51).

La lectura del evangelio nos ayudará a adentrarnos mucho más en el conocimiento de Jesús, y a saber en qué sentido cada uno de estos títulos expresa lo más profundo de su identidad.

GUÍA DE LECTURA

“Al principio ya existía la Palabra”

Antes de comenzar buscamos **Jn 1,1-18**

► Ambientación

Al comenzar a leer el evangelio de Juan nos encontramos con un antiguo himno cristiano en el que resuenan algunos de los temas que después veremos desarrollados a lo largo de la narración evangélica.

► Miramos nuestra vida

Los seres humanos no podemos vivir aislados. Necesitamos relacionarnos y comunicarnos. Por eso, la palabra es uno de los dones más preciados que poseemos. Gracias a ella expresamos lo que somos, lo que sentimos, lo que esperamos, lo que creemos... Gracias a ella podemos salir al encuentro de los otros y establecer con ellos vínculos de colaboración y de amistad. Pero comunicarse no siempre es fácil. Todos sabemos que, a veces, encontramos muchas dificultades para entablar un diálogo sincero y profundo con los demás. Por eso, vamos a comenzar nuestra reunión de hoy reflexionando juntos sobre estas preguntas:

- *¿Podríamos contar a los demás miembros del grupo alguna experiencia positiva de comunicación que hayamos tenido?*

- *¿Qué sentimos cuando no podemos comunicar lo que vivimos?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

El evangelio de Juan comienza con una proclamación sorprendente: Dios también quiere comunicarse con nosotros, y ya desde antes de la creación del mundo ha buscado la manera de entablar un diálogo con los seres humanos.

- Nos ponemos en disposición de abrirnos a la Palabra –con mayúscula–, guardando un momento de silencio e invocando el auxilio del Espíritu Santo.

- Proclamación de Jn 1,1-18.

- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para que nos ayuden a entenderlo mejor.

- Respondemos entre todos a estas preguntas:

- *¿Qué relación hay entre Dios y la Palabra según este himno?*

- *¿Qué relación existe entre la Palabra y la creación?*

- *¿Qué puede ofrecer la Palabra a los hombres? ¿Qué hace para comunicarse con ellos? ¿Cómo acogen los hombres esa comunicación?*

- *¿Qué nos enseña este himno sobre Dios Padre?*

► Volvemos sobre nuestra vida

La Palabra de Dios no enmudece nunca. La historia de la comunicación entre Dios y los hombres tiene aún muchos capítulos por escribir. Él quiere seguir dialogando con nosotros. Nos habla de muchas maneras. Pero ante esa Palabra nuestra postura puede ser muy diversa. Podemos acogerla, pero también podemos rechazarla. Por eso debemos preguntarnos:

- *¿De qué maneras sigue comunicándose Dios con nosotros hoy? ¿En qué realidades humanas (lugares, situaciones, personas...) nos*

resulta más fácil o más difícil escucharle? ¿Cuándo acogemos su Palabra? ¿Cuándo la rechazamos?

► Oramos:

Expresamos en forma de oración lo que la lectura y la meditación del prólogo de Juan nos ha sugerido:

- Para ambientar la oración podemos colocar en medio de la sala una Biblia abierta (Palabra de Dios) sobre unos cuantos periódicos (vida - realidad humana). Nos hacemos conscientes de que, cada vez que rezamos, el Padre vuelve a dirigirnos su Palabra y nosotros, desde nuestra realidad, dialogamos con Él.

- Leemos de nuevo Jn 1,1-18 después de un breve silencio que nos ayude a crear clima de oración.

- Cada uno ora personalmente a partir de lo que hemos reflexionado y dialogado juntos.

- Expresamos nuestra oración comunitariamente.

- Podemos acabar cantando juntos "Palabra que fue luz" o recitando un fragmento del salmo 119 (118): "Dichosos los que siguen la ley del Señor".

🔍 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Lo primero que encontramos al comenzar a leer el evangelio de Juan es un hermoso y enigmático poema. Muchos especialistas están de acuerdo en afirmar que se trata de un antiguo himno cristiano que, a modo de "credo", servía a las primeras comunidades para confesar su fe en Jesús. El autor del cuarto evangelio lo encontró ya compuesto, pero lo retocó y adaptó según sus necesidades antes de ponerlo como prólogo o introducción a toda su obra.

El protagonista de este himno es llamado "La Palabra" (que en griego se dice *Logos* y en latín *Verbum*, lo que explica las traducciones que encontramos en algunas Biblias) y se refiere a Jesucristo. Llamándolo así el autor nos presenta a Jesús como aquel que puede poner en comunicación a Dios y a los hombres. Porque el prólogo del evangelio de Juan puede ser leído como una "Historia de la Palabra de Dios", es decir, como un relato de lo que Dios ha hecho desde el momento de la creación del mundo para comunicarse a sí mismo y entrar en diálogo con los hombres. Esa historia del encuentro entre Dios y la humanidad llega a su punto culminante cuando la Palabra se hace carne en Jesucristo, la verdadera "Palabra de Dios", el único que puede contarnos quién es el Padre porque es el único que lo ha visto cara a cara.

Al dotar a su obra de un prólogo semejante, el autor quiere prepararnos para leer el resto del evangelio. Por eso nos revela desde el prin-

cipio la identidad más profunda de Jesús y nos habla de su origen divino y eterno.

La *primera estrofa* (Jn 1,1-3) empieza con las mismas palabras con las que comienza el relato de la creación en el libro del Génesis. Con ello se nos invita a releer toda la Historia de la Salvación con una mirada nueva: "Al principio... ya existía la Palabra". Es tanto como decir que, ya antes de poner manos a la obra en la formación del universo, Dios tenía ganas de hablar, de dialogar, de relacionarse. En su seno había una Palabra que deseaba pronunciarse para comunicarse a sí mismo. Y esa Palabra no es una criatura: "La Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios".

Entre la Palabra y Dios se da una relación de intimidad y comunión, entre ambas existe un dinamismo de diálogo y amor que los lleva a proyectarse hacia fuera porque Dios quiere comunicarse. Por eso, la primera "tarea" que la Palabra lleva a cabo es la de la creación: "Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir".

En la *segunda estrofa* del prólogo (Jn 1,4-5) se estrecha el campo de visión. Ya no se habla de la creación en general, sino de los hombres con quienes Dios desea comunicarse a través de su Palabra. Con su benéfica influencia, la Palabra se convierte para ellos en fuente de vida y de luz: "En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres". Vida y Luz son los dos grandes dones que la Palabra puede hacer a los seres humanos si éstos aceptan su oferta de diálogo. Y esa vida les iluminará para que no caminen en medio de las tinieblas. Fuera de este diálogo con Dios, hombres y mujeres están abocados al fracaso existencial. Su vida carece de sentido. No conduce a la salvación.

De este modo, la historia de la humanidad es contemplada como un campo de batalla donde luchan la luz y las tinieblas. Pero hay razones para el optimismo: "la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la sofocaron".

La *tercera estrofa* del poema (Jn 1,6-8) está escrita en prosa y rompe el ritmo poético del prólogo. La victoria de la luz sobre las tinieblas tiene sus testigos. Uno de ellos es Juan Bautista. Él no es la luz. Es sólo "un hombre enviado por Dios". Pero en su voz puede escucharse la voz de todos los profetas por medio de los cuales Dios ha querido hacer resonar su Palabra en medio del mundo para iluminarlo. Juan da su testimonio a favor de la luz "a fin de que todos creyeran por él". Su objetivo es que "todos", sin distinción alguna, lleguen a la fe, es decir a reconocer y acoger en su vida la oferta de salvación de la que es portadora la Palabra.

La *cuarta estrofa* del prólogo de Juan (Jn 1,9-13) nos habla precisamente de cómo ha reaccionado históricamente la humanidad ante esa oferta de salvación que Dios le hace por medio de su Palabra.

La primera constatación es la de un rechazo que parece alcanzar dimensiones cósmicas: "Estaba en el mundo, pero el mundo, aunque fue hecho por ella, no la reconoció". Los hombres no han sabido reconocer en el mundo la semilla de su Palabra que Dios ha sembrado en toda la creación y han reaccionado con incredulidad.

Y por si no quedase del todo claro, el prólogo precisa aún más: "Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron". De esta manera, el himno parece referirse no sólo al rechazo de la humanidad entera, sino más concretamente al del pueblo de Israel, que en la Biblia es considerado como una posesión particular de Yavé. Lo que le ha sucedido a la Palabra con "los suyos" es sólo un botón de muestra de lo que le ha pasado con "el mundo".

Después de constatar el rechazo universal de los hombres a la Palabra, el prólogo matiza sus propias afirmaciones. En un llamativo contraste, habla de aquellos que la acogen: "A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios". Son los que escuchan la Palabra y la acogen en su vida con fe. Son los que aceptan entablar con Dios un diálogo que les lleva a la vida. Una vida que significa la salvación. Una salvación que se concreta en el poder que la Palabra les otorga de ser "hijos de Dios".

Ésa es la dignidad a la que son elevados los que abren las puertas de su vida a la Palabra y se dejan iluminar por ella. Y de tal manera transforma a los hombres esta condición de creyentes, que es vista como el fruto de un nuevo nacimiento que no puede ser el resultado del esfuerzo humano, sino del querer de Dios. Por eso, ellos son "los que no nacen por vía de generación humana, ni porque el hombre lo desee, sino que nacen de Dios". Sólo Dios, a través de su Palabra, puede engendrar nuevos hijos a la vida de fe.

La *quinta estrofa* del prólogo (Jn 1,14) nos sorprende con una afirmación inesperada: "Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros". Es el último recurso que le quedaba a un Dios comunicativo que no se resigna a permanecer callado. Que su Palabra eterna venga a hacerse temporal y conozca la limitación de nuestra historia. Que su Palabra divina se haga también humana y pueda así expresarse en nuestro mismo lenguaje. Dios se hace hombre y vive a nuestro lado. La Palabra es uno de los nuestros.

La Palabra "habita entre nosotros", pero no por eso deja de estar "junto a Dios". La Palabra se ha hecho carne, pero esa carne no oculta su condición divina. La "carne" de Jesús-Hombre es como la "Tienda del encuentro" de la que habla el libro del Éxodo (Ex 33, 7-11). En ella se manifiesta "la gloria de Dios" como un derroche de gracia, de verdad, de misericordia y fidelidad. Y es que, a partir de ahora, el Padre no necesitará otro templo para hacerse presente entre los hombres que el del cuerpo de su Hijo único. Verle a Él será igual que ver al Padre. En su vida, en sus signos, en sus palabras... Dios mismo nos sale al encuentro y habla con nosotros.

La *sexta y última estrofa* (Jn 1,15-18) escrita en prosa recoge el testimonio de Juan Bautista quien proclama la superioridad y el origen intemporal de aquel en quien se encarnó la Palabra de Dios.

A él se une el coro de los testigos oculares, la voz de todos los creyentes que hablan desde su propia experiencia: "En efecto, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia". Es la voz de los

"hijos" que han acogido con agrado el proyecto del Padre y han sentido que el Hijo compartía generosamente con ellos su plenitud de gracia.

Esa gracia es un regalo que Dios nos ha dado por medio de Jesucristo: "Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús". La verdadera comunicación sólo puede darse por medio de Jesucristo. Ése es el nombre propio de la Palabra hecha carne.

El prólogo acaba con una contundente afirmación: "A Dios nadie lo vio jamás". Ni siquiera Moisés (Ex 33,11.18-23). El diálogo sería imposible si no fuera porque el mismo Dios se ha empeñado en hablar con nosotros enviándonos a su propio Hijo. Sólo Él puede "contarnos a Dios" porque Él mismo es Dios, el único que lo ha visto y lo conoce. Sólo Él puede volverse hacia nosotros y revelarnos el rostro del Padre, porque vive desde siempre con Él, vuelto hacia Él, en íntima relación.

Acabando casi como empezó, el prólogo de Juan se convierte en una invitación a seguir leyendo el resto del evangelio. Ahora conocemos la verdadera identidad de su protagonista y estamos capacitados para escuchar las palabras de Jesús y contemplar sus obras, con la garantía de saber que provienen de alguien que "está en el seno del Padre y nos lo ha dado a conocer".

PARA PROFUNDIZAR

Jesús revela al Padre

Los creyentes de todos los tiempos han deseado conocer a Dios y han tratado de abrir caminos para comunicarse con Él. La voz del salmista recoge este anhelo al preguntar: "¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?" (Sal 42,3). El prólogo del evangelio de Juan se atreve a responder con una afirmación tajante que parece frustrar toda esperanza: "A Dios nadie lo vio jamás" (Jn 1,18). Y si nadie lo ha visto, nadie sabe de verdad quién es ni puede hablarnos de Él. Si damos crédito a estas palabras, debemos aceptar que Dios prefiere vivir aislado y solitario, como alguien incapaz de salir de sí mismo para expresarse. La distancia que le separa de nosotros está recorrida por un camino señalizado sólo por un gran cartel de "dirección prohibida". Intentar comunicarse con Él sería, por desgracia, una misión imposible.

Dios es comunicativo

Pero afortunadamente, el prólogo de Juan tiene algo que añadir. Hay alguien que sí que ha visto a Dios y lo conoce. Hay alguien que puede, con toda autoridad, hablarnos de Él: "El Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer"

(Jn 1,18). Por eso, en el cuarto evangelio, Jesús es llamado “La Palabra”. Porque es el único que hace posible la comunicación entre Dios y la humanidad. Sólo Él puede mostrarnos el rostro del Padre. En sus palabras de hombre resuena la misma Palabra de Dios.

Todo ello nos enseña que Dios es comunicativo y desde el primer amanecer que iluminó el cosmos, soñaba con entablar un diálogo con los hombres. Pero los hombres no siempre se dejaron iluminar ni vivificar por su Palabra. Se encerraron en sí mismos y cortaron el hilo de la comunicación. Prefirieron las tinieblas a la luz. Se hicieron los desentendidos. No quisieron escuchar lo que Dios tenía que decirles. A pesar de eso, Él no se dio por vencido y quiso que su Palabra tomase carne humana y aprendiese nuestro lenguaje para hacerse entender mejor. De este modo, la Palabra vino a vivir entre nosotros y se hizo uno de los nuestros. Su nombre propio es Jesucristo.

Jesús es la Palabra que nos habla de Dios

A lo largo de sus páginas, el evangelio de Juan insiste en mostrarnos a Jesús como el Revelador.

De mil maneras nos recuerda que Él es el Testigo fiel en cuyas palabras se trasparenta la Palabra. Está convencido de que su testimonio es verdadero porque viene de Dios y habla de Dios que es la Verdad con mayúsculas. Al presentarnos este pensamiento, lo hace subrayando tres ideas fundamentales:

Entre Jesús y Dios se da una relación muy especial: Si Jesús puede hablarnos de Dios es porque lo conoce de verdad (Jn 7,28-29). Y si lo conoce de verdad es porque entre ellos se da una relación de cercanía e intimidad totalmente singular. Esa relación absolutamente única es la que puede ayudarnos a entender en profundidad el misterio de su vida. Por eso Jesús se atreve a llamar a Dios “mi Padre”, mientras que de Él mismo dice muchas veces que es “el Hijo”. El amor que les une hace que el Padre haya puesto todo en sus manos (Jn 3,35; 16,15). Jesús nunca se siente solo. Sabe que el Padre está siempre con Él (Jn 8,29). Tan estrecha es esta vinculación que Jesús llega a afirmar: “Mi Padre y yo somos uno” (Jn 10,30). Por eso puede decir con toda claridad: “El que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14,9). Creer en Jesús es creer en el Padre (Jn 12,44); conocer a Jesús es conocer al Padre (Jn 8,19). Ningún evangelio se atrevió a decir tanto. La teología cristiana hablará más adelante de la Santísima Trinidad, pero en el evangelio de Juan encontramos ya un intento de expresar con categorías humanas el misterio de comunión que se da en el seno mismo de Dios.

Jesús ha sido enviado por Dios: Jesús es el enviado que viene de parte de Dios para hablarnos de Él (Jn 7,28-29; 17,8). Es el mensajero que Dios envía desde el cielo para que lo represente en la tierra

con plenos poderes. Es la Palabra que desde siempre estaba en el seno del Padre, unida a Él y en íntima relación con Él. Pero, aunque vivía desde toda la eternidad vuelta hacia el Padre no tuvo inconveniente en volverse hacia los hombres. Por eso “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14), porque Dios no quiso ahorrar esfuerzos para entablar con la humanidad un diálogo de vida y salvación.

Jesús nos revela el rostro del Padre: Ésa es la misión de Jesús. Y Jesús es el único que puede cumplir esa misión porque sólo Él ha visto a Dios y lo conoce (Jn 6,46). Al llevarla a cabo, Jesús no hace su voluntad, sino la del Padre (Jn 5,30). No actúa por cuenta propia (Jn 8,28), sino que lo suyo es hacer aquello que el Padre le ha encargado que haga (Jn 5,36). Lo que Él hace es lo mismo que ha visto hacer al Padre (Jn 5,19). Lo que enseña no es doctrina inventada ni improvisada. No habla de oídas (Jn 8,38), sino que comunica lo que ha escuchado y aprendido de quien le ha enviado (Jn 7,16; 8,28). Da testimonio de lo que ha visto y oído estando junto a Dios (Jn 3,32). Después volverá a su lado para darle cuenta de lo realizado (Jn 16,28).

Jesús es la revelación de Dios hecha persona. Su vida, sus palabras, sus gestos, sus actitudes... todo nos habla del Padre. Quien ha visto a Jesús, ha visto al Padre. Gracias a Él, el camino de la comunicación entre Dios y los hombres ha quedado abierto para siempre. Gracias a Él, los hombres pueden conocer la verdad. Gracias a Él la vida de Dios puede vivificarnos. Porque Él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Lo que Dios tenía que decirnos de sí mismo se resume en una sola palabra. Y esa Palabra es Jesucristo.

Esa Palabra llama constantemente a las puertas de nuestra vida. Si escuchamos su voz y dejamos que entre en nuestra casa, Dios se sentará a nuestra mesa y nos hablará como amigos, cara a cara.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para la próxima reunión vamos a leer Jn 2,1-4,42. Lo encontrarás en la primera parte del evangelio de Juan, llamada el “Libro de los signos”. Verás cómo en estos pasajes –no todo son relatos– el evangelista ha colocado junto a ellos unos discursos y unos diálogos. Mientras vamos leyendo estos tres capítulos nos preguntamos:

*¿Qué signo hace Jesús?
¿De qué tratan los diálogos que siguen a este signo?*

3 VOLVER A NACER



✎ ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En la sesión anterior comenzamos a leer el evangelio de Juan y descubrimos a Jesús como "Palabra de Dios" que nos revela el rostro del Padre.

En este encuentro queremos:

- Comprender que, para acoger la gran novedad que aporta Jesús, es necesario volver a nacer del agua y del Espíritu.
- Adentrarnos en el significado que tiene el discipulado en el evangelio de Juan.
- Preguntarnos si el bautismo que hemos recibido va transformando nuestras vidas.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 2,1-4,42

En los doce primeros capítulos del evangelio de Juan, el autor del libro nos presenta hechos prodigiosos de Jesús a los que llama señales o signos. Estos signos van acompañados de largos discursos y diálogos de Jesús con diversas personas, que explican su sentido.

Todos estos signos, discursos y diálogos sirven para revelar el misterio de Jesús.

Para preparar este encuentro hemos leído Jn 2,1-4,42 haciéndonos las siguientes preguntas: *¿Qué signo hace Jesús? ¿De qué tratan los diálogos que siguen a este signo?*

Vamos a compartir ahora lo que hemos descubierto en esta lectura, poniendo en común las aportaciones de todos los miembros del grupo.

 Leyendo atentamente observamos que nos encontramos con un signo seguido de dos diálogos:

- Jn 2,1-12: María pide a Jesús que realice un hecho prodigioso, un signo: el de convertir el agua en vino. Este hecho prodigioso manifiesta la novedad que trae Jesús: convierte el agua destinada a las purificaciones en abundante vino, símbolo de los tiempos y bienes mesiánicos.

- Jn 3,1-21: Nicodemo, miembro del grupo de los fariseos, entra en diálogo con Jesús y reconoce su autoridad. Para aceptar a Jesús como el enviado del Padre, Nicodemo ha de volver a nacer del agua y del Espíritu. Juan pone en boca del Señor un discurso sobre la salvación.

- Jn 4,1-42: Jesús se hace el encontradizo con una mujer samaritana. El Maestro dialoga largamente con ella. Esta mujer que iba al pozo a buscar agua, se encuentra a Jesús que le ofrece el agua que sacia la sed para siempre, el agua viva que es don de Dios y que conduce a la vida eterna. A través de esta mujer Jesús dialoga con los habitantes de la región. Los discípulos, que no comprenden lo que está ocurriendo, escuchan un discurso en el que el Maestro se presenta como realizador de la voluntad del Padre.

GUÍA DE LECTURA

“El que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios”

Antes de comenzar buscamos **Jn 3,1-12**

► Ambientación

En la sesión anterior leímos el prólogo de Juan, en el que se anuncian algunos temas que el autor del libro desarrollará después. Nos acercamos a un himno que celebra y expresa la fe de la comunidad de Juan. Este canto proclama que la Palabra se hace hombre en Jesús para revelarnos la vida de Dios y su relación con los hombres y mujeres. La Palabra crea la vida e irrumpe en nuestra historia.

Hoy veremos cómo para acoger su Palabra hay que renacer del agua y del Espíritu. Si creemos en su Palabra veremos el reino de

Dios, si vivimos el encuentro personal con la Palabra aceptaremos entrar en un proceso de conversión.

► Miramos nuestra vida

Estamos metidos generalmente en una vida rutinaria en la que no hay muchos cambios. De vez en cuando nos encontramos con alguna persona que “nos despierta”, que es capaz de modificar nuestra manera de pensar y de vivir.

– *¿Has tenido alguna vez algún encuentro que te haya “despertado”, que te haya ayudado a ver tu vida de otra forma?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

Acabamos de hablar de encuentros que han transformado nuestra vida, de encuentros que han producido un cambio de rumbo en nuestra existencia. Nicodemo buscó un encuentro con Jesús. Vamos a fijarnos en lo que Jesús quiso decir a ese maestro judío que buscaba luz para el camino de su vida.

- Antes de escuchar la Palabra de Dios preparamos nuestro interior para recibirla, guardando unos instantes de silencio.

- Un miembro del grupo proclama lentamente Jn 3,1-12.

- Cada uno vuelve a leerlo consultando las notas de su Biblia. Finalmente, todos juntos tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *¿Quién era Nicodemo y por qué se acerca a Jesús?*

- *¿Por qué lo hace de noche?*

- *¿Qué quiere decir Jesús cuando habla de “volver a nacer”?*

- *¿Dio Nicodemo, en esta ocasión, un paso definitivo en su vida? (lee: Jn 7,42-52 y 19,38-42).*

► Volvemos sobre nuestra vida

Al leer este pasaje del diálogo de Jesús con Nicodemo vemos con más claridad que hay encuentros que pueden transformar nuestras vidas, abrirlas a una dimensión nueva. Nos preguntamos:

- *¿Hemos tenido algún encuentro personal con Jesús que haya cambiado nuestra vida?*

- *Cada día tomamos más conciencia de lo que supone estar bautizados. ¿Qué cambios produce esto en nuestra vida?*

► Oramos

Vamos a convertir en oración todo lo que hemos meditado y dialogado en torno al pasaje del encuentro de Jesús con Nicodemo.

- Volvemos a leer Jn 3,1-12 en un clima de oración.

- Tras unos momentos de oración personal, en los que presentamos a Dios nuestros sentimientos y compromisos ante la lectura de

su Palabra, oramos juntos sobre lo que ha despertado en nosotros el encuentro de Nicodemo con Jesús.

· Terminamos cantando juntos: “Nacer y renacer del agua y del Espíritu”, o bien “Hay que nacer del agua”.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El pasaje que hemos elegido para esta sesión se encuentra en una sección del libro que quiere poner de relieve la novedad que trae Jesús. El judaísmo, con sus viejas instituciones (la ley, el Templo...), es reemplazado por nuevas realidades. La sección está formada por tres bloques: un signo, el de las bodas de Caná, explicado por dos diálogos. En Caná el agua de las abluciones, que se empleaba para los ritos de purificación, se convierte en el vino del Reino, en el vino que alegra y que da vida (Jn 2,1-12). A este signo sigue un primer diálogo, el que tiene Jesús con Nicodemo (Jn 3,1-21); este primer encuentro nos ayuda a comprender que para acoger la gran novedad que trae Jesús es necesaria una profunda transformación interior. Con el segundo diálogo, el que tiene Jesús con la mujer samaritana (Jn 4,1-42), se añade una segunda condición: la necesidad de descubrir personalmente a Jesús.

La comunidad de Juan está viviendo una experiencia y la expresa en este diálogo. Quien habla en realidad, por boca de Jesús y de Nicodemo, es la comunidad joánica que tiene la certeza de que sólo el Espíritu y un nuevo nacimiento pueden hacernos acoger la revelación de Dios en Jesús.

A Juan le gusta expresarse en forma de diálogo y el pasaje que estamos leyendo tiene esta forma literaria. Se trata de un procedimiento para exponer las ideas, en este caso para explicar el sentido profundo que tiene el signo que acaba de realizar: la conversión del agua en vino en las bodas de Caná. Juan emplea con frecuencia, en estos diálogos, el malentendido, o interpretación equivocada de lo dicho por una persona. En el diálogo que estamos analizando da la impresión de que Nicodemo no entiende nada (Jn 3,4); probablemente se trata de una forma viva de hacer catequesis.

Juan presenta a un hombre concreto, Nicodemo, un fariseo miembro del sanedrín. Este hombre, que forma parte de la clase dominante, se acerca a Jesús atraído por los signos que realiza. Se aproxima de noche, probablemente para que no vean los judíos su simpatía por el Nazareno. Nicodemo reconoce la autoridad de Jesús gracias a sus obras (Jn 3,2), pero el Maestro quiere llevarle inmediatamente al campo de la fe: “yo te aseguro que el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Jn 3,3). Jesús no quiere una adhesión apoyada en los signos sino una aceptación de su Persona y de su Palabra.

Nicodemo no entiende la contestación que le da Jesús y por eso pregunta: “¿Cómo es posible que un hombre vuelva a nacer siendo viejo?”

(Jn 3,4). Jesús insiste de nuevo: el único modo de entrar en el reino de Dios es nacer de nuevo, aceptar la novedad del Evangelio (Jn 3,4-5). Nacer de “nuevo” y nacer de “arriba” se dice de la misma manera en griego.

Renacer del agua y del Espíritu (Jn 3,5) conecta con las imágenes proféticas de Ezequiel: “Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez 36,25-26).

A Juan le gusta hablar de un nuevo nacimiento (1 Jn 2,29; 3,9; 4,7; 5,1). Para el cuarto evangelista recibir el agua y el Espíritu es una referencia al bautismo (Jn 1,32-33). Se trata, pues, de volver a nacer de Dios. No se trata solamente de renacer del agua, no se trata de un rito casi mágico, se trata de renacer según el Espíritu, de renacer al amor, a la práctica de la justicia, a la acogida de la Palabra de Dios.

“El viento sopla donde quiere; oyes su rumor, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va” (Jn 3,8), dice Jesús a Nicodemo. El autor del cuarto evangelio compara la libertad del Espíritu con el sopro misterioso del viento. En hebreo y en griego se emplea la misma palabra (*ruaj* y *pneuma*) para nombrar estas dos realidades. Así como al viento no lo podemos controlar, porque sopla donde quiere, tampoco podemos hacerlo con el Espíritu; la acción del Espíritu es tan oculta y tan misteriosa como la del viento.

Nicodemo sigue sin entender: “¿cómo puede ser eso?” (Jn 3,9). Jesús insiste de nuevo y se queja de la incredulidad de los fariseos: “si no me creéis cuando os hablo de las cosas terrenas ¿cómo vais a creerme cuando os hable de las cosas del cielo?” (Jn 3,12).

A pesar de su torpeza, Nicodemo nos proporciona el ejemplo de un itinerario que va desde una fe imperfecta, fundamentada en los signos (Jn 3,2) hasta una fe madura, basada sobre una relación personal con Jesús, sobre la entrega y la confianza en Él. La vida de Nicodemo representa un camino hacia la conversión. Empieza por ser un personaje importante entre los judíos, “maestro en Israel”. El encuentro con Jesús será el comienzo de un proceso que le conducirá a hacerse discípulo. En efecto, si seguimos la pista a Nicodemo, vemos cómo su actitud es distinta a la de sus compañeros (Jn 7,42-52) y que cuando todo “se ha acabado” se arriesga y manifiesta su fidelidad a Jesús (Jn 19,38-42).

Juan sólo cuenta de pasada el bautismo de Jesús (Jn 1,33-34), pero en el pasaje que acabamos de leer hace una verdadera catequesis sobre el sacramento del bautismo. Todo el cuarto evangelio se mueve en una atmósfera de signos o sacramentos. No encontramos en el evangelio de Juan un mandato para bautizar (Mt 28,19), pero el capítulo tercero es, como acabamos de decir, una catequesis sobre el bautismo. El evangelio de Juan nos habla con frecuencia del agua que da vida, del agua del bautismo (Jn 3,5; 4,10-11; 7,37-39; 19,34-35). Nacer de nuevo significa dos cosas: recibir el bautismo y con él el Espíritu y creer en Jesús.

Discípulos de Jesús

Jesús llamó a hombres y mujeres a ser sus discípulos, entró en diálogo con ellos y a través de ellos, con nosotros. Aquellos primeros seguidores de Jesús, y nosotros ahora, somos invitados a tener un encuentro personal con Él. Esto es lo más característico de la fe cristiana. No se llega a ser discípulo por la aceptación de unas verdades; la fe de los cristianos no consiste en “creer que existe algo” sino en abrirse profundamente a una relación personal con Dios, que se nos comunica y que sale a nuestro encuentro a través de Jesús.

La vocación de los discípulos

El relato de Juan sobre la vocación de los primeros seguidores es bastante más largo que el de los otros evangelios. En él se cuentan las circunstancias de la llamada y se describe el encuentro de una forma muy personal:

“Jesús les preguntó: ¿qué buscáis?

Ellos contestaron: Maestro, ¿dónde vives?

Él les respondió: venid y lo veréis” (Jn 1,38-39).

Este diálogo de Jesús sigue convocando a muchos hombres y mujeres a seguirle y continúa despertando vocaciones incondicionales al servicio del Reino.

Jesús invita a los discípulos y nos invita a nosotros a compartir con Él una casa y una vida. Sus seguidores le llaman “Maestro” y se muestran dispuestos a aceptar sus enseñanzas y su estilo de vida, desde una fuerte vinculación personal con Él, que es fruto de ese encuentro. No es el hombre o la mujer quien decide ser discípulo de Jesús, sino que Él elige a los que quiere (Jn 15,16). La llamada parte exclusivamente de Jesús.

El seguimiento

La respuesta a la llamada de Jesús se concreta en el seguimiento. Tras el encuentro con el Maestro los discípulos dejan todo y se van con Él porque han descubierto algo por lo que vale la pena entregar toda la vida.

Seguir a Jesús es entregarse permanentemente a su persona; es ser discípulo suyo, estando siempre en movimiento como el Maestro: “si alguien quiere servirme, que me siga” (Jn 12,26). Seguir a Jesús es recorrer un camino (Jn 14,4-6), es seguir el mismo camino de Jesús, caminar hacia la misma meta: llegar al Padre (Jn 14,6). Jesús mismo se define como camino; para recorrerlo hemos de pasar por su estilo de vida, hemos de asimilarnos a Él.

Los discípulos se mantienen fieles a la palabra del Señor (Jn 8,31) y por ello serán odiados por los que viven según los criterios del mundo: “si el mundo os odia, recordad que primero me odió a mí” (Jn 15,18).

Los que han vivido en la intimidad del Maestro, querrán acompañarle hasta el final, querrán seguirle hasta la muerte (Jn 11,16) y gozarán siempre de su compañía: “una vez que me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo” (Jn 14,3).

El discípulo amado

El cuarto evangelio nos presenta un discípulo excepcional: el discípulo al que Jesús amaba.

Esta expresión no aparece hasta el capítulo 13: “uno de los discípulos, el que Jesús tanto quería, estaba recostado sobre el pecho de Jesús” (Jn 13,23). La cercanía e intimidad que había entre Jesús y el discípulo que Él tanto quería le convierten en intermediario entre el Maestro y Pedro (Jn 13,21-26). Después del prendimiento de Jesús, es el único varón que le sigue de cerca, e introduce posteriormente a Pedro en el atrio (Jn 18,15-16). El discípulo a quien Jesús amaba toma el lugar que ocupaba Jesús en la vida de su madre: “Jesús dijo a su madre: mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27). Es el discípulo amado el que llega antes al sepulcro, cede el paso a Pedro, luego entra y es él el primero en creer a la vista de los signos (Jn 20,2-8). Finalmente, después de la pesca abundante (Jn 21,7), es el único en reconocerlo y señalar su presencia a Pedro y a sus compañeros.

Este discípulo tiene una experiencia muy particular de Jesús porque se sabe el elegido, el amado. No tiene nombre propio, es quizá el discípulo que llama Jesús desde el comienzo del evangelio (Jn 1,35-40), el que aparece tantas veces sin ser nombrado, y al que se nombra en relación a Jesús: el discípulo al que Jesús amaba. Esta relación especial hace que el autor del cuarto evangelio nos lo presente como el discípulo ideal. El discípulo ideal para las primeras comunidades de Juan es el que participa de la intimidad del Señor, recibiendo y aceptando su amor; es el que sigue a Jesús hasta la cruz y por ello puede dar testimonio de lo que “ve”.

Hacernos discípulos de Jesús significa, también para nosotros hoy, estar atentos a su llamada. Significa convertirnos en testigos de esta vocación a la que hemos sido convocados. Ser discípulos no equivale a vivir según un “código moral” sino a tener un encuentro y una fuerte experiencia personal de Aquel que nos llama a seguirle.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar el próximo encuentro vamos a leer de nuevo Jn 2,1-4,42. Fíjate que cuando Jesús habla del vino, del templo, de renacer, del agua, manifiesta la novedad que llega con el Evangelio. Mientras vamos leyendo estos dos capítulos del libro nos preguntamos:

¿Qué símbolos utiliza Juan para expresar esta novedad?

NOTAS

4 JUNTO AL POZO DE AGUA VIVA



🔍 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En la sesión anterior nos detuvimos en el encuentro que tuvo Jesús con un maestro de la ley. Comprendimos que para acoger la gran novedad que trae el Maestro es necesario volver a nacer del agua y del Espíritu. Hoy vamos a leer juntos uno de los más bellos diálogos del cuarto evangelio. Se trata de un nuevo encuentro, el que tiene Jesús con una mujer de Samaria. Al acercarnos a este pasaje nos proponemos los siguientes objetivos:

- Comprender cuál es la experiencia de fe que refleja este encuentro.
- Descubrir el lenguaje de los símbolos en el evangelio de Juan.
- Caer en la cuenta de que tenemos sed de Jesús, de alguien que dé una respuesta definitiva a nuestras vidas.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 2,1-4,42

Las acciones simbólicas que hemos reconocido en la lectura de estos capítulos nos hablan de la novedad del Evangelio. El judaísmo, con sus viejas instituciones, ha sido reemplazado por nuevas realidades. En esta primera sección del "Libro de los signos", el evange-

lista quiere poner de manifiesto la novedad que trae Jesús. Para comprender y acoger la gran novedad es necesaria una profunda transformación interior (Jn 3,1-21), que sólo es posible si hemos descubierto personalmente a Jesús (Jn 4,1-42). Vamos a contarnos unos a otros lo que hemos descubierto, al leer de nuevo estos mismos capítulos con otra pregunta de fondo: *¿qué símbolos utiliza Juan para expresar esta novedad?*

📖 Acoge las aportaciones de cada uno de los miembros del grupo y subraya el aspecto de novedad que se quiere presentar con los símbolos. Podéis reconocer juntos los siguientes:

- En Jn 2,1-12 el agua de las abluciones, o purificaciones judías, ha sido reemplazada por nuevas realidades: el vino para la fiesta.
- En Jn 2,13-22 el Templo de la antigua alianza es reemplazado por el Templo vivo que es Jesús.
- En Jn 3,1-21 Nicodemo, un judío practicante, ha de volver a nacer para comprender el reino de Dios, ha de renacer del agua y del Espíritu.
- En Jn 4,1-42 una mujer samaritana pedirá el agua viva que quita la sed para siempre.

GUÍA DE LECTURA

"Dame de beber"

Antes de comenzar buscamos **Jn 4,1-15**

► Ambientación

Estamos leyendo la primera sección del "Libro de los signos", que habla de la gran novedad que nos trae Jesús. En la sesión anterior, hemos descubierto que para entrar en esta novedad es necesario volver a nacer del agua y del Espíritu.

Hoy contemplaremos el diálogo que mantiene Jesús con una mujer samaritana. De la misma manera que el agua deja paso al vino, el agua que hay que sacar laboriosamente de un pozo y no quita la sed deja paso al agua que Jesús entrega, aquella que sacia la sed para siempre, aquella que brota de un manantial del que surge la vida eterna.

► Miramos nuestra vida

Todos hemos sentido alguna vez momentos de cansancio, de sed. Sed ante un mundo que no es justo y fraterno, y que en muchas ocasiones deja a muchos hombres y mujeres en la cuneta de la

vida; sed ante una Iglesia que no está siempre al servicio de la Palabra; sed ante un sinsentido de nuestra vida personal; sed e insatisfacción ante nuestra manera acomodada de vivir la fe. Tanto a nivel personal como colectivo, hay algo que no funciona y que genera dentro de nosotros una sed.

- *¿De qué tenemos sed en este momento de nuestra vida? ¿De qué tengo sed yo?*

- *¿Cuál es el agua que bebemos para satisfacer esta sed?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

Leemos con mucha atención este hermoso pasaje del evangelio de Juan procurando no quedarnos en la "historieta", ya bien conocida, sino yendo al fondo de su profundísimo sentido valorando cada palabra y cada símbolo.

• Para mejor acoger la Palabra de Dios vamos a prepararnos con unos instantes de silencio: el Señor quiere transmitirnos algo importante.

• Proclamación de Jn 4,1-15.

• Cada miembro del grupo vuelve a leer personalmente el texto con la ayuda de las notas de la Biblia.

• Finalmente todos juntos tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *¿Qué personajes intervienen en el episodio? ¿Dónde se desarrolla el diálogo?*

- *¿Qué barreras dificultan el diálogo de Jesús con la Samaritana?*

- *¿Hablan Jesús y la Samaritana de lo mismo? ¿Dónde está el malentendido?*

- *¿Quién tiene sed de verdad, Jesús o la Samaritana?*

- *¿Qué nos revela este pasaje sobre Jesús?*

► Volvemos sobre nuestra vida

Hemos compartido nuestras insatisfacciones y cansancios, nuestra sed por vivir una vida más plena. Teniendo en el corazón lo que acabamos de comprender sobre lo que ofrece Jesús a esa mujer, vamos a seguir conversando a partir de las siguientes preguntas.

- *¿Qué podemos aprender del diálogo de Jesús con esta mujer?*

- *¿Qué significa para nosotros que Jesús es el "agua viva"? ¿De qué manera sacia nuestra sed?*

► Oramos

Podemos poner en el centro de la sala, junto a la Biblia abierta, un cántaro con agua y un cuenco con el que podamos beber después de nuestra participación. Si tenemos posibilidades, lo ideal es hacer esta oración alrededor del brocal de un pozo.

En este momento vamos a hablarle a Dios de nuestra sed y de la sed de los hombres y las mujeres que conocemos. Vamos a ponernos en una actitud que nos permita recibir esa agua viva que apagará para siempre nuestra sed.

- Para ello situémonos ante el pozo de Jacob y escuchemos una vez más el encuentro que tuvo lugar en Sicar (leemos de nuevo el pasaje de Jn 4,1-15).

- Oramos personalmente. Las palabras de la Samaritana a Jesús “Señor, dame de esa agua” pueden ayudarnos a expresar en forma de oración lo que la lectura y la meditación de este pasaje nos hayan sugerido.

- Cada uno expresa en voz alta su oración al Señor.
- Recitamos juntos el salmo 42: “Como busca la cierva corrientes de agua...”.
- Podemos acabar cantando: “Yo soy el agua viva”.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El diálogo de Jesús con la Samaritana pertenece todavía a la primera sección del evangelio y forma una unidad con los dos capítulos anteriores. Jesús realiza un signo: el de las bodas de Caná. Para explicar toda su profundidad el autor del cuarto evangelio nos presenta a dos personajes que dialogan con Jesús: un judío fariseo, Nicodemo, y una mujer samaritana. El encuentro con esta segunda, completa e interpreta lo dicho en el signo de las bodas de Caná: Jesús es el agua viva del que surge la vida eterna.

Desde el punto de vista literario, Juan, que luce su talento de narrador, emplea de nuevo el diálogo y el malentendido como lo hizo en el pasaje que leímos en la sesión anterior; la Samaritana no comprende de qué agua viva está hablando el Maestro (Jn 4,15).

La Samaritana, como otros personajes del evangelio de Juan, tiene un carácter representativo; en ella podemos ver simbolizada toda la región de Samaria que fue evangelizada, desde Jerusalén (Hch 8,4-25), por el grupo de los helenistas. Desde el punto de vista histórico este pasaje nos hace pensar en la misión cristiana entre los samaritanos, algunos de los cuales formaban parte de la comunidad joánica. El diálogo refleja las dificultades que tuvo la misión cristiana entre los samaritanos: ellos y los judíos estaban separados por fuertes barreras.

El primer diálogo que tiene Jesús con la mujer samaritana (Jn 4,7-15) tiene como tema central el agua que en el judaísmo representaba los bienes que Dios había dado a su pueblo durante su camino por el desierto y después en la tierra prometida. El agua se saca de un pozo, que es siempre lugar de encuentro, al que todos acuden para abreviar

los rebaños. Para Juan es también un lugar simbólico: los patriarcas encuentran a sus esposas junto a los pozos (Gn 24,13s; 29,2-12; Ex 2,15-21). El pozo que acompaña a los hebreos y a los patriarcas es un don del Señor. Alrededor del pozo bullía la vida de los pueblos, se forjaban alianzas, se hacían planes de paz y de concordia.

Jesús se sienta en el pozo, se encuentra con una mujer y conversa con ella. En la sociedad judía de aquel tiempo, una mujer que hablara en público con un hombre era vista como una mujer de vida “ligera”; por esta razón los discípulos se quedan sorprendidos cuando los ven juntos. El Maestro supera todas las barreras que separaban no sólo a judíos y samaritanos, sino a hombres y mujeres. Jesús se comporta con gran libertad ante las costumbres de su época.

La mujer samaritana va dando pasos progresivamente. En primer lugar hay un encuentro en el pozo, en el lugar de lo cotidiano. Se inicia un diálogo entre un Jesús cansado (Jn 4,6) y una mujer que tiene sed de vida (Jn 4,15). Se inicia un diálogo de fe que al comienzo es difícil, pero que va profundizándose gracias a la escucha mutua. Al principio esta mujer sólo pensaba en evitar el tener que ir todos los días a sacar agua. El encuentro con Jesús le hace tomar conciencia más profunda de la realidad, le hace tomar conciencia de que lo que Dios quiere para ella es el que puede “dar vida a los hombres y que la tengan en plenitud” (Jn 10,10). Esta mujer vive un proceso de conversión, pasa del agua que hay que sacar con dificultad de un pozo, a pedir el agua que sacia la sed para siempre. La Samaritana pasa del deseo elemental de agua, al de una fuente inagotable de la que brota un agua que salta hasta la vida eterna. Esta mujer recibe el don de Dios que es Jesús mismo (Jn 4,10).

El pozo del patriarca Jacob, el pozo de la Antigua Alianza, queda superado por el pozo de la Nueva Alianza, por el pozo en el que Jesús se desvela como Mesías (Jn 4,25-26). El agua utilizada para las purificaciones (Jn 2,6; 3,5) se convierte en agua viva, adquiere un nuevo sentido en Jesús; sólo Él puede entregarnos el agua que calma la sed para siempre, el Espíritu (Jn 7,33-39).

Si leemos el pasaje en su totalidad nos encontraremos con una sorpresa: una mujer será la primera persona a la que Jesús se revela como Mesías (Jn 4,26). La mujer, que no era considerada en su tiempo como apta para ser testigo, no sólo recibirá esa confianza de Jesús sino que se convertirá en apóstol de su comunidad: “venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho” (Jn 4,29). Progresivamente deja de hablar de sí misma y da a conocer a Jesús hasta que los samaritanos lleguen a decir: “Él es verdaderamente el salvador del mundo” (Jn 4,42). Después de la resurrección, otra mujer será también enviada por Jesús a proclamar la Buena Noticia, a ser testigo de su resurrección: “María Magdalena se fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció: He visto al Señor. Y les contó lo que Jesús le había dicho” (Jn 20,18). La Samaritana y María Magdalena, poco a poco, se convierten en discípulas y apóstoles del Señor.

Nosotros también sentimos cansancio a mitad de la mañana y nos acercamos al pozo a saciar nuestra sed. Cuando nos detenemos ¿sabemos encontrar a Jesús sentado esperándonos para ofrecernos esa otra agua, el que quita la sed para siempre? ¿Cuáles son nuestros lugares de encuentro con el Maestro en los que le oímos decir: “si conocieras el don de Dios” (Jn 4,10)?

PARA PROFUNDIZAR

Los símbolos en el evangelio de Juan

La Biblia emplea muchas palabras que tienen un significado simbólico; se expresa con términos que no son neutros, sino que están cargados de un profundo significado religioso y teológico. El lenguaje simbólico es más amplio y sabroso de lo que sugieren en un primer momento las palabras con las que se expresa. Hay una gran riqueza en la simbología bíblica; en ella la relación personal es “conocer”, pero no se conoce con el cerebro, sino con el corazón y las entrañas. Por eso se emplean tanto los símbolos, porque se dirigen a la razón y a la emoción, al espíritu y al cuerpo. Se trata de un lenguaje expresivo que lleva un mensaje dirigido a la persona entera: a su inteligencia, a sus emociones, a su sentido de la belleza.

Al cuarto evangelista le gusta comunicarse por símbolos. Utiliza muchos a lo largo del sus escritos: agua, luz y tinieblas, vida, nacimiento, pan, camino, puerta, viña, palabra... Hoy nos fijaremos en tres de ellos:

Luz y tinieblas

Estas palabras las encontramos en todas las literaturas antiguas y en el hablar cotidiano. No es extraño que aparezcan en los evangelios cargadas de sentido simbólico. Luz es vida, felicidad, salvación, paz, bendición, presencia del Señor. En sentido negativo aparece la palabra tinieblas que representa todo lo contrario.

En el evangelio de Juan y en las cartas, la salvación que Jesús anuncia y ofrece a hombres y mujeres se describe a través del vocabulario de la luz y de la vida (Jn 1,4; 8,12; 1 Jn 1,5; 5,12). La oposición y el rechazo a la salvación se describen por el contrario a través del vocabulario de las tinieblas, de la mentira, de la oscuridad, de la ceguera, de la muerte y de la noche (Jn 3,19; 9,4; 13,30; 1 Jn 1,5-10; 3,14).

La luz se encarna en Jesús: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn

8,12). “Yo he venido al mundo como la luz, para que todo el que crea en mí no siga en tinieblas” (Jn 12,46). La adhesión a Jesús se presenta como la opción por la luz y la vida contra las tinieblas y la muerte: “aquel que actúa conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que todo lo que Él hace está inspirado por Dios” (Jn 3,21).

Vida

La “vida” es un término favorito en el evangelio de Juan. Tanto es así que su evangelio puede ser llamado el evangelio de la vida (Jn 20,31). No significa para el cuarto evangelista la vida natural, pero se apoya en ella como símbolo de la otra vida, aquella que es don de Dios y está más allá del alcance humano, aquella que nos hace participar de la vida de Dios mismo, aquella que muchas veces llama vida eterna. Tener vida, o vida eterna, es participar de la vida misma de Dios. La vida que da Dios no puede ser destruida por la muerte (Jn 11,26). El que escucha a Jesús “tiene la vida eterna y no será condenado, sino que ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24). Jesús es la vida: “Yo soy la resurrección y la vida. El que crea en mí aunque haya muerto vivirá” (Jn 11,25) y sus palabras son espíritu y vida: “El Espíritu es quien da la vida” (Jn 6,63).

Agua

En la creación Dios separa las aguas de arriba de las de abajo (Gn 1,7). Las aguas superiores aparecen con frecuencia como benéficas para personas, animales y plantas. El agua que cae desde arriba en forma de lluvia o de rocío empapa y fecunda la tierra. Se trata de un don de Yavé que se recoge en manantiales y ríos como reservas para la fecundidad de la vida. En el desierto Dios provee milagrosamente a su pueblo, hecho que se recordará constantemente en la Biblia (Ex 7,5s; Dt 8,15; Sal 78,15s, etc).

Juan hace del agua el gran signo del Espíritu. Renacer del agua y del Espíritu permite entrar en el reino de Dios (Jn 3,5). En el diálogo con la Samaritana el agua simboliza el don de Dios que Jesús entrega a hombres y mujeres. El agua del Espíritu es agua viva que apaga la sed y se convierte en manantial interior que fecunda (Jn 4,14). Jesús es quien da el agua viva: “si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva” (Jn 7,37-38). En Jn 7,37-39 el agua se identifica con el Espíritu que brota de Jesús.

Hoy también el símbolo es un lenguaje muy rico y expresivo para cada uno de nosotros. El símbolo nos ayuda en nuestra expresión

de la oración: hablamos de sed, de agua viva, pedimos a Dios que nos dé vida en abundancia, sentimos el terror de las tinieblas y buscamos por encima de todo abrírnos a la luz, a la luz de Dios.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para la próxima reunión vamos a leer Jn 4,43-6,71, una sección marcada por los signos y los discursos de Jesús, y las dificultades con los judíos, que no acaban de aceptar al Hijo del hombre. Enseguida descubrimos cómo el tema de la Vida se expresa mediante multitud de palabras y gestos en el relato. Podemos leer la sección intentando responder a la pregunta:

¿Qué signos y palabras de Jesús nos hablan de la vida?

NOTAS

5 JESUCRISTO, VIDA DEL PADRE



👉 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Los diversos textos que estamos reflexionando nos descubren rasgos nuevos de la persona de Jesús. De la misma forma que en las últimas sesiones escuchábamos atentos, aunque desde la distancia, los diálogos del Señor con Nicodemo y con la mujer samaritana, hoy vamos a detenernos en la cercanía del Maestro con cada uno de nosotros, sus discípulos. Es un encuentro con la vida, la vida del Padre, que en Jesús se hace alimento para llegar hasta nosotros. Buscaremos en esta sesión:

- Estudiar en el evangelio de Juan el sentido de la Eucaristía, como sacramento de comunión y vida eterna.
- Descubrir la corriente de vida del Padre que llega hasta nosotros en Jesús como alimento de salvación.
- Leer nuestra historia personal, y la de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, desde la clave de la búsqueda de la vida.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 4,43-6,71

En el conjunto de esta sección, el evangelista nos presenta la figura de Jesús utilizando las imágenes de la palabra de vida y del

pan de vida. Estas dos ideas se desarrollan siguiendo un esquema similar: signos de Jesús, disputa con los judíos y amplio discurso. Así, mediante signos y palabras, Jesús se presenta ante las gentes como el que tiene y da la vida que ha recibido del Padre.

Hemos leído la sección de Jn 4,43-6,71, teniendo en cuenta esta pregunta: *¿Qué signos y palabras de Jesús nos hablan de la vida?*

Vamos a poner en común lo que ha descubierto cada uno.

☞ Después de la puesta en común, el animador puede recoger las aportaciones de los miembros del grupo insistiendo en el hecho de que las expresiones que se han encontrado en torno a la vida son muy abundantes tanto en los cuatro signos como en los discursos.

La presencia de la vida es evidente en los dos primeros *signos*, las curaciones del hijo del funcionario real y del paralítico. También podemos, en esta clave de la vida, hacer una lectura de los dos signos del capítulo 6: Jesús reparte alimento abundante, y trae sosiego al mar revuelto en la noche de los discípulos.

Por lo que respecta a los *discursos*, notamos que palabras como vida, vivir o resucitar, aparecen en ambos constantemente. Podemos prestar atención a algunos aspectos más significativos:

- La vida que nos da Jesús es la vida del Padre. Esto se recoge especialmente en el discurso del capítulo 5 donde se repite con insistencia la relación entre el Padre y el Hijo de Dios (Jn 5,21.24.26...).
- La vida llega por la fe, en el acoger al Hijo y creer en el Padre que le envía (Jn 5,24; 6,40.44.47).
- La nueva forma de existencia se expresa aquí y ahora en la comunión de vida con Jesús (Jn 6,56-57).
- Y esta existencia vivida en Jesús es eterna: en otros tiempos nuestros antepasados comieron y murieron, "pero el que coma de este pan, vivirá para siempre" (Jn 6,49.58).

GUÍA DE LECTURA

"El que coma de este pan vivirá para siempre"

Antes de comenzar, buscamos **Jn 6,51-59**.

► Ambientación

En las dos sesiones anteriores nos hemos acercado a los encuentros de Jesús con Nicodemo y la Samaritana. Los ecos de las palabras del Maestro sobre el nacer del agua y del Espíritu, o el beber el agua de vida eterna resuenan aún en nuestro corazón. El pasaje

que vamos a leer en la sesión de hoy nos invita a contemplar al Señor que se hace pan, cercanía, para que nosotros, acogiéndole en la fe, tengamos vida eterna.

► Miramos nuestra vida

Cuando nos detenemos y miramos a nuestro alrededor vemos un mundo bastante complicado. Nos gustaría que todo fuera alegría, paz, felicidad, vida en abundancia para todos los hombres y mujeres de la tierra, y sin embargo descubrimos que la tristeza, el dolor, el hambre o la violencia se han hecho los dueños del día a día de muchos hermanos nuestros. Y esto ocurre también en la historia de cada uno de nosotros: los momentos de optimismo e ilusión de pronto aparecen mezclados con otros de una gran desesperanza. Son como brochazos de muerte que emborronan el lienzo de nuestra vida. Nos preguntamos personalmente:

- *¿Qué cosas en mi vida, y en la de los hombres y mujeres de mi tiempo, nos hacen ser felices, vivir en plenitud? Y, por otra parte, ¿qué me impide, nos impide, ser felices, estar llenos de ilusión?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

El pasaje que vamos a meditar a continuación pondrá luz a las experiencias de vida que acabamos de compartir. La vida que viene de arriba sobrepasa con creces no sólo la vida que vemos y vivimos, sino también la que esperamos en nuestro corazón.

• Nos preparamos para escuchar y acoger la Palabra de vida haciendo un momento de silencio. Invocamos al Espíritu Santo.

• Un miembro del grupo lee despacio Jn 6,51-59.

• En unos minutos de silencio, volvemos todos a leer el pasaje, prestando también atención a sus notas.

• Tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *En el texto aparece de distintas maneras la idea de la vida. Nos fijamos en este dato y nos preguntamos: ¿dónde está el origen de esa abundancia de vida que expresa el texto?*

- *Los judíos que estaban escuchando no acaban de comprender. ¿Cuál crees que es su mayor dificultad para entender lo que dice Jesús?*

- *Acoger a Jesús, comer su carne y beber su sangre, cambia la historia de toda persona. ¿Con qué frases anuncia el texto las promesas de Jesús a quienes lo aceptan como pan de vida?*

► Volvemos sobre nuestra vida

Seguro que al leer el texto, además de ver iluminada nuestra experiencia personal, hemos tomado conciencia más clara de dónde se encuentra la fuente de la que mana toda la vida. También es

seguro que, como cristianos, hemos hecho la lectura desde nuestra experiencia de la Eucaristía.

– *¿Qué puedes hacer en el día a día para que tanto tú, como los hombres y mujeres con los que convives, seáis más felices, tengáis vida de verdad?*

– *¿Realmente vives la Eucaristía en tu comunidad como fuente de vida y unión con Dios y los hermanos?*

► Oramos

Hacemos oración con lo que hemos escuchado y meditado en este encuentro en torno a la Palabra.

- Podemos reunirnos alrededor del Sagrario, o bien, preparar en el centro de la sala donde nos encontramos un lugar con una Biblia abierta, una hogaza de pan y una vela encendida.

- Tras un momento de silencio, alguien del grupo lee despacio y en voz alta el Salmo 27: “El Señor es mi luz y mi salvación”.

- Terminamos nuestra oración expresando algún compromiso a nivel personal, que nos ayude a compartir, a estar atentos a las necesidades de los más pobres. Pedimos al Padre el pan diario para toda la humanidad recitando juntos el “Padre nuestro”.

👉 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Continuamos leyendo la primera parte del evangelio de Juan, el llamado libro de los signos que, como sabemos, se extiende desde el capítulo 2 hasta el 12. Los versículos que vamos a leer juntos se encuentran al final de un amplio discurso de Jesús, que va precedido de dos importantes signos: la multiplicación de los panes y los peces, y la marcha de Jesús sobre las aguas del lago de Galilea. En el capítulo 6 de este evangelio hemos descubierto enseguida un esquema muy sencillo: dos signos y un discurso. Es una estructura semejante a la que encontramos en la sección anterior (Jn 4,43-5,47).

Cuando leemos Jn 6 nos da la impresión de que todo el capítulo forma un conjunto perfectamente tramado. Además del esquema que acabamos de descubrir, si nos fijamos un poco, vemos que todo el texto está como enmarcado por dos expresiones similares, “algún tiempo después”, que señalan su principio y su final (Jn 6,1 y 7,1).

Pero es sobre todo al prestar atención al contenido del capítulo cuando nos damos cuenta de la existencia de dos temas que le dan unidad: la opción de la fe en Jesús y la imagen del pan.

En *primer lugar*, todo el capítulo está orientado hacia la respuesta de Pedro en Jn 6,68-69: “Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios”. La confesión de Pedro nos invita a leer todo el capítulo teniendo en cuenta

la oposición entre creer (o lo que es lo mismo, acoger a Jesús y tener vida) y no creer (rechazarle, estar muerto). Este tema de la opción de fe es fundamental en Juan; recordamos cómo se recoge ya en el prólogo del evangelio al hablar de la Palabra, que “vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron”, o incluso en este mismo discurso del capítulo 6, cuando dice Jesús “os aseguro que el que cree, tiene vida eterna”.

En *segundo lugar*, observamos que las referencias al pan son también constantes en todo el pasaje. Se nos habla de él como alimento para cada ser humano en particular, pero se destaca igualmente su sentido comunitario, por ejemplo, cuando Jesús da de comer a la muchedumbre. El pan es alimento que fortalece a la persona en su vida actual, pero es también alimento que da vida eterna por la unión entre Jesús y el creyente.

Estos dos temas, que se muestran con especial fuerza en los versículos que estamos estudiando, nos ayudan a descubrir el interés del evangelista por expresar la estrecha relación que existe entre la Eucaristía y la fe en el Señor Jesús.

En Jn 9,51-59 la presentación de Jesús como pan vivo, y la discusión entre los judíos sirven como puerta de entrada hacia el mensaje central del discurso. El punto final lo ponen la referencia al maná del AT y la localización de la historia en la sinagoga de Cafarnaún.

El v. 51 propone el *punto de partida* del relato: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come de este pan, vivirá siempre (...)”. El pan vivo bajado del cielo contrasta con el maná que comieron los israelitas en el desierto, pero que no les libró de la muerte (Jn 6,49.58). El pan vivo es Jesús mismo, el Dios que se hace hombre para la salvación del mundo.

La *discusión de los judíos* suscitada por esta afirmación inicial de Jesús es clave para comprender el texto correctamente. A primera vista puede pareceros que su dificultad está en que comprenden las palabras de Jesús como si se tratase de comer carne humana en sentido estricto; pero leídos en su contexto, estos versículos dan más bien la impresión de que los judíos no acaban de creer quién es Jesús (¿cómo va a bajar del cielo “éste”, un hombre cualquiera, para salvarnos?). De ahí que la respuesta del Señor en el v. 53 no busque aclarar tanto el tema de la carne cuanto el hecho de que Él es el Hijo del hombre, que se entrega en su cuerpo y su sangre, y que como tal ha de ser recibido.

La *respuesta de Jesús* a la dificultad de los judíos es lo central de este fragmento. Contiene, como vemos, dos temas distintos: vivir *por* Jesús y vivir *en* Jesús. El primero de ellos, *tener vida por Jesús*, vida eterna, que garantiza la resurrección en el último día, se desarrolla en los vv. 53-54. En ellos se insiste en lo expresado en los versículos anteriores: comer la carne y beber la sangre de Jesús es lo mismo que creer en Él, acogerlo como Hijo del hombre, reconocerlo como el que trae la vida al mundo. Así, el que cree en Él, aquel que come su carne y bebe su sangre, tiene vida eterna, pero “el que no cree en Él ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios” (Jn 3,17-19).

En cuanto al segundo de los temas, *vivir en Jesús*, permanecer en Él, insiste en la idea de estar unidos con el Señor, compartiendo una misma vida, que es semejante a la relación que existe entre Jesús y el Padre: como Jesús vive por el Padre, así el creyente vive por Jesús.

Los *versículos finales* vuelven a poner de relieve que el relato se desarrolla en el contexto de la relación con los judíos, tanto por la historia que se recuerda en torno a la comida durante la marcha del pueblo por el desierto, como por la localización del discurso en la sinagoga de Cafarnaún. Al recoger el tema del maná, que aparecía enunciado en el v. 49, se propone la absoluta novedad en la presencia de Jesús: el maná del desierto y la antigua ley son figuras de esta nueva comida y de la nueva alianza. El v. 59, además de situar el pasaje en un lugar señalado, es la puerta de entrada a la parte final del discurso en la que, en medio de la incredulidad de los judíos y de muchos discípulos, resuenan con fuerza las palabras de Pedro: "Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el santo de Dios".

PARA PROFUNDIZAR

Los sacramentos. La Eucaristía

Si a distintas personas de nuestro entorno, vecinos o familiares, les preguntáramos "¿Qué es un sacramento?", posiblemente nos darían respuestas muy variadas: un rito, algo que se hace en momentos importantes de la vida, cosas de la Iglesia,... Otros nos dirían directamente: el bautismo, la confesión... Sin embargo, los sacramentos son mucho más; son gestos de amistad de Dios con su pueblo, de un Dios que salva, que nos llena de vida. En ellos, Él se da a conocer y se deja encontrar en las historias de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Una ventana abierta a Dios

Para hacernos una primera idea vamos a imaginarnos el cristal de la ventana de una habitación. Por él llegan hasta nosotros la luz del sol y la oscuridad de la noche, las gentes que pasean por las calles de nuestros pueblos y ciudades. A través de la ventana salimos del aislamiento y nos abrimos a un mundo lleno de historias y vidas distintas de la nuestra. Los sacramentos son como ventanas que nos permiten ver lo que hay "del otro lado". Y no sólo ver. Cuando decimos que los sacramentos son transparencia de Dios nos estamos quedando cortos: es como si ese cristal imaginario hubiera saltado por los aires, y hubiera desaparecido cualquier barrera que nos separara de Él. Dios se adentra en la vida de cada hombre hasta ser más cercano, más íntimo que cualquier otra cosa en el mundo.

Signos que se entienden desde la fe

Para saber cómo se entienden en la Iglesia los sacramentos, hemos abierto el *Catecismo de la Iglesia Católica* y nos hemos fijado en una breve definición: "*Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia, por los cuales nos es dispensada la vida divina*" (nº 1.131).

En esta definición encontramos una palabra muy importante, que Juan utiliza con frecuencia en el evangelio: "signo". Un signo es un objeto, acción, palabra, fenómeno,... que representa algo. Así, decimos por ejemplo, que la sonrisa es signo de alegría, o que las lágrimas lo son de tristeza. Según esto, los sacramentos son signos porque cosas, palabras o acciones cercanas a nosotros, que podemos percibir con nuestros sentidos, como el agua, el pan, o el aceite, representan realidades que van más allá de su mero contenido material: volver a nacer, comunión.

Un signo nos "dice algo" sólo si es reconocido por nosotros. De la misma forma un sacramento sólo se entiende desde la fe. Sólo desde la fe, el agua nos habla de un nuevo nacimiento; el aceite nos consagra, nos marca para Dios; el pan y el vino son para nosotros el pan de la vida y la bebida de la salvación.

Si leemos desde esta óptica el evangelio de Juan, fácilmente podríamos reconocer en él referencias a distintos sacramentos. Así nos ocurre con la Reconciliación, tras leer Jn 20,22-23 ("a quienes les perdonéis los pecados..."). Muchos más son los momentos que nos pueden sugerir el Bautismo: el encuentro de Jesús con Juan Bautista (Jn 1,28-34); las palabras de Jesús a Nicodemo sobre el "nacer del agua y del espíritu" (Jn 3,5); la conversación que mantiene el Señor con la samaritana (Jn 4,7-16); la curación del paralítico en el estanque de Betesda (Jn 5,1-9); sus palabras a la muchedumbre afirmando que de aquel que crea "brotarán ríos de agua viva" (Jn 7,38); el lavatorio de los pies (Jn 13,1-10); el agua que mana junto a la sangre del costado de Cristo (Jn 19,34); el instante en el que Pedro se echa al agua tras reconocer a Jesús en la orilla (Jn 21,7). El texto del capítulo 6 que hemos meditado en esta sesión nos invita a detenernos por un momento en el sacramento de la Eucaristía.

La Eucaristía: comunión y fuente de vida

Eucaristía es una palabra que procede de la lengua griega y que significa acción de gracias. Son muchas otras las palabras que utilizamos para referirnos a este sacramento, pero cuando decimos Eucaristía estamos expresando que nos unimos a Cristo en su sacrificio para dar gracias a Dios por todo lo que ha hecho en favor de su pueblo.

El evangelio de Juan no menciona en la última cena las palabras de Jesús sobre el pan y el vino que sí mencionan los sinópticos, y que nosotros recordamos cada vez que celebramos la Eucaristía. Sin embargo, en el marco del discurso del pan de vida las palabras de Jesús nos ayudan a entender con profundidad la Eucaristía como comunión y como fuente de vida eterna.

“El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él” (Jn 6,56). Esta comunión de vida es similar a la que existe entre el Padre y su Hijo Jesús. La comunión con Dios es el elemento que nos une a todos como a una familia; y por eso, en la Eucaristía, en la que compartimos el cuerpo de Cristo, se va construyendo el cuerpo de la Iglesia, del que todos somos miembros y en donde vamos teniendo vida.

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54). Jesús consagró a otros toda su vida. Vivía siempre para los demás. Esta entrega marca también la última cena que tuvo con los suyos. “Esto es mi cuerpo” quiere decir “esto es mi vida, yo existo para vosotros incluso en el momento de la traición y de la muerte”. Esta historia de sacrificio nos obliga a mirar la última cena a la luz de toda una vida, entregada día a día en favor de los hombres y mujeres de la tierra, y a la luz de la cruz. Así, la comunión con Jesús sólo puede ser contemplada desde la realidad de una sangre derramada en cruz para la salvación del género humano. Desde la cruz, la comunión con Jesucristo es sinónimo necesario de solidaridad, de lucha por la justicia y la verdad, de entrega sin límites en favor de la causa de los más desfavorecidos, para que realmente todos tengan vida y la tengan en plenitud (Jn 10,10).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para la próxima reunión vamos a leer una nueva sección del evangelio de Juan: Jn 7,1-8,59. En ella, Jesús hace constantes alusiones a su unión con el Padre, a la intimidad que mantienen entre ellos. Cuando leas la sección fijate en esto:

¿Con qué palabras expresa Jesús su relación con el Padre?

6 JESÚS, MISERICORDIA DEL PADRE



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En cada una de las secciones precedentes el evangelista nos ha mostrado una faceta de Jesús. En el encuentro anterior lo contemplamos como alimento que da la vida eterna. En este encuentro, a partir de sus palabras y de sus gestos, vamos a descubrirlo no sólo como vida, sino también como luz y como rostro visible de la misericordia del Padre, con quien está íntimamente unido.

Nos proponemos como objetivos en esta reunión:

- Descubrir, al leer la sección, la estrecha relación que existe entre Jesús y su Padre.
- Contemplar en Jesús el rostro misericordioso de Dios Padre.
- Reflexionar sobre cómo podemos anunciar hoy el perdón y la ternura de Dios, de modo que esta reflexión nos lleve a adoptar actitudes concretas de vida.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 7,1-8,59

Hay un tema que da unidad a toda la sección de Jn 7,1-8,59: Jesús se presenta a sí mismo como luz y vida para todo ser huma-

no. Esta manifestación se produce en un contexto de discusión con los judíos que no pueden aceptar lo que dice Jesús y lo tienen por blasfemo. Pero Jesús se defiende dejando clara su relación con el Padre, su unión con Él, su punto de referencia en Él.

Vamos a ver cómo aparece esto en la sección. Recuerda la pregunta que nos hacíamos al comenzar a leerla: *¿con qué palabras expresa Jesús su relación con el Padre?*

Dedicamos ahora unos minutos para compartir con los demás lo que cada uno ha descubierto.

☞ Cuando todos hayan comunicado al grupo lo que han encontrado en la lectura personal de la sección, podemos dedicar unos momentos a repasar lo más significativo y subrayar aquellos aspectos que, tal vez, no hayan sido tocados en la puesta en común:

- Jesús es el enviado que viene de Dios y a Él vuelve (Jn 7,16.28.29.33; 8,16.18.29.42).
- Conoce al Padre (Jn 7,29), y quien conoce a Jesús, también conoce al Padre (Jn 8,9).
- El Padre está siempre con Jesús (Jn 8,16.29).
- Jesús hace lo que le agrada al Padre (Jn 8,29), enseña lo que aprendió del Padre (Jn 7,16; 8,28.38).
- Jesús y el Padre son los que pueden juzgar (Jn 8,16.50).
- Jesús honra a su Padre (Jn 8,49), quiere el honor del Padre (Jn 7,18) y el Padre vela por el honor de Jesús (Jn 8,54).

Estos datos y otros que hemos podido ir descubriendo en el evangelio de Juan, nos manifiestan que Jesús y el Padre están íntimamente unidos. Por eso Jesús es el que mejor nos podía revelar su ternura, sus entrañas de misericordia, sus deseos de perdón y de fraternidad para nosotros.

GUÍA DE LECTURA

“Tampoco yo te condeno... no vuelvas a pecar”

Antes de comenzar buscamos **Jn 8,1-11**

► **Ambientación**

En el encuentro anterior Jesús decía que el Padre es quien posee la vida, esa vida se la ha dado a Jesús y Jesús nos la transmite a nosotros si creemos en Él. Pero la vida que el Padre nos quiere regalar por Jesús no se refiere sólo al más allá. Es una vida que se empieza a disfrutar aquí y ahora, que se nos da a pesar de nuestros fallos, y que pide de nosotros actitudes concretas hacia los demás: ser como el Padre del cielo.

En el encuentro de hoy vamos a ver cuál es el rostro del Padre que Jesús presenta al perdonar a la mujer adúltera, al regalarle una nueva vida. Como seguidores de Jesús, ése es el rostro que estamos llamados a mostrar, la vida que queremos difundir.

► **Miramos nuestra vida**

Hay comportamientos que socialmente no son admitidos. Por ejemplo, no se ve bien a las personas que están enganchadas a la droga, o a las que han caído en la prostitución, y rápidamente pasamos a enjuiciarlas: “son unas viciosas, gente de mal vivir”... Solemos juzgar a los demás según nuestro modo de ver las cosas, de acuerdo a nuestra forma personal de situarnos ante la vida: “ése no sabe organizarse”, “aquella derrocha el dinero”, “¡vaya ideas que tiene éste!”...

– *¿A qué tipo de personas suele juzgar con más dureza nuestra sociedad? ¿Qué se dice de ellas?*

– Y tú, *¿a quién juzgas más duramente?*

► **Escuchamos la Palabra de Dios**

Como cristianos, nuestro punto de referencia no es la sociedad, sino Jesús. Los evangelios recogen sus actitudes en diversas circunstancias de la vida. Veamos qué tiene que decir de las condenas a las que, a veces, sometemos a los demás.

• Para hacernos conscientes de que vamos a escuchar la Palabra de Dios, nos preparamos con un momento de silencio o con una breve invocación al Espíritu Santo.

• Proclamación de Jn 8,1-11.

• Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia.

• Entre todos tratamos de responder a estas preguntas:

- *Observa los personajes que aparecen en el pasaje. Fíjate: Cómo actúan los acusadores frente a la mujer: ¿Qué dicen? Cómo actúan los acusadores frente a Jesús: ¿Qué dicen? Cómo actúa Jesús frente a los que acusan: ¿Qué les dice? Cómo actúa Jesús frente a la mujer: ¿Qué le dice?*
- *¿Qué rostro del Padre presenta Jesús en este pasaje?*

► **Volvemos sobre nuestra vida**

Al comienzo descubrimos con qué facilidad y superficialidad juzgamos a la gente, con qué rapidez les arrojamos piedras. Leyendo el evangelio de Juan hemos comprobado que Jesús no fue así. Era el único que podría haber apedreado a la mujer y no lo hizo. Su mirada iba más allá de las apariencias. Después de contemplar la actitud de Jesús, vamos a sacar consecuencias concretas para nuestra vida:

- ¿Qué aprendes de la actitud de Jesús con respecto a los juicios que hacemos sobre los demás?

- ¿Cómo podemos mostrar el rostro misericordioso del Padre?

Intenta dar respuestas que te lleven a adoptar actitudes concretas para la vida.

► Oramos

Expresamos en forma de oración todo lo que hemos meditado y dialogado a partir de la lectura de este pasaje:

- Volvemos a leer Jn 8,1-11 en clima de oración.

- El animador invita a que cada miembro del grupo mantenga una piedra en la mano. Con este símbolo, cada uno recuerda:

- las piedras con las que la sociedad golpea la vida de muchas personas,
- las pedradas que yo he recibido,
- las piedras que he lanzado.

- Dejamos la piedra en el suelo. Reconocemos nuestro pecado y nos confiamos a la misericordia de Dios que acepta un corazón arrepentido. Recitamos juntos el Salmo 51: "Ten piedad de mí, por tu amor".

- El animador u otra persona del grupo hace una oración final agradeciendo a Dios su perdón y pidiendo que su amor se desborde en mí/en nosotros a favor de los demás.

🔗 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El episodio de la mujer adúltera ha sido llamado por algunos estudiosos "un meteorito sinóptico en Juan". Es como si un trozo de los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo, Lucas) se hubiese desprendido de su lugar original y, después de dar muchas vueltas, hubiese caído en este evangelio.

¿Por qué este pasaje ha tenido que buscar un hueco donde acomodarse? La respuesta la encontramos en la situación de la Iglesia de los primeros siglos. Los primeros cristianos consideraban que el adulterio, la apostasía (significa renunciar a la fe) y el homicidio eran pecados incompatibles con la vida de los bautizados, pecados que provocaban la inmediata expulsión de la comunidad y cuyo perdón estaba reservado a Dios al final de los tiempos. Pero en este episodio Jesús no juzga a la mujer adúltera, y, además, la perdona. En aquella situación, este pasaje era incómodo para una Iglesia que, a veces, juzgaba con severidad.

Este pasaje también podía haber sido eliminado de los evangelios. Si no lo hicieron fue porque los primeros cristianos tendrían concien-

cia de que algo así tenía que ser cosa de Jesús, y nadie quiso suprimirlo. De este modo, el pasaje fue pasando de un escrito a otro hasta que Juan, que es el evangelio más tardío, le hizo un hueco en un lugar donde venía bien para ilustrar el dicho de Jesús en Jn 8,15: "Yo no quiero juzgar a nadie".

Por tanto, nos encontramos ante un fragmento evangélico que no perteneció originalmente al evangelio de Juan, pero que forma parte del NT inspirado, como el resto de la Escritura. Nosotros lo hemos elegido por su fuerza para revelar la misericordia del Padre.

La introducción de este episodio muestra a Jesús enseñando en el Templo de Jerusalén. Los maestros de la ley y los fariseos, que en este pasaje son los personajes que se oponen a Jesús, entran en escena. Se presentan con una mujer sorprendida en adulterio y la colocan "en medio de todos", que es el lugar de los que van a ser juzgados.

Maestros de la ley y fariseos hacen, entonces, la siguiente pregunta a Jesús: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida cometiendo adulterio. En la ley de Moisés se manda que tales mujeres deben morir apedreadas. ¿Tú qué dices?".

Formulada la pregunta, los lectores sentimos una cierta extrañeza. Es cierto que uno de los mandamientos del Decálogo va en contra del adulterio (Ex 20,14), pero también es verdad que el adulterio es cosa de dos personas. Y si la ley pedía la muerte de ambos (Lv 20,10; Dt 22,22), ¿por qué sólo se juzga a la mujer? Aún hay algo más: ¿por qué a ella, que es la sentenciada, no se le da posibilidad de defenderse o justificar su acción? No se le pregunta, no se la toma en cuenta para nada. Ni siquiera le dan la palabra. El versículo 6 nos ofrece la respuesta a estas preguntas: "... querían encontrar un motivo para acusarle". El juzgado era Jesús, la mujer era sólo un pretexto; la escena, una trampa. ¡Y qué bien tramada! Porque Jesús no tenía escapatoria posible: si proponía el perdón entraría en conflicto con la ley de Moisés que ordenaba apedrear a los adúlteros; si aprobaba la ejecución, su fama de hombre compasivo y misericordioso se vendría abajo. La intención que ocultaba la pregunta era acusar a Jesús.

Jesús, lleno de recursos, recuerda los gestos mediante los que tantas veces hablaron los profetas del AT, y recurre a ellos: se pone a escribir en el suelo. A los escribas y fariseos les hace recordar un pasaje del profeta Jeremías: "Los que se apartan de mí (de Dios) serán inscritos en el suelo" (Jr 17,13). Sienten que así es como escribe Dios el nombre de los pecadores y cada uno se da cuenta de que entre esos nombres está también el suyo. Jesús con unas pocas palabras: "Aquel de vosotros que no tenga pecado puede tirarle la primera piedra", les remite a su propia conciencia de pecadores. Entonces aquellos hombres se marcharon "y dejaron solo a Jesús con la mujer".

La escena ha cambiado bruscamente. Comenzó con una doble acusación, contra la mujer y contra Jesús, por parte de los escribas y fariseos. Pero la encerrona se ha vuelto contra quienes la tramaron. Ahora no hay acusadores: Jesús no juzga a sus oponentes, sólo les pone en

condiciones de que sean jueces de sí mismos, de que se traten con el mismo rigor que han demostrado frente a la mujer. Ni siquiera juzga a la mujer: "Tampoco yo te condeno". Pero no justifica ni acepta el pecado de ninguno de ellos: a los acusadores les obliga a retirarse ante la toma de conciencia de sus faltas, y a la mujer le pide: "...no vuelvas a pecar". Con esta actitud de rechazar el pecado y acoger al pecador, afirma una vez más que su misión no tiene nada que ver con la condena, porque así es la actitud misericordiosa del Padre.

PARA PROFUNDIZAR

Dios es Padre

No es extraño, para un cristiano, afirmar que Dios es Padre. Es una realidad humana que le aplicamos para expresar, en una palabra, cómo es el talante del Dios en el que creemos y cuáles son nuestras relaciones con Él.

Pero la palabra "padre" no define a nuestro Dios con precisión: sólo nos pone en camino para intuir algo de Él, es simplemente una pista para empezar a comprenderlo. Dios, en realidad, no es exactamente eso: es eso y mucho más. Y es que nuestras ideas sobre Él siempre serán aproximadas, nunca podrán encerrarle, porque, aun siendo un Dios cercano, siempre nos sobrepasa.

Dios también es madre

Nuestra primera afirmación amplía los límites de la palabra "padre". Y es que la Biblia también utiliza imágenes maternas para expresar la actuación de Dios con su pueblo.

Dios se presenta, por ejemplo, como la madre que consuela (Is 66,13; Ap 21,4), como la mujer que levanta a su criatura hasta sus mejillas, "y se inclina hasta ella para darle de comer" (Os 11,4). Es un Dios-madre incapaz de olvidarse del hijo de sus entrañas (Is 49,15), un hijo al que ama con enorme ternura (Os 11,4; Sal 25,6) y con quien el pueblo se siente "como un niño en el regazo de su madre" (Sal 131,2), porque posee un seno acogedor (Lc 13,34). El adjetivo "misericordioso", frecuentemente aplicado a Dios en la Biblia, se dice en hebreo con el plural de una palabra que significa "útero, seno materno". Es decir, cuando se quiere expresar que Dios es misericordioso, se dice de Él que tiene entrañas maternas.

Otros símbolos como éstos, presentes en la Biblia, y la creciente sensibilidad por el valor de lo femenino en nuestro mundo, está llevando a muchos cristianos y cristianas a exclamar con Juan Pablo I: "Dios es Padre, pero sobre todo, es Madre".

Dios, Padre de Jesús

La imagen de Dios preferida por el NT es la de Padre. Jesús hablaba así a Dios y de Dios (Mc 14,36; Mt 11,25; Lc 22,42; Jn 11,41...). Evidentemente Jesús conocía también otros nombres de Dios y los utilizó en algunas parábolas en las que aparece como rey, señor, juez... Sin embargo, todas estas imágenes se mantienen siempre bajo la bondad y ternura de Dios como Padre. Es como si todos esos nombres se le aplicaran a Dios, pero "Padre" fuera su nombre propio.

El concepto de padre en tiempos de Jesús era, en algunos aspectos, diferente al de hoy. Para un hijo "padre" era sinónimo de "señor" y "autoridad", era alguien a quien el hijo debía obedecer; pero también se esperaba de él seguridad, protección, cuidados, fidelidad, amor. Esto es lo que aparece en los evangelios:

– Jesús reconoce a su Padre como autoridad: "¡Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra!" (Mt 11,25), como alguien con quien mantiene una relación de obediencia y fidelidad, de entrega a su voluntad: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado" (Jn 4,34), aunque a veces sea dura: "Padre, si quieres, aleja de mí esta copa de amargura; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22,42).

– Pero también entre Jesús y su Padre existía una relación de extraordinaria cercanía, intimidad y confianza. Uno de los mejores testimonios de esto es la palabra que Jesús utilizaba para orar: "Abba", padre (Mc 14,36; Rom 8,15; Gal 4,6). Hasta tal punto impactó a sus seguidores que la conservaron en la lengua utilizada por Jesús, el arameo. Llamar a Dios su "Padre" y hacerlo en la lengua del pueblo era, para la mentalidad de la época, un enorme atrevimiento, una gran falta de respeto. Pero en Jesús esta palabra expresaba la enorme y profunda experiencia que vivía en su relación con el Padre.

Jesús nos ha dicho que su Abba es como un padre atento y solícito, preocupado siempre de lo que pueda ocurrirle a sus hijos (Mt 10,29-31; Lc 12,22-30); un padre amoroso capaz de salir al encuentro, perdonar, olvidar todo y hacer que la casa estalle en fiesta por la vuelta del hijo perdido (Lc 15,11-32); alguien que garantiza, con su perdón, una nueva aurora y da la posibilidad de volver a comenzar (Jn 8,1-11); es un Dios con una bondad tal que nada puede alterar su ternura ni su benevolencia (Mt 5,45). Esta ternura se desborda ante el desamparo de los pobres, marginados y pecadores. El rostro de Dios que Jesús manifestó en su trato con ellos es de una cercanía y amor infinitos.

Confiar en un Dios Padre así, llevó a Jesús a mantenerse fiel, a esperar en su promesa a pesar de la contradicción, la persecución, la condena, la muerte en cruz. La confianza sin límites en su Padre

bondadoso es la raíz de donde brota la entrega, también sin límites, a su voluntad.

Dios, Padre nuestro

Sólo el Hijo conocía el corazón del Padre, pero ahora también lo han visto nuestros ojos y lo han palpado nuestras manos en Jesús, a quien Dios envió porque nos amaba.

Este amor nos compromete con una nueva familia, la gran familia de los hijos de Dios. Llamar a Dios “Padre nuestro” (Mt 6,9-13) es sentirse amado sin condiciones, confiarse a Él sin condiciones, pero también relacionarse con los hermanos, hombres y mujeres de cualquier raza, cultura o nivel social, a la manera del Padre.

Llamar a Dios “Padre nuestro” también es dejar que siga siendo Dios, aceptar que junto a su rostro íntimo y cercano está el trascendente y misterioso. Es seguir diciendo “hágase tu voluntad” aun cuando ésta nos lleve por caminos desconcertantes. También Jesús lo hizo así.

Gracias a Jesús somos hijos de Dios y podemos invocarle como Padre. Con la fuerza del Espíritu que nos ha regalado (Gal 4,6) estamos llamados a seguir pidiendo y trabajando para que “venga a nosotros tu Reino”, para que llegue el día en que todo el mundo reconozca la paternidad/maternidad de Dios y vivamos como hermanos. Cada vez que rezamos la oración que nos enseñó Jesús, el Padrenuestro, estamos implicando a nuestro mundo y nos estamos comprometiendo nosotros en la aventura apasionante de dejar a Dios ser Padre.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar nuestra próxima reunión leeremos una sección del evangelio de Juan centrada en la curación de un ciego de nacimiento (Jn 9,1-10,42). En ella podemos observar cómo este hombre invidente va descubriendo poco a poco la verdadera identidad de Jesús y lo va conociendo cada vez con más profundidad. Mientras vamos leyendo, nos fijamos con atención y tratamos de responder a estas preguntas:

¿Qué cosas dice el ciego de nacimiento sobre Jesús?

¿Cómo va descubriendo cada vez mejor su verdadera identidad?

7 EL BUEN PASTOR



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En nuestro encuentro de hoy vamos a leer una de las páginas más populares y entrañables del evangelio de Juan. Aquella en la que Jesús se presenta a sí mismo como Buen Pastor. Al hacerlo, trataremos de:

- Profundizar en la imagen del Buen Pastor para comprender mejor el sentido de la misión de Jesús y su relación con el Padre y con nosotros.
- Estudiar la manera con la que en algunos diálogos del evangelio de Juan se va revelando progresivamente la auténtica identidad de Jesús.
- Pensar cuáles deberían ser las actitudes de los “pastores” de la Iglesia y sus relaciones con el Pueblo de Dios a la luz de lo que descubrimos al mirar a Jesús como Buen Pastor.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 9,1-10,42

La curación del ciego de nacimiento ocupa la mayor parte de los capítulos que hemos leído para preparar nuestra reunión de hoy. Se trata del sexto de los signos realizados por Jesús a lo largo de la primera parte del evangelio y demuestra lo que Él había dicho de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12).

Este signo sirve de ocasión para un juicio (Jn 9,39). Devolviendo la vista a aquel hombre, Jesús provoca inmediatamente la división entre los que se acercan a la luz y se dejan iluminar por ella (simbolizados en el ciego que vuelve a ver) y los que la rechazan y quieren seguir viviendo en las tinieblas (simbolizados en los dirigentes judíos que se ciegan y rechazan a Jesús). Los primeros resultarán absueltos, es decir salvados. Los segundos son declarados culpables por haber elegido permanecer en su pecado (Jn 9,41). No es Jesús quien los condena, sino ellos mismos por preferir las tinieblas a la luz (Jn 3,19-21).

Por eso, al leer esta sección del evangelio, nos propusimos fijarnos en cómo el ciego de nacimiento va descubriendo cada vez más claramente quién es Jesús y contestar a estas preguntas: *¿Qué cosas dice el ciego de nacimiento sobre Jesús? ¿Cómo va descubriendo cada vez mejor su verdadera identidad?*

☞ Después de que cada uno ha compartido lo que ha descubierto en su lectura, observamos juntos algunos datos que pueden ayudarnos a responder a estas preguntas:

En el ciego de nacimiento se va dando un proceso creyente. No sólo se le iluminan los ojos del cuerpo, sino que su mirada se va abriendo poco a poco a la luz verdadera que es Cristo. Así son todos los que, a través del bautismo (nota lo que se dice en Jn 9,6-8), se dejan iluminar por la fe y siguen a Jesús como discípulos. Fijémonos:

- En Jn 9,11, el ciego de nacimiento habla simplemente de *“ese hombre que se llama Jesús”*.
- En Jn 9,17 va más allá al reconocer: *“Es un profeta”*.
- En Jn 9,25 parece dudar sobre si Jesús es o no un pecador, pero en Jn 9,33 se define claramente. Si Jesús no fuera un *“hombre que viene de Dios”* no habría podido curarle.
- En Jn 9,35-37 el ciego ya curado hace un acto de fe en Jesús como *“Hijo del hombre”* y postrándose ante Él en un gesto de adoración afirma: *“Creo, Señor”*.

En definitiva, el ciego de nacimiento ha reconocido en Jesús a *“un hombre”* cuya relación con Dios es totalmente singular. Ese hombre *“viene de Dios”*, pero es más que *“un profeta”*. Ese hombre es el *“Hijo del hombre”*, el *“Mesías”* (Jn 9,22), el *“Señor”*. Es el mismo hombre que, un poco más tarde, dirá de sí mismo: *“Yo soy el Buen Pastor”*.

GUÍA DE LECTURA

“Yo soy el Buen Pastor”

Antes de comenzar buscamos **Jn 10,11-18**

► Ambientación

En nuestra última reunión nos dejamos sorprender por la gran capacidad de perdón y misericordia de Jesús. En sus gestos de compasión descubríamos la inmensa ternura del corazón del Padre.

La imagen del Buen Pastor es otra de esas “fotografías” evangélicas en las que vemos plasmadas la solicitud y la entrega del Señor. Cuando los primeros cristianos aún no se atrevían a hacer imágenes del Crucificado, ya representaban al Buen Pastor para no olvidarse de que Jesús ha dado la vida por cada uno de nosotros, ovejas de su rebaño.

► Miramos nuestra vida

Los medios de comunicación suelen ser bastante hostiles cuando hablan de la Iglesia. La mayor parte de sus ataques se dirigen casi siempre a sus pastores: el Papa, los obispos, los sacerdotes... Como cristianos, nos sentimos a veces incómodos ante esas críticas que muchas veces son injustas y desproporcionadas. Todos conocemos el ejemplo de muchos sacerdotes, religiosos/as, misioneros/as... que entregan su vida día a día de manera desinteresada. Otras veces, en cambio, debemos reconocer que los responsables de nuestras comunidades no están a la altura de la misión que tienen encomendada. Por eso, vamos a empezar nuestra reunión de hoy dialogando sobre estas cuestiones y preguntándonos:

- *¿Creemos que los ministros de la Iglesia se comportan siempre como verdaderos pastores?*
- *¿Conocemos el ejemplo de alguno cuya vida haya sido un testimonio de generosidad y entrega?*
- *¿Nos hemos sentido alguna vez como “ovejas sin pastor”, es decir, desamparados o desatendidos por aquellos que en la comunidad deberían cuidar con solicitud del bien de todos?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

En el evangelio de Juan, Jesús se presenta a sí mismo como Buen Pastor. Con ello quiere que comprendamos mejor la calidad de su amor por nosotros y el precio que ha estado dispuesto a pagar para llevar a cabo la misión que el Padre le ha encomendado.

- Antes de escuchar la Palabra de Dios, preparemos nuestro corazón para acogerla. Lo hacemos guardando un momento de silencio o invocando el auxilio del Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad.
- Un miembro del grupo lee en voz alta Jn 10,11-18.

· Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para entenderlo mejor.

· Respondemos juntos a estas preguntas:

- ¿Por qué Jesús se presenta como "Buen Pastor" en este pasaje?
- ¿Qué diferencia hay entre el buen pastor y el asalariado?
- ¿Qué consecuencias trae para las ovejas el comportamiento de cada uno de ellos?
- ¿Qué relación tiene el Buen Pastor con las ovejas de su redil? ¿Y con las que todavía no forman parte de él?
- ¿Qué nos dice este pasaje sobre el Padre?

► Volvemos sobre nuestra vida

Ya en algunos pasajes del Nuevo Testamento, los responsables y ministros de la comunidad cristiana son llamados "pastores". A lo largo de los siglos, esto ha sido a veces muy mal entendido, pues ha dado pie a imaginar a la Iglesia como una especie de manada de "borregos" sin personalidad propia, cuya única obligación consiste en obedecer sin rechistar a la voz de sus dirigentes. Quizá todos habíamos olvidado un poco que, si alguien es designado como "pastor" dentro de la comunidad cristiana, lo es para seguir el ejemplo de Jesús, el único Pastor, el que da la vida por sus ovejas. Por eso nos preguntamos:

- ¿Qué esperamos de los ministros y responsables de la comunidad cristiana?
- ¿Cómo nos gustaría relacionarnos con ellos?
- ¿De qué manera podríamos ayudar a nuestros pastores para que se parezcan cada vez más a Jesús, el Buen Pastor?

► Oramos

Recogemos en forma de oración lo que la lectura y meditación de este pasaje evangélico nos haya sugerido. Procuramos inspirar nuestra plegaria en las mismas palabras de la Escritura.

· Para ambientar este momento de encuentro con el Señor, podemos colocar en medio de la sala un cayado de pastor o alguna imagen de Jesús que nos resulte significativa. Luego guardamos unos momentos de silencio y nos hacemos conscientes de que vamos a escuchar de nuevo una voz que debería resultarnos muy familiar: la voz del Buen Pastor.

- Leemos de nuevo Jn 10,11-18.
- Cada uno ora personalmente a partir del pasaje proclamado.
- Expresamos nuestra oración comunitariamente.
- Podemos acabar rezando o cantando juntos el salmo 23 (22): "El Señor es mi pastor".

📖 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Cuando leemos el conjunto formado por los capítulos 9 y 10 del evangelio de Juan, podemos tener la impresión de que el llamado "Discurso del Buen Pastor" (Jn 10,1-21) se encuentra fuera de lugar. Pero si nos fijamos con un poco de atención, veremos que puede ser muy bien entendido como una reflexión personal de Jesús a propósito de la curación del ciego de nacimiento y del debate que se suscita a causa de ella. Este esquema literario formado por la sucesión de una narración, un diálogo o discusión y un discurso, es típico del cuarto evangelio.

Jesús sigue teniendo delante a los mismos interlocutores, unas veces designados como "fariseos" (Jn 9,40) y otras como "los judíos" (Jn 10,19). Se trata en definitiva de los dirigentes religiosos del pueblo de Israel. Ellos son los malos pastores que han "echado fuera" al ciego (Jn 9,22.34), mientras que Jesús, el Buen Pastor, busca a la oveja que está perdida hasta que la encuentra (Jn 9,35). Ellos son los "ladrones y salteadores" que "roban, matan y destruyen" y a los que las ovejas no hacen caso (Jn 10,1.8.10).

Este discurso simbólico debe ser leído y comprendido dentro del contexto de la revelación de Jesús en el Templo de Jerusalén con ocasión de la fiesta de las Tiendas. Esta gran revelación comienza en Jn 7,1 y abarca dos secciones completas del cuarto evangelio. En esta revelación Jesús se manifiesta ante "el mundo" como el Mesías esperado y quiere hacer comprender a los dirigentes judíos de qué manera llevará a cabo su misión. Lo intentará utilizando diversas imágenes ("Fuente de agua viva", "Luz del mundo"...). En nuestro caso se presenta ante ellos como "Puerta" que da acceso a la salvación y como verdadero "Pastor" del pueblo.

Para comprender mejor esta presentación que Jesús hace de sí mismo frente a los fariseos, no debemos olvidar que, en el Antiguo Testamento, el título de pastor se aplica ante todo a Dios mismo (lee Sal 23). Con esta imagen que evoca la Alianza (Sal 95,7), se subraya la solicitud y el cuidado de Yavé, que acompaña y guía a su pueblo a lo largo de la historia, rodeándolo de atenciones en toda ocasión y muy especialmente en los momentos en que más ha necesitado de su protección (Éxodo, regreso del exilio...).

También son llamados con este nombre los dirigentes políticos y religiosos del pueblo elegido. Pero estos "pastores" no siempre supieron estar a la altura de la misión que Dios les encomendaba. A menudo abusaron de su poder tratando al pueblo con crueldad y violencia. Miraron más por sus propios intereses que por el bien común. Se olvidaron de defender a los débiles y hasta se aprovecharon de ellos.

La situación de abandono en la que se encontraba el pueblo de Israel por la irresponsabilidad de sus dirigentes, va haciendo que, poco a poco, surja una esperanza: Dios mismo vendrá, Yavé será el pastor de su pueblo, buscará y reunirá a su rebaño disperso. Nace así el deseo

de que aparezca un nuevo David, un Mesías liberador que, en nombre de ese Dios-Pastor, apaciente al rebaño de Israel y aleje el peligro de las bestias feroces.

Ahora podemos entender mucho mejor lo que Jesús quiere decir cuando se presenta a sí mismo afirmando: "Yo soy el Buen Pastor".

Lo que caracteriza a un "buen pastor" es, según las palabras de Jesús, el hecho de que "da la vida por las ovejas". Eso significa que está dispuesto a arriesgarse a sí mismo para defenderlas de los peligros (lee lo que se dice de David en 1 Sm 17,34-35). El "asalariado", en cambio, no es pastor de verdad ni quiere aceptar los riesgos del oficio. Trabaja sólo para ganar un jornal, pero no tiene intención de jugarse la vida por el rebaño porque las ovejas no son de su propiedad ni se interesa por ellas. Por eso, "cuando ve venir al lobo, las abandona y huye" y su comportamiento tiene consecuencias fatales porque "el lobo hace presa en ellas y las dispersa".

Jesús, en cambio, no abandona a los suyos (Jn 14,18) ni permite que ningún peligro los arrebate de su mano (Jn 10,28-29). Como buen pastor que es, no sólo expone su vida para defender al rebaño de los peligros que lo amenazan, sino que la entrega totalmente hasta la muerte.

Otro de los rasgos que distingue a todo pastor que conozca su oficio es la relación que establece con las ovejas. Jesús es el Buen Pastor porque, como Él mismo dice: "Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí". Entre Jesús y los suyos se da una relación de amor mutuo muy especial que toma como modelo a aquella que existe entre Él mismo y el Padre. De parte de las ovejas, ese amor recíproco exige la fe en el pastor, al que siguen con docilidad. De parte del pastor, se manifiesta en el don de la propia vida (1 Jn 3,16).

Esta idea, tan repetida a lo largo de estos pocos versículos, es la más importante para comprender el mensaje central de este pasaje: la muerte de Jesús ha sido una donación libre de su vida a favor de todos nosotros. De esta manera nos ha mostrado su amor sin límites (Jn 15,13) y nos ha salvado, puesto que entregándose por nosotros, ha alejado el peligro de la muerte que nos amenazaba y nos ha dado una vida que no se acaba (Jn 10,27-28).

El don que Jesús hace de su propia vida tiene una doble consecuencia. La primera de ellas se refiere al rebaño. Por extraño que parezca, el hecho de que el pastor muera, no será para las ovejas causa de dispersión (Mc 14,27). Al contrario, servirá para que se reúnan en un sólo rebaño y bajo la guía de un único pastor. A ese rebaño también deberán juntarse "otras ovejas que no están en este redil". Con esta expresión el evangelio se refiere a los paganos, es decir a aquellos hombres y mujeres que no forman parte del pueblo de Israel. También ellos son ovejas de Jesús: "también a éstas tengo que atraerlas para que escuchen mi voz". La muerte de Jesús servirá para convocar una nueva comunidad en la que ya no tendrán vigencia las viejas fronteras marcadas por el judaísmo. En ella, las relaciones no se basarán en lo que margina y excluye, sino en lo que une.

Naturalmente, una cosa así sólo puede afirmarse si la muerte del Buen Pastor es contemplada bajo el prisma de la resurrección. Y esa es, precisamente, la consecuencia que tendrá para Jesús la entrega voluntaria de su propia vida: "Yo doy mi vida para tomarla de nuevo". Según el evangelio de Juan, Jesús dispone de su vida con un poder y una libertad absolutamente sorprendentes: "Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para dárla y para recuperarla de nuevo". La muerte de Jesús no depende de la voluntad de los hombres, sino de su propia voluntad. Pero la voluntad de Jesús está identificada con la voluntad del Padre. Jesús no utiliza su libertad para hacer lo que Él quiere, sino para llevar a cabo la misión que *el Padre* le ha encomendado. Esa misión no puede entenderse si no es como una manifestación del amor del Padre (Jn 3,16). Y ese amor es el mismo que el Buen Pastor nos ha mostrado al entregarse por cada uno de nosotros, ovejas de su rebaño, a fin de que tengamos vida y la tengamos en plenitud (Jn 10,10).

Leyendo estos pasajes queda bien claro que, los que en la comunidad cristiana son llamados "pastores" lo han de ser no para comportarse como "asalariados" o funcionarios a sueldo, sino para reproducir la imagen de Jesús, el Buen Pastor, el que da la vida por sus ovejas.

PARA PROFUNDIZAR

Dialogar con Jesús para conocerlo de verdad

Todos los evangelios se hacen la misma pregunta: ¿Quién es Jesús?... pero cada uno responde a su manera... Lo normal es que la verdadera identidad del protagonista sea desvelada no de una vez, sino poco a poco. Por ejemplo, cuando leemos el evangelio de Marcos, sólo al final podemos comprender del todo lo que significa que Jesús es "el Mesías y el Hijo de Dios". Pero para eso tenemos que recorrer primero el itinerario que el evangelista nos propone. Si nos paramos a medio camino, corremos el riesgo de quedarnos con muchas dudas sin resolver o con un montón de verdades a medias. Sólo el que lee hasta el final, podrá responder con certeza a la pregunta que late en el fondo del evangelio.

En cambio, eso no pasa con el evangelio de Juan. Todo lo que quiere enseñarnos sobre Jesús está dicho desde el principio. Desde el prólogo hasta el epílogo nos habla con total transparencia de la identidad de Jesús y de muchas maneras nos recuerda que el misterio de su persona está unido al misterio de Dios.

Descubrir a Jesús poco a poco

Ningún evangelio está tan centrado en la persona de Jesús como el de Juan. Para ayudarnos a descubrir mejor su verdadera identi-

dad, utiliza muchos recursos literarios. A veces lo hace a través de largos discursos en los que el mismo Jesús nos revela quién es Él. En ocasiones son otros personajes los que dan testimonio y le adjudican títulos con los que quieren expresar su personalidad. En otros casos son las discusiones con los adversarios o las preguntas que unos y otros le formulan las que nos permiten conocerlo con más profundidad. Los signos, los símbolos, las frases de doble sentido, la ironía y los malentendidos son otras tantas maneras utilizadas por el evangelista para dejarnos penetrar cada vez más en el misterio de su persona.

De entre todos estos recursos, hay uno que el evangelio de Juan utiliza con singular maestría. Son los diálogos de Jesús con ciertos personajes: Nicodemo, la mujer samaritana, el ciego de nacimiento, María Magdalena... En ellos se da una "revelación progresiva" de su identidad porque, a medida que va avanzando el diálogo con cada uno de esos personajes, se van dando cuenta poco a poco de quién es en realidad aquel que está hablando con ellos.

Así, por ejemplo, después de recuperar la vista, el ciego de nacimiento habla de "ese hombre que se llama Jesús" (Jn 9,11). Un poco más adelante va más allá al afirmar: "Es un profeta" (Jn 9,17). Luego parece dudar sobre si Jesús es o no un pecador (Jn 9,25), pero más tarde se define claramente. Si Jesús no fuera un "hombre que viene de Dios", no habría podido curarle (Jn 9,35-37). Finalmente, hace un acto de fe en Jesús como "Hijo del hombre" y postrándose ante Él en un gesto de adoración dice: "Creo, Señor" (Jn 9,35-37). En definitiva, el ciego de nacimiento ha reconocido en Jesús a "un hombre" cuya relación con Dios es totalmente singular. Ese hombre "viene de Dios", pero es más que "un profeta". Ese hombre es el "Hijo del hombre", el "Mesías" (Jn 9,22), el "Señor".

A través de los diálogos, el evangelio de Juan retrata el itinerario del creyente. Gracias a ellos comprendemos mejor lo que significa crecer y madurar en la fe cuando uno se encuentra personalmente con la verdad de Jesús y debe decidir desde su propio corazón si la acoge o la rechaza.

Yo soy

Otro de los recursos que usa el cuarto evangelio cuando quiere revelarnos la identidad más profunda de Jesús es la utilización de la fórmula: "Yo soy". Se trata de una expresión que Jesús emplea continuamente. Unas veces va acompañada de otras palabras: "Yo soy el Buen Pastor", "Yo soy la vid verdadera", "Yo soy el Pan de vida"... Otras, en cambio, se encuentra sola, en sentido absoluto: "Yo soy" (lee, por ejemplo, Jn 8,24.28.58).

Esta manera de presentarse a sí mismo posee una fuerza muy especial pues recuerda el modo en el que Yavé se expresa en el

Antiguo Testamento (Ex 3,14; Is 43,11). Al poner estas palabras en boca de Jesús, el cuarto evangelio nos está recordando que Él habla y actúa en nombre de Dios. Por eso, no es extraño que causara escándalo entre los judíos que le escuchaban (Jn 8,58-59). Pensaban que, al decir "Yo soy", Jesús se hacía igual a Dios y eso era considerado una blasfemia intolerable.

Eso explica perfectamente reacciones como las que encontramos en Jn 18,4-6. En esta ocasión, los que habían ido a apresar a Jesús retroceden y caen a tierra, atemorizados ante la presencia de alguien que habla como Dios mismo. Los que le escuchan no pueden entender que un ser humano se exprese de esa manera. De hecho, Jesús mismo había advertido que sólo serían capaces de reconocer su verdadera identidad una vez que Él fuese glorificado, es decir, después de la Pascua: "Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces reconoceréis que yo soy".

De este modo, Jesús se presenta como el único Salvador enviado de parte del Padre. Al decir "Yo soy" responde implícitamente a los que esperaban que Dios cumpliera sus promesas y se preguntaban con impaciencia quién sería el Mesías. Con ello desacredita las pretensiones de otros "salvadores" que, antes o después de Él, se acercan a los hombres con falsas ofertas de liberación. Sólo Él es el Buen Pastor. Sólo Él es la Vida que no se acaba. Sólo Él es el Camino que conduce hasta el Padre.

Puede ser que también nosotros nos preguntemos a veces: ¿Quién orientará nuestros pasos en las encrucijadas de la vida, cuando no vemos claro por dónde seguir? ¿Quién nos dirá una palabra auténtica cuando son tantos los que tratan de engañarnos y seducirnos con sus mentiras? ¿Quién nos mostrará la fuente donde apagar para siempre nuestra sed de autenticidad, de paz profunda, de vida en plenitud? Y Jesús, serenamente como entonces, vuelve a repetirnos: "Yo soy".

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar la próxima reunión, leeremos atentamente los capítulos 11 y 12 del evangelio de Juan, la parte final del "Libro de los signos". Hemos visto en los capítulos anteriores cómo las palabras y los signos de Jesús intentan provocar entre los presentes una respuesta de fe. Al leer estos capítulos trataremos de responder a esta pregunta:

¿Cómo reaccionan los judíos ante el signo y las palabras de Jesús?

8 SI HUBIERAS ESTADO AQUÍ



👉 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Con la reunión de hoy, nos acercamos a los últimos episodios del “Libro de los signos”, la primera parte del evangelio de Juan. A través de ellos el autor quiere provocar en nosotros una respuesta: la fe.

En este encuentro vamos a intentar:

- Comprender la fe como respuesta adecuada a la revelación de Dios en Jesucristo, tal como se presenta en el evangelio de Juan.
- Aprender a leer a la luz de la fe los acontecimientos más importantes de la vida.
- Revisar cómo la fe en la resurrección cambia desde ahora nuestra vida y la forma de afrontar el hecho de la muerte.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 11-12

La salvación ofrecida por Jesús es motivo de persecución por parte de los judíos. La resurrección de Lázaro, acogida por muchos como signo de que en el Maestro está la vida, contrasta con la intención que otros tienen de matarle. Las palabras del Prólogo del

evangelio cuando nos hablan de la luz, que “vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron” se cumplen una vez más.

Al terminar la sesión anterior nos proponíamos leer los capítulos 11 y 12 procurando responder a una pregunta: *¿Cómo reaccionan los judíos ante el signo y las palabras de Jesús?*

Vamos a dedicar unos minutos a compartir en el grupo lo que cada uno ha descubierto.

🗨️ Cuando todos hayan intervenido, el animador puede resumir las diferentes aportaciones insistiendo en algunos aspectos:

Hemos podido comprobar que las referencias a los judíos en estos dos capítulos son muchas. Una primera lectura nos ha permitido descubrir que las reacciones que suscita Jesús entre ellos son tanto de aceptación como de rechazo.

- Muchos creyeron en Él (Jn 11,45), hecho que inquietaba profundamente a los jefes de los sacerdotes dado que “muchos judíos se alejaban de ellos y creían en Jesús” (Jn 12,9-11).

De los que creyeron, algunos no se atrevían a manifestarlo en público, por miedo a ser expulsados de la sinagoga; el juicio de Juan sobre su actitud es muy severo (Jn 12,42-43).

- Otros muchos no creyeron en Jesús. Inmediatamente después de la resurrección de Lázaro, van a contárselo a los fariseos (Jn 11,46) y toman la decisión de acabar con Él (Jn 11,49-50.53).

Los jefes de los sacerdotes y los fariseos buscan la ocasión de detenerlo (Jn 11,57) y en determinado momento reflexionan con preocupación: “Está bien claro que no conseguimos nada; todo el mundo le sigue” (Jn 12,19).

Es significativo un hecho en el que insiste el autor al señalar que, con la incredulidad de estos judíos, se está dando cumplimiento a lo que anunciaron los profetas (Jn 12,37-41).

GUÍA DE LECTURA

“Yo soy la resurrección y la vida”

Antes de comenzar, buscamos **Jn 11,17-27**

► Ambientación

En la lectura continuada que estamos haciendo del cuarto evangelio hemos llegado al último de los signos que el autor nos relata: la resurrección de Lázaro. Ya hemos comentado cómo a través de ellos, Jesús ha querido revelar la gloria de Dios y animar la fe de sus discípulos.

Vamos a detener nuestro camino junto a Marta, la hermana de María y de Lázaro. Ella, en medio del dolor, intenta conjugar el drama de la muerte de su hermano con su confianza en el Señor.

► Miramos nuestra vida

Nuestra sociedad está empeñada en hacer más feliz la vida de la gente. En ese empeño va suavizando todo lo que molesta, apartando lo que estorba, silenciando gritos, acallando preguntas. Parece que hay interés por ocultar, por volver la espalda a todo lo que nos hace sufrir, como si al ignorarlo desapareciera.

Sin embargo, todos vivimos acontecimientos que nos hacen ver esa otra dimensión de la vida. La muerte de un ser querido puede ser uno de esos acontecimientos. Nuestras seguridades, nuestra fe, nuestra propia existencia quedan como suspendidas de un gran interrogante.

- *¿Cómo se vive en tu entorno el hecho de la muerte? Desde tu experiencia personal, ¿cómo te ha afectado la muerte de un ser querido?*

- *En esos u otros momentos importantes de tu vida ¿has podido comentar con alguna persona en confianza lo que estabas viviendo? ¿Eso te ha ayudado?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

Proclamamos ahora el pasaje en el que se recoge el encuentro y la conversación entre Marta y Jesús. La oscuridad que causa en Marta la muerte de su hermano la anima a salir a la búsqueda de un poco de luz.

- Hacemos un momento de silencio.
- Un miembro del grupo proclama Jn 11,17-27.
- Volvemos a leer el pasaje con atención, en silencio, consultando las notas de nuestra Biblia.
- Intentamos responder a las siguientes preguntas:
 - *¿En qué circunstancias se produce el encuentro entre Jesús y Marta?*
 - *¿Qué dice Jesús de sí mismo? ¿Qué ofrece Jesús?*
 - *¿Cuál es la pregunta que hace a Marta? ¿Cómo es su respuesta?*
 - *¿Podemos decir que la fe de Marta avanza a lo largo de la conversación con Jesús?*

► Volvemos sobre nuestra vida

En su diálogo con el Señor, las convicciones de Marta se tambalean. El cambio de mentalidad que le exige no tuvo que resultarle fácil: su esperanza en una resurrección en el último día, al final de los tiempos, cae ante las palabras de Jesús quien le dice: yo, el que

está hablando contigo aquí y ahora, soy la resurrección y la vida. Nuestra vida actual adquiere así, a la luz de la resurrección, un sentido radicalmente distinto.

Vamos a reflexionar un poco más sobre todo esto respondiendo a las siguientes preguntas:

– *¿Te ha ayudado la experiencia de la muerte a madurar en la fe? ¿De qué manera?*

– *¿Cómo debería influir nuestra fe en la resurrección en la forma de vivir la muerte desde ahora? ¿Y en la vida de cada día?*

► Oramos

Hacemos, para terminar, un momento de oración en el que recogemos el fruto de nuestra meditación sobre el encuentro entre Jesús y Marta.

- Tras un instante de silencio, volvemos a leer Jn 11,17-27.
- Dejamos un tiempo de oración personal para que resuenen en nuestro interior el pasaje y lo que hemos reflexionado en esta sesión.
- Podemos finalizar recitando juntos el salmo 27 (26): “El Señor es mi luz y mi salvación”.

📖 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Con el relato que hemos meditado, estamos llegando al final del “Libro de los signos”, la primera parte del evangelio de Juan.

La resurrección de Lázaro es el último de los siete signos que nos relata este evangelio y el punto culminante de todos ellos, pues una vez que la creación ha quedado sometida y la salud del hombre restaurada, este último signo expresa la victoria de la vida sobre la muerte. El último enemigo ha sido definitivamente derrotado.

El centro del capítulo 11 recoge las tres escenas más importantes del relato: el diálogo de Jesús con Marta (Jn 11,17-27), el encuentro con María (Jn 11,28-37), y la resurrección de Lázaro (Jn 11,38-44). Estos tres momentos van precedidos por una amplia introducción (Jn 11,1-16) en la que el evangelista hace una primera presentación de los personajes y adelanta algunas pistas para que el lector comprenda mejor lo que va a pasar. Nos sorprende que el final del capítulo (Jn 11,45-57), en vez de continuar relatando lo que ocurrió con Lázaro, o la reacción de Marta y de María, exprese las diversas actitudes de los judíos presentes: algunos creen en Jesús; otros, en cambio, toman la decisión de matarle.

En ocasiones anteriores hemos visto cómo la acción de Jesús va seguida de unos diálogos o discursos que explican su sentido. En este último signo, observamos que cambia un poco la estructura: los diálogos aparecen mezclados con el signo, de modo que éste, colocado en la

parte final de la narración, ilumina todo lo que Jesús había dicho antes a Marta, a María, y a sus propios discípulos.

Hay dos ideas en la introducción que no podemos pasar por alto, ya que encierran la clave para comprender el sentido de los signos y, en general, de todo el evangelio: la revelación de la gloria de Dios (Jn 11,4) y la fe con que el hombre debe responder a ella (Jn 11,15). Ambas ideas, van apareciendo, de forma más o menos expresa, en todos los signos que recoge el evangelio, desde el primero (“Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él”, en Jn 2,11) hasta el último. La idea de la fe aparece una vez más en la conclusión del capítulo 20, cuando el autor indica que esos signos han sido escritos en el evangelio “para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis en Él vida eterna” (Jn 20,31).

Vamos a centrarnos en Jn 11,17-27, atendiendo a los versículos de presentación, al fluido diálogo entre Jesús y Marta, y a los dos temas centrales que se desarrollan en él: la resurrección y la fe.

El episodio se sitúa en Betania, un pueblecito próximo a Jerusalén, cuatro días después del entierro de Lázaro. Parece que Jesús llega tarde a propósito: se trata de poner de manifiesto que la muerte de su amigo es real, con el fin de resaltar lo espectacular del signo.

El evangelista hace una detallada presentación de todos los personajes:

– Son pocas y confusas las noticias que tenemos sobre Marta, María y Lázaro en los evangelios. Sólo Juan los presenta como hermanos; Lucas nos habla de las dos hermanas pero sin relación alguna con Lázaro (Lc 10,38-42); Mateo y Marcos nada dicen sobre ellos. María, según cuenta nuestro evangelio, es la mujer que ungió los pies del Señor con perfume (Jn 11,2; 12,3).

– Los judíos, según lo prescrito en sus tradiciones, acompañan en el luto a los familiares del difunto. Pero en la intención del evangelista juegan un doble papel: por un lado, son testigos de lo que habría de suceder a continuación y, por otro, dejan de manifiesto la terquedad de muchos de ellos, que se niegan a creer en Jesús y buscan motivos para acusarlo. Son conocidas para nosotros las constantes discusiones entre el Señor y estos judíos.

– Los discípulos de Jesús no aparecen citados, aunque si nos fijamos de lo que se dice en versículos anteriores (Jn 11,16) hemos de suponer que están presentes.

Marta es quien toma la iniciativa y abre el diálogo con Jesús: “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Jn 11,21). A pesar del dolor por la muerte de su hermano, parece que la confianza en el Señor prevalece sobre el reproche: aquel que había curado a otros sin duda tenía poder para sanar a su propio amigo. Las palabras son las mismas que pronuncia María más adelante (Jn 11,32), pero en boca de Marta suenan de forma distinta. Es como si su corazón albergara la esperanza de que en el Señor todo tiene remedio. Esta esperanza es la que le mueve a dejar a su hermana e ir al encuentro del Señor;

esta misma esperanza es la que le hace decir: “aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios Él te lo concederá” (Jn 11,22).

Los versículos siguientes (Jn 11,23-26) desarrollan el tema de la resurrección, haciendo que aparezcan a lo largo del diálogo la concepción tradicional del pueblo judío y la novedad de la teología de Juan.

Muchos judíos creían entonces en la resurrección de los muertos “al final de los tiempos” (Jn 11,24). El cambio es radical. Marta, que aguarda una resurrección en el último día, se ve sorprendida al comprender que lo que espera le llega ahora en la misma persona de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11,25).

La vida eterna es promesa para los que han muerto y también para los que aún viven. Esta vida no está limitada por la muerte, que queda como un trance por el que todos han de pasar. Las palabras de Jesús nos hablan de vida eterna, de que el poder de la muerte, en cuanto realidad definitiva, está vencido.

La propuesta de Jesús aparece estrechamente unida a la fe, alimentando de esta forma la esperanza actual de los creyentes. El que cree en Jesús, tanto si ha muerto como si está vivo, no morirá para siempre, porque Dios envió a su Hijo al mundo para que el que crea en Él tenga vida eterna (Jn 3,15-16). El tema se expresa de forma directa en la pregunta de Jesús a Marta: “¿Crees esto?”. Tanto la pregunta como la posterior confesión de fe nos traen a la memoria otros diálogos similares del evangelio (lee, por ejemplo, Jn 6,67-69).

Marta es capaz de actualizar su fe desde la conversación con Jesús. Ya no se trata de esperar hasta el final de los tiempos para saber cuál es el destino definitivo del ser humano. En Jesús, con quien está hablando, a quien puede ver y tocar, llega la resurrección y la vida definitiva. La vida eterna no es sólo una esperanza en un futuro lejano, sino una realidad que se inicia ya para el que cree en Jesús.

PARA PROFUNDIZAR

La fe y el evangelio de Juan

“Al principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1). Así comienza una historia que conocemos bien. Es la historia de la humanidad. Es nuestra historia. Es una historia de amor, de amistad. Si la leemos despacio descubrimos antepasados insignes que esperaron contra toda esperanza. Pero también encontramos otros que a la mínima ocasión volvieron la espalda a Dios. El pueblo entero vivió esta doble experiencia de fidelidad e infidelidad con su Señor.

Ante esto, Dios no se encerró en sí mismo. Continuó hablando a su pueblo, amando a su pueblo. Su amor hecho gesto y palabra se expresó de forma única en el momento culminante de la historia. Y la historia se volvió a escribir con un amor renovado: “Al principio

ya existía la Palabra. La Palabra era Dios. Todo fue hecho por ella. En ella estaba la vida que era la luz de los hombres. La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”.

Dios se desvela por el hombre, se revela para el hombre

¿Qué es lo que ha fallado en toda esta historia? ¿Acaso Dios se ha guardado algo para sí?

El misterio de Dios, es decir, todo el amor que nos tiene, se ha ido desvelando en la historia de los hombres. Dios ha hablado en nuestro idioma para hacerse comprensible, ha actuado en nuestro vivir cotidiano para hacerse cercano de verdad. Y por si algo le quedaba por hacer, ha enviado a su propio Hijo para que, viéndole a Él, reconozcamos al Padre. A esta presencia constante de Dios en el mundo de los hombres es a lo que llamamos “revelación”.

Revelación es sinónimo de diálogo, de conversación. Dios no guarda silencio: habla, se revela, actúa en el mundo. En un pasaje del Concilio Vaticano II leemos: “En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2). Para que exista ese diálogo el ser humano tiene también una palabra que decir. Esa palabra es la fe.

¿Crear lo que no se ve?

Tal vez de niños aprendimos una definición en el catecismo: “Fe es creer lo que no se ve”. Demasiado escaso para que nos quedemos sólo con eso. La fe es fundamentalmente una respuesta. Dios, que no ha dejado nunca de hablarnos, y que ha sido especialmente elocuente en su Hijo Jesús, no parece conformarse sólo con el eco vacío de sus propias palabras: espera que cada hombre y cada mujer entre en ese diálogo de amistad con Él. Según esto, creer, tener fe, es sinónimo de reconocimiento de Dios y de aceptación de su Palabra.

Ese diálogo que es la fe supone fundamentalmente dos cosas: creer en aquel con el que hablo y creer lo que me dice. Tener fe es creer en Jesús y aceptar como verdaderas sus promesas. Creer es pues, en primer lugar, poner toda nuestra vida en las manos de Dios. Así, creer es creer en Cristo, fiarse, confiar en Él. Y, en segundo lugar, porque nos fiamos de él, estamos seguros de que lo que dice es cierto: su vida es garantía de que su palabra es verdadera.

Y lo que creemos lo expresamos en voz alta, lo gritamos a los cuatro vientos. Lo hacemos de palabra, repitiendo el Credo que la Iglesia ha conservado a través de los siglos; pero también con nuestra vida. De modo que el amor que ponemos en la historia del ser humano, este amor que es Dios mismo (1 Jn 4,8), garantice la verdad de la fe que profesamos.

En el evangelio de Juan

La fe es, pues, la respuesta del hombre a la revelación de Dios. En el evangelio de Juan, Jesús es presentado como el Revelador, el que nos da a conocer al Padre y su proyecto de salvación para la humanidad. A través de sus signos y palabras contemplamos cómo se ha ido desvelando el misterio del amor de Dios hacia los hombres.

• *¿Cómo se llega a la fe?* El punto de partida es el testimonio de distintas personas que hablan en favor de Jesús como Juan, Andrés o Felipe (puedes leer Jn 1,35-51). A ese momento primero, sigue el encuentro personal con Jesús, y es ahí donde la fe inicial va madurando, tomando cuerpo. El evangelista utiliza con frecuencia los diálogos como recurso literario para que esto quede claro.

• *El objeto de la fe es siempre Jesús.* Muchas veces la expresión que utiliza el autor es “creer en...”, queriendo insistir en lo que la fe tiene de relación, de confianza, de caminar como discípulos con el Señor. En otras ocasiones, prefiere seguir insistiendo en la figura de Jesús, y entonces la forma que se emplea es “creer que...”: creemos que eres “el Santo de Dios” (Jn 6,69), “el Mesías, el Hijo de Dios” (Jn 11,27), “el que ha venido de Dios” (Jn 16,30), etc. Es importante notar cómo, a través de estos títulos, Juan insiste en la relación especial entre Jesús y el Padre.

• *La consecuencia fundamental de la fe para el creyente es la vida.* Es constante en el cuarto evangelio: el que acoge a Jesús, acoge al que es la vida, y tiene vida eterna (Jn 3,15.16; 5,24; 11,25; 20,31; etc.). La vida que Dios da a los que creen en Él no es algo que tenga que llegar al final de los tiempos, sino una realidad actual, que ya se está cumpliendo: el que cree ya tiene la vida (Jn 6,47; 5,24). Y por el contrario, el que rechaza a Jesús, el que “no lo acepta no tendrá esa vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él” (Jn 3,36); “el que no cree en Él, ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios” (Jn 3,18).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar nuestra próxima reunión, leeremos los capítulos 13 y 14 del evangelio de Juan. En ellos comienza un largo discurso con el que Jesús instruye a sus discípulos y se despiden de ellos cuando ve llegada para Él la hora de la muerte. Al leerlos, fíjate bien y trata de responder a esta pregunta:

¿Qué instrucciones o normas de conducta sobre la vida comunitaria da Jesús a sus discípulos en esta sección del evangelio?

9 FELICES LOS QUE SIRVEN



📖 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En esta reunión comenzamos a leer la segunda parte del evangelio de Juan, conocida como el “Libro de la Pasión y de la Gloria” (Jn 13-20). Lo primero que encontramos en ella es el relato del lavatorio de los pies. En nuestro encuentro de hoy contemplaremos esta escena y trataremos de:

- Comprender lo que Jesús quiso expresar al lavar los pies a sus discípulos mientras cenaba por última vez con ellos antes de morir.
- Conocer mejor el ambiente social, cultural y religioso en el que vivía la comunidad cristiana en la que fue escrito el cuarto evangelio.
- Sentirnos miembros de una Iglesia cuya vocación es la de vivir al servicio de todos los hombres y mujeres del mundo.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 13,1-14,31

El “Libro de la Pasión y de la Gloria” está encabezado por la narración del lavatorio de los pies (Jn 13,1-17) y el anuncio de la traición de Judas (Jn 13,18-30). Antes de entrar directamente en el relato de la pasión, muerte y resurrección de Jesús (Jn 18-20), el cuarto evangelio introduce un largo paréntesis para ayudar a

sus lectores a comprender el sentido profundo de estos acontecimientos. Para ello pone en boca de Jesús los llamados “discursos de despedida” en los que instruye a sus discípulos ante la perspectiva de su separación (Jn 13,31-17,26).

En el primero de estos discursos (Jn 13,31-14,31), encontramos algunos consejos e instrucciones sobre la vida comunitaria. No son muchos. Sólo los esenciales. Para comenzar nuestra reunión vamos a responder entre todos a la pregunta que se nos propuso para preparar el encuentro:

– *¿Qué instrucciones o normas de conducta sobre la vida comunitaria da Jesús a sus discípulos en esta sección del evangelio?*

📖 Una vez que todos hayan compartido con los demás lo que han descubierto en su lectura, el animador puede recordar algunos datos que ayuden a completar las aportaciones del grupo:

- En Jn 13,12-17: Instrucción sobre el servicio. El gesto del lavatorio de los pies implica que los discípulos deben ponerse unos al servicio de los otros.

- En Jn 13,34-35: Instrucción sobre el amor mutuo. Es el mandamiento nuevo de Jesús y el distintivo de pertenencia a la comunidad cristiana.

GUÍA DE LECTURA

**“Os he dado ejemplo,
para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros”**

Antes de comenzar buscamos **Jn 13,1-17**

► Ambientación

En la primera parte del evangelio de Juan, llamada “Libro de los signos”, hemos contemplado una serie de acciones extraordinarias con las que Jesús pretendía revelarse al mundo. En nuestra reunión de hoy comenzamos a leer la segunda parte del evangelio, llamada el “Libro de la Pasión y de la Gloria”. Lo primero que nos encontramos en él es el lavatorio de los pies, un gesto de servicio que nos ayuda a comprender en profundidad el sentido de la muerte de Jesús en la cruz.

► Miramos nuestra vida

A todos nos cuesta ponernos al servicio de los demás. Nos resulta mucho más cómodo que nos sirvan y cuiden de nosotros. Y sin embargo, no podemos negar que, ante el ejemplo de personas como Teresa de Calcuta, tenemos la impresión de que quienes dedican

su vida a servir a los demás parecen ser muy felices. Por eso, al comenzar nuestro encuentro, vamos a preguntarnos:

– *¿Por qué encontramos tantas dificultades y resistencias a la hora de ponernos al servicio de los demás? ¿Podríamos contar alguna experiencia en la que nos sintiéramos felices de ayudar a otras personas?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

La vida de Jesús fue una entrega constante y sin reservas. Su muerte, la consecuencia de un amor sin límites. Desde esta perspectiva, entenderemos mucho mejor su gesto de lavar los pies a los discípulos durante la Última Cena. El evangelio de Juan sitúa este episodio en el mismo lugar en el que los demás evangelios hablan de la institución de la Eucaristía. Tratemos de ver por qué lo hace.

- Antes de escuchar la Palabra, hacemos un momento de silencio e invocamos la presencia del Espíritu Santo.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Jn 13,1-17.

- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje y tratamos de comprenderlo mejor consultando las notas de nuestra Biblia.

- Respondemos juntos a estas preguntas:

- *¿Cómo reaccionan los discípulos ante este gesto de Jesús? ¿Por qué?*

- *¿Cómo reacciona Jesús ante la negativa de Pedro? ¿Qué le dice? ¿Por qué?*

- *¿Qué sentido da Jesús a este gesto? ¿Qué quiere mostrar con él?*

- *¿Crees que el lavatorio de los pies tiene algo que ver con la celebración de la Eucaristía?*

► Volvemos sobre nuestra vida

Cada Jueves Santo la liturgia nos interpela al repetir el signo del lavatorio de los pies. Hacer memoria de este gesto de Jesús nos saca de nuestra comodidad y nos complica la vida. El Señor nos recuerda que sólo es grande el que vive entregado a los demás. El que comprenda eso y lo ponga en práctica ha encontrado el secreto de la felicidad.

– *¿Crees que la Iglesia está al servicio de la humanidad? ¿Qué gestos concretos de servicio realiza la comunidad cristiana en la que vivimos nuestra fe? ¿Qué otros podría realizar? ¿Cómo nos ayuda el ejemplo de Jesús y la celebración de la Eucaristía a vivir entregados a los demás?*

► Oramos

Expresamos en nuestra oración lo que la lectura y meditación de este pasaje nos han sugerido. Lo hacemos en forma de alabanza,

de súplica o de acción de gracias y procuramos que las mismas palabras de la Escritura inspiren nuestra plegaria.

• Para ambientar este momento de nuestro encuentro, podemos colocar en medio de la sala una palangana con agua y una toalla. Los que lo deseen, tomarán la toalla en sus manos al expresar comunitariamente su oración. Antes de comenzar hacemos un momento de silencio para crear un clima adecuado.

• Leemos de nuevo Jn 13,1-17.

• Cada uno ora personalmente a partir del pasaje proclamado.

• Expresamos nuestra oración comunitariamente.

• Jesús dice: “Os he dado ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros”. Formulamos un compromiso que nos ayude a vivir lo que hemos meditado.

• Podemos acabar cantando o escuchando juntos: “Al atardecer de la vida” u otro canto apropiado.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

La segunda parte del evangelio de Juan suele denominarse “Libro de la Pasión y de la Gloria” (Jn 13-20) porque está centrada en el relato de la pasión, muerte y resurrección del Señor (Jn 18-20). Los “discursos de despedida” que preceden a este relato (Jn 13-17) podrían considerarse como el “testamento espiritual” de Jesús. Su finalidad es ayudar a comprender con una luz nueva lo que a primera vista parece un escándalo: la muerte del Mesías en la cruz (Jn 12, 32-34).

Pero el “Libro de la Pasión y de la Gloria” no comienza propiamente por los “discursos de despedida”. Antes de que Jesús se dedique a instruir a sus discípulos, preparándolos para enfrentarse a un futuro incierto marcado por la separación que provocará su partida, realiza ante ellos un gesto sorprendente: el lavatorio de los pies (Jn 13,1-17).

Este gesto de Jesús está precedido por una solemne introducción que nos da las claves para interpretar no sólo el lavatorio de los pies sino todo el “Libro de la Pasión y de la Gloria”. Lo que suceda a partir de ahora se ha de contemplar y entender a la luz de lo que se dice en Jn 13,1-13. En el marco de la Pascua judía, Jesús lleva a cabo su propia pascua, es decir su “paso” de este mundo al Padre. Sabe muy bien que ha llegado “su hora” (lee, por ejemplo, Jn 12,23.27). Aparentemente se trata sólo de la hora de la muerte, del fracaso, de la derrota. La mirada de la fe nos descubrirá que, en realidad, es la hora de su victoria sobre la muerte, de su glorificación, manteniendo su amor sin reservas: “Él, que había amado a los suyos, que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin”.

Jesús realiza este gesto en el marco de la última cena con sus discípulos. Esta cena de despedida es la misma en la que, según el resto de

los evangelios, Jesús instituyó la Eucaristía. Pero el cuarto evangelio silencia este hecho: la narración de ese acontecimiento es sustituida por el relato del lavatorio de los pies. Con ello podemos imaginar la importancia que el evangelio de Juan concede a este signo.

El hecho de que Jesús lave los pies a sus discípulos resulta verdaderamente llamativo: ya en aquella época lavar los pies era un gesto de cortesía hacia el huésped, que realizaban los esclavos o sirvientes porque implicaba una cierta humillación (1 Sm 25,41).

Jesús se pone en el lugar del que sirve (Lc 22,27). Este gesto suyo resulta chocante y escandaloso para quienes lo contemplan. Por eso requiere una posterior explicación para aclarar su verdadero significado. El mismo pasaje nos ofrece dos explicaciones de este gesto de Jesús, una en forma de diálogo, otra en forma de discurso.

La *primera explicación* es dialogada (Jn 13,6-11). Pedro se resiste a que su Maestro le lave los pies y se humille en su presencia. Jesús quiere darle a entender que lo que está haciendo con él tiene un sentido profundo que únicamente podrá comprender “después”. Sólo después de la Pascua, los discípulos estarán capacitados para entender de verdad la vida y la enseñanza de su Maestro (Jn 2,22). Según esta primera explicación, el lavatorio de los pies es un símbolo de la muerte de Jesús en la cruz, porque el mayor servicio que Él nos ha prestado es el de dar la vida por nosotros. El gesto de quitarse el manto para volver luego a ponérselo, antes y después del lavatorio, recordaría, en este sentido, lo que Jesús mismo había dicho en otra ocasión: “Yo doy mi vida para tomarla de nuevo” (Jn 10,17-18).

Lavando los pies a sus discípulos como si fuera un esclavo, Jesús recuerda que Él es el verdadero Siervo de Dios, dispuesto no sólo a realizar un gesto de humildad, sino a entregarse hasta las últimas consecuencias en favor nuestro. Si uno no deja que Jesús le lave los pies, es como si rechazase el plan de Dios.

Ésa es la situación en la que se encuentra Pedro cuando se niega repetidamente a que Jesús le lave los pies. Lo que le pasa en realidad es que no está dispuesto a aceptar que su Señor tenga que morir, porque no es capaz de apreciar todavía lo que eso significa. Pero cuando ve que su actitud pone en peligro su relación con el Maestro, entonces pide ser lavado todo entero si hace falta.

La *segunda explicación* en forma de discurso (Jn 13,12-17), saca las consecuencias de la primera para aplicarlas a la vida del discípulo. Las palabras que Jesús pronuncia una vez que ha terminado de lavar los pies a los suyos, son la clave: “Si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros”. Si el que debía ser servido como Señor no ha hecho otra cosa que servir y dar la vida por amor, con cuánta más razón los que le siguen habrán de ser siervos los unos de los otros.

Eso significa que, dentro de la comunidad cristiana, todas las relaciones han de estar marcadas por este espíritu de servicialidad y entrega mutuas. La única regla de vida es el amor del que Jesús ha

dado ejemplo, un amor que se manifiesta en multitud de lavatorios, de gestos concretos de servicio incondicional y desinteresado.

Al final de esta explicación podemos entender mejor por qué el evangelio de Juan ha omitido el relato de la institución de la Eucaristía para sustituirlo por el del lavatorio de los pies. No pensemos que se trata de desinterés hacia el sacramento de la fracción del pan, porque de él se nos habla con gran profundidad en otros lugares (Jn 6,51-59). Lo que el cuarto evangelio quiere que entendamos es que ambos gestos están muy relacionados y no se pueden separar en la práctica. Tanto uno como otro nos ayudan a comprender las motivaciones más profundas de la vida de Jesús y el sentido de su muerte como acto de donación suprema. A la vez, nos invitan a sacar las consecuencias para nosotros mismos. Al “partir el pan” y al “lavar los pies”, Jesús está diciendo: “Ahí está mi vida, entregada por amor. Aprended también vosotros lo que significa servir a los demás”. Si después de “partir el pan”, celebrar la Eucaristía, no nos ponemos a “lavar los pies”, no hacemos de nuestra existencia un don para los otros, no podemos contarnos de verdad entre sus discípulos.

Nuestro pasaje acaba con una bienaventuranza: “Sabendo esto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica”. Es la felicidad prometida a los que, una vez que han comprendido que servir no es una carga, sino un privilegio, entregan su vida a los demás. Jesús nos ha dado ejemplo y su ejemplo es un verdadero regalo para nosotros. Es una suerte saber que, como seguidores suyos, no podemos hacer nada mejor que dedicar nuestra vida a lo mismo que Él la dedicó. Nuestro mayor gozo está en darnos a los demás como Él mismo lo hizo.

PARA PROFUNDIZAR

La comunidad del discípulo amado

No resulta fácil imaginar cómo era la comunidad cristiana en la que fue redactado el evangelio de Juan. La única fuente de información de que disponemos para saber cómo vivían aquellos creyentes y cuáles eran sus preocupaciones y problemas, es el mismo evangelio y las cartas atribuidas a Juan.

A primera vista podría parecer demasiado poco. Todos damos por sentado que los evangelios fueron escritos para contarnos la historia de Jesús, pero en realidad nos dicen bastantes cosas sobre los cristianos para quienes se escribieron. En el evangelio de Juan, por ejemplo, las palabras de Jesús reflejan a menudo la situación en la que se encontraban aquellos creyentes. Podemos decir que, de algún modo, el cuarto evangelio es una especie de altavoz de las dudas, certezas e inquietudes de sus destinatarios. Para descubrirlas, basta afinar el oído y saber leer entre líneas. Vamos a intentarlo.

Una comunidad de profundas raíces judías...

El evangelio de Juan sería absolutamente incomprensible para una persona que no estuviese al tanto de las costumbres, la religión y la mentalidad israelitas. Todo en él se desarrolla en un ambiente judío. Para referirse a Jesús, se usan categorías y títulos de origen judío. Se celebran las fiestas judías, se habla continuamente del Mesías, del Templo, de las Escrituras, de la Ley, de Moisés, de Abraham y se utiliza un lenguaje típicamente judío.

Por tanto, es evidente que la mayoría de los cristianos de la comunidad de Juan eran de origen judío (judeocristianos). De otra manera, jamás habrían podido entender este evangelio. Por eso y aunque no lo podemos saber con seguridad, parece que fue Palestina o un lugar cercano a ella, el lugar donde vio la luz el cuarto evangelio.

...que vive en conflicto con el judaísmo

A pesar de lo que acabamos de decir, el evangelio de Juan rezuma “antijudaísmo” por todas partes. Basta leerlo con un poco de atención para darse cuenta de que “los judíos” se presentan siempre como los enemigos de Jesús y que éste se enfrenta a ellos con una dureza poco común. ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Muchos miembros de la comunidad de Juan eran judíos, pero se distinguían del resto porque confesaban que Jesús era el Mesías anunciado por los profetas. Pronto surgieron las tensiones y la convivencia se hizo cada vez más difícil. Llegó un momento en el que las autoridades fariseas decidieron expulsarles de las sinagogas porque consideraron que afirmar que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios era incompatible con la fe de Israel.

Desde ese momento, la comunidad de Juan se vio obligada a vivir al margen del judaísmo oficial controlado por el grupo de los fariseos. La ruptura con la sinagoga provocó la marginación y el rechazo, cuando no la abierta persecución. En esa situación, muchos abandonaron la comunidad. Otros se mantuvieron en ella, pero sin manifestarlo públicamente por miedo a perder su prestigio social y religioso (Jn 12,42). Nicodemo, que visitaba a Jesús de noche, podría ser un buen representante de este grupo de cristianos ocultos que no se atrevían a declararse abiertamente como tales (Jn 3,1).

Una comunidad a la defensiva...

La comunidad de Juan vivía en un clima de persecución. Se sentía incomprensida y amenazada por “el mundo”. Por esa razón, en el evangelio de Juan, “el mundo” aparece casi siempre como algo hostil a la comunidad (Jn 15,18-19). Está dominado por el mal y representa todo aquello que se opone al plan de Dios. Ante Él no hay que bajar la guardia. Aunque la comunidad sabe que ha sido

enviada al mundo y vive en medio del mundo, no forma parte de él (Jn 17,14-18). No participa de su modo de pensar ni de su manera de vivir. La fuerza que los mantiene unidos no viene de su relación con los de fuera, sino de la profunda vivencia del amor mutuo con los de dentro (Jn 13,34-35) y, sobre todo, de la vinculación personal con Jesús y, por medio de Él, con el Padre (Jn 15,1-17).

...pero abierta a nuevas influencias

A pesar de este recelo frente al "mundo", la comunidad de Juan fue abriéndose poco a poco y asimilando nuevos grupos en su seno. Algunos provenían de sectores judíos marginales: samaritanos (Jn 4,1-42), esenios (Qumrán), discípulos de Juan Bautista (Jn 1,35-42)... También parece que algunos gentiles (no-judíos) llegaron a formar parte de ella (Jn 12,20-21). Eso explica que en algunos lugares del evangelio sea necesario aclarar el significado de algunas palabras de origen judío (Jn 1,41).

Es posible que la integración de nuevas corrientes diese lugar a algunos conflictos comunitarios, especialmente con los discípulos del Bautista. Por eso el evangelio deja bien clara la superioridad de Jesús sobre él al afirmar que Juan no es la luz (Jn 1,8), ni tampoco el Mesías (Jn 1,20). Sólo es el precursor. Una voz que clama en el desierto. Un dedo que señala a Jesús e invita a seguirlo.

Aunque la integración de todos estos grupos no fue fácil, su influencia fue fundamentalmente positivo, porque les ayudó a enriquecer su reflexión sobre la figura de Jesús. Cada cual aportó su visión y entre todos fueron ahondando en el misterio de su persona con una libertad y una profundidad sorprendentes. En esta tarea, la comunidad atribuyó un papel preponderante al Espíritu Santo porque, gracias a su inspiración, pudieron llegar a comprender "la verdad completa" sobre Jesús (Jn 14,26; 16,13).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En nuestro próximo encuentro vamos a leer la última parte del gran discurso de despedida que precede al relato de la pasión en el evangelio de Juan (Jn 15-17). Estos tres capítulos hablan de la partida de Jesús y describen lo que sucederá a los discípulos cuando Él se haya marchado.

Mientras los leemos vamos a tener presente esta pregunta:

¿Cuál será la situación de los discípulos después de la partida de Jesús?

10 UNIDOS A JESÚS Y AL PADRE PARA DAR FRUTO



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En este encuentro vamos a conocer un poco más de cerca la situación que vivía la comunidad a la que se dirige el evangelio de Juan y las orientaciones que Jesús da a sus discípulos para poder perseverar en medio de ella. Su lectura puede ayudarnos a comprender algunas situaciones que también nosotros vivimos, y a descubrir la importancia de estar unidos a Jesús para poder superarlas.

Lo que nos proponemos en esta sesión es:

- Conocer la situación que vivía la comunidad a la que se dirige el evangelio de Juan en medio de un mundo hostil, que la rechazaba.
- Caer en la cuenta de que el Espíritu es un don del Padre, y conocer un poco mejor cuál es su acción en la comunidad cristiana.
- Descubrir la importancia de estar unidos a Jesús para poder perseverar en medio de la adversidad, dando frutos de amor.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 15-17

Vamos a comenzar nuestra reunión poniendo en común lo que hemos descubierto en la lectura de Jn 15-17. Es probable que nos haya resultado un poco más difícil que otras veces seguir el hilo de

estos capítulos, porque en ellos se encuentran mezclados varios temas, que además tienen un significado simbólico. Sin embargo, la lectura atenta de estas recomendaciones de Jesús puede ayudarnos a progresar en el conocimiento de Dios nuestro Padre y en algunos aspectos de la vida cristiana.

Aunque es Jesús quien habla, sus palabras describen la situación de una comunidad en la que Él ya no está. En su ausencia la comunidad de sus discípulos experimenta el odio del mundo y el consuelo del Espíritu que Jesús ha enviado desde el Padre. También conocen la importancia de vivir unidos a Jesús dando frutos concretos de amor.

Vamos a contarnos unos a otros lo que hemos descubierto al leer estos capítulos. Después el animador nos ayudará a completar lo que no hemos descubierto. Recordemos que la pregunta a la que tratamos de responder es: *¿Cuál será la situación de los discípulos después de la partida de Jesús?*

☞ Para estimular al grupo es muy importante que en este momento el animador acoja positivamente todas las aportaciones que haga cada uno, subrayando aquellas que son coincidentes, sobre todo las que van en la dirección correcta.

Lo que pretendemos en esta puesta en común es que descubran la situación de la comunidad cristiana después de la partida de Jesús. En la sesión siguiente nos detendremos en las recomendaciones que Jesús les da para afrontar esta situación. Si se hacen las dos sesiones conviene no mezclar ambas cosas, y dejar para la siguiente este segundo aspecto. En esta sesión podemos subrayar tres aspectos:

- Jesús anuncia a sus discípulos una situación muy dramática:

Jn 15,18-25: les aguarda el odio del mundo; lo mismo que ha odiado a Jesús, odiará a sus discípulos.

Jn 16,1: serán expulsados de la sinagoga, lo cual significaba entonces una completa exclusión social, sobre todo en los lugares donde los judíos eran la mayoría. Llegará incluso el momento en que los matarán pensando dar gloria a Dios.

Jn 16,33: se habla de nuevo de las tribulaciones que experimentarán de parte del mundo.

- Esta situación adversa causará a los discípulos una profunda tristeza:

Jn 16,20-21: los discípulos de Jesús llorarán y se lamentarán, pero Jesús les anuncia que su tristeza se convertirá en alegría.

- Otro aspecto importante de la situación de los discípulos, éste positivo, es la presencia del Espíritu, que actuará como defensor (esto es lo que significa la palabra Paráclito) suyo en medio de tanta tribulación. Sobre los pasajes que hablan del Paráclito volveremos en el "Para profundizar". En este momento bastará con mencionarlos y remitir a ese último momento de la reunión.

GUÍA DE LECTURA

"Si no estáis unidos a mí, no podéis dar fruto"

Antes de comenzar busquemos Jn 15,1-17

► Ambientación

En el pasaje del lavatorio de los pies que leímos en la reunión del último día, Jesús pide a sus discípulos que imiten su ejemplo, poniéndose al servicio de los demás. Aquel gesto de Jesús resume lo que debe ser la vida cristiana, pero los cristianos y cristianas de todas las épocas saben que no es fácil vivir siempre con esta actitud de servicio. El pasaje que vamos a leer hoy puede ayudarnos a comprender que sólo aquellos que permanecen unidos a Él y al Padre son capaces de dar estos frutos de amor.

► Miramos nuestra vida

Hay algunas veces en la vida en las que tenemos la sensación de haber hecho algo que merece la pena. Unos padres pueden pensar que haber dedicado mucho tiempo y esfuerzo a la educación de sus hijos ha merecido la pena; quien emprende un negocio se siente feliz cuando ve que la cosa va adelante; un estudiante que ha preparado bien sus asignaturas se siente recompensado cuando aprueba el curso. Éstos son algunos de los frutos que vamos dando en nuestra vida. Hoy vamos a comenzar nuestra reunión hablando de los frutos que vamos dando en la vida.

– *¿Podrías compartir con el grupo cuál de las cosas que has hecho en la vida o has visto en otras personas te parece un buen fruto? ¿Qué fue lo que hizo que dicho fruto se hiciera realidad?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

El pasaje que vamos a meditar hoy puede iluminar la experiencia de la que acabamos de hablar, y ayudarnos a entender cuál es el clave de una vida llena de frutos de amor.

- Comenzamos haciendo un momento de silencio, en el que invocamos al Espíritu Santo para que abra nuestro corazón y podamos comprender y acoger lo que Dios quiere decirnos a través de Él.

- Alguien proclama en voz alta, leyendo despacio Jn 15,1-17.

- Cada uno vuelve a leer con atención en su Biblia estos versículos y las notas que lo acompañan.

- Entre todos tratamos de responder a estas preguntas:

- *Al comienzo, en medio y al final aparece el tema central. ¿Qué expresiones se repiten en los versículos 1-2.8 y 16?*

- En la primera parte (Jn 15,1-8) se habla, sobre todo, de “permanecer en Jesús”, y se utiliza la imagen de la vid y los sarmientos. ¿A quiénes se refiere esta comparación? ¿Qué les pasa a los discípulos que no permanecen unidos a Jesús?
- La segunda parte (Jn 15,9-17) trata de explicar en qué consiste dar frutos. ¿Qué significa permanecer en Jesús (fijate en el v. 10)? ¿En qué consiste el mandamiento de Jesús?

► Volvemos sobre nuestra vida

En este momento tratamos de iluminar nuestra experiencia desde la Palabra de Dios que hemos escuchado. Primero hemos hablado de los frutos que vamos dando en la vida, y luego hemos escuchado las palabras de Jesús sobre la vid y los sarmientos, en las que aparece claramente que la fuente del comportamiento de un cristiano es su unión con Él. Una vida de servicio inspirada en el amor sólo es posible cuando brota de una íntima unión con Jesús. Por eso, debemos preguntarnos:

- ¿Qué significa para mí en concreto estar unido a Jesús?
- ¿Qué frutos de amor y de servicio produce esta unión?
- ¿Qué podemos hacer para que nuestra vida cristiana dé frutos?

► Oramos

Si es posible encontrar una rama con pequeñas ramitas (mejor si es de una vid, aunque no es necesario), se puede colocar en medio del grupo, incluso desde el comienzo de la reunión, junto a la Biblia y al cirio que la alumbrará. Algunas de sus ramas están unidas, y otras han sido desgajadas hace tiempo y están secas.

• Podemos dar gracias porque somos como las ramas unidas al tronco, y de él recibimos savia. También podemos pedirle al Señor que nos vuelva a injertar en él, porque a veces somos como las ramas secas que están separadas de la vid.

• Terminamos repitiendo juntos las palabras del Sal 80,16: “Ven a visitar la viña que tu diestra plantó y que tú hiciste vigorosa”.

📖 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El pasaje que meditamos en este encuentro forma parte de un amplio discurso que el evangelista ha insertado entre el diálogo que sigue al lavatorio de los pies (Jn 13,31-14,31) y el relato de la pasión (Jn 18-19). Las palabras con que termina el diálogo con los discípulos en el cenáculo: “Levantaos. Vámonos de aquí” (Jn 14,31), empalman directamente con las del comienzo del relato de la pasión: “Cuando terminó de hablar, Jesús y sus discípulos salieron de allí” (Jn 18,1). Originariamente

ambos versículos iban seguidos, lo cual significa que Jn 15-17 ha sido insertado aquí después de la primera redacción del evangelio.

Desde el punto de vista literario, estos capítulos tienen la forma de un testamento o discurso de despedida. Este tipo de discurso es relativamente frecuente en el Antiguo Testamento y en la literatura helenística de aquella época. Así, por ejemplo, en Gn 49 se encuentra el testamento de Jacob, en forma de discurso de despedida; en Dt 32-33 el de Moisés; en 1 Sm 12 el de Samuel; en Tob 14 el de Tobías. En la literatura judía posterior llegó a constituir un género literario independiente que daba título a obras completas, como en el caso del Testamento de los Doce Patriarcas. Se trata de testamentos espirituales, que ponen en boca de un personaje importante al final de su vida las principales enseñanzas y convicciones que ha transmitido a sus seguidores, ofreciendo también orientaciones sobre cómo actuar cuando él no esté. Los diversos temas que aparecen en Jn 15-17 encajan perfectamente en este tipo de discurso. Lo que encontramos en estos capítulos es un resumen de la enseñanza de Jesús, y una serie de orientaciones sobre la situación que aguarda a los discípulos cuando Él no esté con ellos, y sobre cómo deben actuar entonces.

El tema central de los versículos que vamos a meditar en nuestra reunión (Jn 15,1-17) gira en torno a la expresión “permanecer unidos a Jesús”. En ellos pueden distinguirse dos partes, que subrayan algunas consecuencias de esta relación entre Jesús y sus discípulos: dar fruto, como el sarmiento que está unido a la vid (Jn 15,1-8); y vivir según el mandamiento del amor (Jn 15,9-17). Al final de cada una de ellas se menciona la oración confiada que pueden dirigir al Padre aquellos que permanecen unidos a Él (Jn 15,7,16). Veamos un poco más en detalle cada uno de estos tres aspectos.

La exhortación a permanecer unidos a Jesús se ilustra con la alegoría de la vid. Una alegoría es una comparación continuada, en la que a cada uno de los elementos de la comparación corresponde otro del mundo real. En este caso, la vid es Jesús, los sarmientos son los discípulos, el viñador es el Padre, los frutos son las obras de amor, etc. La comparación trata de ilustrar una realidad más profunda y la expresa de una forma poética, que es capaz de despertar en el lector connotaciones que otro tipo de lenguaje difícilmente despertaría.

En este caso, además, la alegoría toma como elemento de comparación una imagen muy conocida para los destinatarios del evangelio, porque en el Antiguo Testamento la imagen de la vid o de la viña, se aplica con mucha frecuencia a Israel. Así aparece en el famoso canto de la viña de Isaías (Is 5), en otros muchos pasajes de los profetas (Is 2,21; 8,3; 27,2-5.10-11; Ez 15; 17) y en los salmos (Sal 80,9-17). Jesús se presenta como la “verdadera” vid, declarando así que lo que antes se decía de Israel ahora se refiere a Él. La vid no es ya un pueblo, sino una persona, y además esta persona procede del cielo, no de la tierra. El tema de la unión de los sarmientos con la vid, que indica una vinculación personal con Jesús, es nuevo y sirve para describir la unión

de sus discípulos con Él. Jesús utiliza, pues, una imagen conocida, pero le da un sentido nuevo. Lo importante es estar unidos a Él para tener una nueva vida y poder así dar frutos. Los sarmientos que no están unidos a la vid son cortados y arrojados fuera. Esta imagen evocaba en los lectores el momento del juicio de Dios. Así aparece en algunas palabras de Jesús (Mt 7,19) y en la predicación de Juan Bautista (Lc 3,17). Éste es el fin que aguarda a quienes habiendo estado unidos a Jesús se han separado voluntariamente de Él.

La primera consecuencia de permanecer unidos a Jesús son los frutos. En el evangelio de Juan, lo mismo que en la tradición judía, los frutos se refieren a las actitudes, las obras, el estilo de vida. La convicción que se encuentra detrás de las afirmaciones de Jn 15,1-8 es que existe una íntima relación entre lo que hoy llamaríamos la vida espiritual (permanecer unidos a Jesús) y el comportamiento de cada día (dar frutos). Al final de estos versículos se explicitan otras dos consecuencias de la unión con Jesús: sus palabras permanecerán en quienes estén unidos a Él, y lo que pidan al Padre les sucederá.

En la segunda parte (Jn 15,9-17) aparentemente se abandona el tema de los frutos, pero en realidad no es así, porque el amor no sólo es la savia que el sarmiento-discípulo recibe al estar unido a la vid-Cristo, sino también el fruto que dan aquellos que viven en esta unión. El amor, en efecto, procede de Dios. En primer lugar es el amor de Jesús, pero en última instancia es el amor del Padre, pues Jesús ha amado a sus discípulos como el Padre lo amó a Él (Jn 15,9). El signo de que uno permanece en el amor del Padre manifestado a través de Jesús, es el cumplimiento de los mandamientos, que se resumen en el mandato del amor. No se trata de un amor en abstracto, sino de un amor que tiene un modelo concreto en la entrega de Jesús por sus "amigos". La pasión de Jesús, su entrega por amor, es el modelo que deben seguir sus discípulos. En un gesto de amor gratuito los ha elegido y los ha destinado a vivir unidos a Él y a dar fruto abundante en el amor.

Tenemos en este pasaje un resumen de lo que significa ser discípulo de Jesús. Podríamos resumirlo en estos cuatro elementos: estar unidos a Jesús, conservar su enseñanza, orar al Padre y dar frutos (Jn 15,8).

PARA PROFUNDIZAR

Maestro, Testigo y Defensor

En el gran discurso de despedida que el evangelio de Juan sitúa después del lavatorio de los pies, Jesús habla a sus discípulos cinco veces del Paráclito, a quien también llama Espíritu de la verdad. Estos cinco pasajes (Jn 14,15-17.25-26; 15,26-27; 16,5-11.12-15) contienen una enseñanza muy importante sobre el Espíritu Santo, que completa la que encontramos en otros escritos del Nuevo Tes-

tamento (NT), y que puede ayudarnos a conocer mejor su acción en la comunidad cristiana y en cada uno de sus miembros.

Un don del Padre y de Jesús

En el evangelio de Juan, más que en otros escritos del NT, el Espíritu es presentado como un don del Padre. Ya en el libro de los Hechos se dice que el Espíritu procede del Padre (Hch 2,33), pero sólo en el evangelio de Juan se desarrolla esta convicción. Así, en los pasajes en los que se anuncia la venida del Espíritu, éste es presentado como un fruto de la oración de Jesús al Padre: "Yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros" (Jn 14,16). Se dice que el Padre enviará al Espíritu en nombre de Jesús (Jn 14,26). Se insiste en que procede del Padre: "Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad que yo os enviaré y que procede del Padre" (Jn 15,26). Se subraya la comunión entre Jesús, el Padre y el Espíritu (Jn 16,15).

En el evangelio de Juan, lo mismo que en otros escritos del NT, el Espíritu Santo es un don del Resucitado. Así, por ejemplo, en las cartas de San Pablo se establece una íntima vinculación entre Jesús y el Espíritu. Se le llama "Espíritu de Jesús" (Rom 8,9), "Espíritu del Hijo" (Gal 4,6), "Espíritu del Señor" (2 Cor 3,17) y "Espíritu de Jesucristo" (Flp 1,19). Y lo mismo podemos ver en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 16,7), y en el mismo evangelio de Juan (Jn 1,7; 7,39).

Uniendo los diversos testimonios que encontramos en el NT llegamos a la afirmación que confesamos en el Credo cuando decimos que "el Espíritu procede del Padre y del Hijo", y por tanto está íntimamente unido a ellos.

Un don para la comunidad

En estos pasajes del evangelio de Juan se habla también de las funciones que desempeña el Espíritu con respecto a la comunidad cristiana. San Pablo menciona los frutos del Espíritu (Gal 5,22-23) y los dones del Espíritu o carismas (1 Cor 12). El libro de los Hechos ve la acción del Espíritu en el crecimiento y consolidación de la comunidad y, sobre todo, en su acción evangelizadora, hasta el punto de que el Espíritu aparece en Hechos como el gran protagonista de la misión. En el evangelio de Juan, sin embargo, el Espíritu es presentado como Maestro, Testigo y Defensor de la comunidad de los discípulos de Jesús.

El Espíritu aparece, en primer lugar como *Maestro* de los discípulos. Él será quien les hará recordar todo lo que Jesús les ha enseñado y les explicará el sentido profundo de dichas enseñanzas (Jn 14,25-26). Esta enseñanza será una iluminación para que los

discípulos puedan entender la verdad completa (Jn 16,12-15). La acción del Espíritu como Maestro fue muy importante para la comunidad a la que se dirige este evangelio. Gracias a ella descubrieron que las enseñanzas de Jesús tenían un sentido también para ellos. Asimismo se dieron cuenta de que sin el Espíritu la verdad sólo se conoce de forma parcial. El evangelio de Juan está escrito desde esta convicción, y por eso encontramos en él, junto a las palabras de Jesús, una explicación de su sentido; todo ello forma la verdad completa acerca de Él. Aquí encontramos una enseñanza importante para los cristianos de todos los tiempos: no se puede conocer a Jesús ni se puede entender su enseñanza si no dejamos que sea el Espíritu quien nos lleve a Él y nos explique el sentido de sus palabras.

En segundo lugar, el Espíritu aparece como *Testigo*. Él será quien dé testimonio de Jesús, y el que capacite a los discípulos para ser testigos suyos (Jn 15,26-27). Con esta afirmación se da un paso más. No se trata sólo de conocer en profundidad, de entender, sino también de dar testimonio de lo que se ha conocido y entendido, y ello es también obra del Espíritu.

Finalmente, el Espíritu será el *Defensor* de los creyentes. En el juicio que se entabla entre la comunidad cristiana y el mundo, el Espíritu actuará como abogado defensor de los creyentes (esto es lo que significa el nombre de Paráclito, que Juan da al Espíritu), y al mismo tiempo como acusador del mundo (Jn 16,8-11). Por ello, en las situaciones adversas que vivimos a veces los cristianos por dar testimonio de Jesús, el Espíritu es nuestro apoyo y nuestro consuelo.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para nuestro próximo encuentro vamos a volver a leer los mismos capítulos que leímos para preparar el encuentro anterior (Jn 15-17). En aquella primera lectura tratamos de descubrir la situación de los discípulos después de la partida de Jesús. Esta vez nos vamos a fijar en las orientaciones que Jesús les da para cuando llegue este momento. La pregunta que puede guiar nuestra lectura es ésta:

¿Cómo deben actuar los discípulos cuando Jesús ya no esté con ellos?

11 JESÚS RUEGA AL PADRE POR NOSOTROS



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En nuestro último encuentro descubrimos la situación de los discípulos después de la partida de Jesús. Ahora queremos centrar la atención en algunos aspectos importantes de la vida cristiana que aparecen en el testamento de Jesús recogido en estos capítulos de Juan.

A lo largo de la preparación y de la realización del encuentro es importante que el animador tenga presente lo que en él nos proponemos. Podríamos resumirlo en estos tres objetivos:

- Descubrir cuáles son las actitudes que deben tener los discípulos en ausencia de Jesús y cómo deben actuar ante la oposición con que a veces se encuentran.
- Meditar sobre la oración que Jesús hizo al Padre por nosotros, los que hemos creído en Él gracias a la palabra y al testimonio de otros.
- Reflexionar sobre la tarea de los cristianos en medio del mundo.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 15-17

Ya vimos en el encuentro del último día que estos capítulos describen la situación de la comunidad a la que se dirige Juan. Era

una comunidad con muchas dificultades, y estas dificultades les causaban a veces una gran tristeza. Jesús les animó para que fueran capaces de afrontar aquellas situaciones y les prometió el Espíritu Santo. Él será su maestro y su defensor.

Hoy vamos a compartir lo que hemos descubierto en estos mismos capítulos, fijándonos especialmente en las orientaciones de Jesús. La pregunta a la que debíamos contestar después de leerlos era ésta: *¿Cómo deben actuar los discípulos cuando Jesús ya no esté con ellos?*

☞ Mientras los miembros del grupo van comentando lo que han averiguado en la lectura de estos capítulos, el animador va anotando aquello que dicen, y procura que todos los que hayan preparado la reunión tengan ocasión de hablar.

Una vez que todos han contado al grupo lo que han descubierto, el animador ordena y completa las aportaciones, repitiendo en primer lugar aquello que ya se ha dicho y añadiendo a continuación lo que no hayan mencionado los participantes.

Debe hacer notar que estos capítulos están llenos de recomendaciones de Jesús, y que la mayoría de ellas se refieren a la situación concreta que vivía la comunidad joánica. Estas recomendaciones son las siguientes:

- En primer lugar, han de hacer un gran esfuerzo por soportar la tristeza y la aflicción que les producirá el odio del mundo, con la esperanza de que se transformará en gozo (Jn 16,22 y 17,13).

- Para lograr esto deben tener una gran cercanía con Dios, y dirigirse a Él con gran confianza (Jn 15,7.16; 16,23-24.26-27). Es importante hacer notar que ésta es la recomendación que más se repite.

- Han de permanecer unidos a Jesús para dar fruto (Jn 15,4-5.16). Es un aspecto sobre el que nos detuvimos en la reunión anterior, y que todos conocen ya.

- El principal fruto será el amor fraterno. Los discípulos deben amarse según el ejemplo que les dio Jesús (Jn 15,12-13).

- Finalmente, deben ser capaces de dar al mundo un testimonio de unidad (Jn 17,20-23). Sobre este último aspecto profundizaremos en la guía de lectura.

GUÍA DE LECTURA

“Padre, que todos sean uno”

Antes de comenzar buscamos **Jn 17,20-23**

► Ambientación

En nuestra reunión del último día meditamos el pasaje en que

Jesús habla de la unión de sus discípulos con Él. Para que puedan dar frutos han de ser como los sarmientos que están unidos a la vid. Uno de los frutos de esta unión con Jesús es la unión entre nosotros. Hoy vamos a centrar nuestra atención en un pasaje muy breve en el que Jesús ora por nosotros al Padre, y le pide que nos conceda esta unión.

► Miramos nuestra vida

Podemos comenzar hablando de nuestras experiencias de desunión y de división. Basta con que nos detengamos un poco a pensar en nuestra propia familia, o en los vecinos de nuestro barrio o de nuestro pueblo, e incluso en nuestra propia comunidad cristiana, para que nos demos cuenta de que entre nosotros existen distancias y a veces incluso enfrentamientos.

– *¿Podrías compartir con el grupo algún caso de desunión o de división en el barrio, el pueblo o la parroquia que te preocupe especialmente?*

– *¿Qué harías para que se lograra la armonía y la unión en ese caso?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

El pasaje que vamos a meditar hoy puede ayudarnos a comprender desde una perspectiva cristiana nuestras divisiones, y sobre todo puede orientarnos para que trabajemos por la armonía y la unidad entre todos, yendo a la fuente de la que brota esta unión.

- Comenzamos haciendo un momento de silencio, en el que invocamos al Espíritu Santo para que abra nuestro corazón y podamos comprender y acoger lo que Dios quiere decirnos a través de Él.

- Proclamación de Jn 17,20-23.

- Cada uno vuelve a leer con atención en su Biblia estos versículos y las notas que lo acompañan.

- Entre todos tratamos de responder a estas preguntas:

- *¿Por quién ora Jesús en estos versículos?*

- *¿Qué es lo que pide para ellos?*

- *¿De dónde deben sacar los discípulos la fuerza para estar unidos? ¿Cuáles son los frutos que producirá esta unión?*

► Volvemos sobre nuestra vida

Hemos compartido algunas situaciones de división que nos preocupan y hemos pensado cómo podrían solucionarse. Luego hemos meditado algunas frases de la oración de Jesús por nosotros en la que pide al Padre para que nos conceda la unidad. Esta actitud de Jesús ante las divisiones que se producirán entre sus discípulos nos enseña que la unidad es un don de Dios, algo que difícilmente

podemos conseguir con nuestras propias fuerzas. También nos descubre cuál es el modelo de la unidad que debe existir entre los creyentes. Teniendo en cuenta todo esto, volvemos sobre nuestra vida y nos preguntamos:

– ¿Dónde encontramos los cristianos la fuerza para mantenernos unidos y en comunión?

– ¿Qué aprendemos de la unión entre Jesús y el Padre para nuestra vida?

► Oramos

Podemos concluir nuestro encuentro uniéndonos a la oración de Jesús. Dejamos que nuestro corazón se llene de sus mismos sentimientos. Él habla aquí desde su experiencia de estar unido al Padre. Nosotros podemos unirnos a esta oración suya con la certeza de que estamos pidiendo al Padre que se haga su voluntad.

• Un miembro del grupo vuelve a leer la oración de Jesús por nosotros (Jn 17,20-23).

• Unimos nuestras oraciones a la de Jesús, presentándole situaciones de división y de enfrentamiento que se dan entre nosotros o que conocemos.

• Le pedimos también por nosotros para que busquemos siempre estar unidos a Él, y para que esa unión nos ayude a estar unidos entre nosotros.

👉 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Al comentar el pasaje que leímos en la sesión anterior dijimos que los capítulos 15-17 constituyen un gran discurso de despedida, en el que Jesús instruye a sus discípulos sobre cómo deben actuar cuando Él se haya marchado al Padre.

Dentro de este gran discurso de despedida el capítulo 17 tiene una importancia especial. Lo anuncia el cambio de tono que observamos en su comienzo. Jesús no se dirige ya a sus discípulos, sino a su Padre; de pronto abandona el tono de instrucción y enseñanza y comienza a pronunciar una emocionada oración.

Esta larga oración de Jesús suele conocerse con el nombre de “Oración Sacerdotal”, porque en ella Jesús se sitúa como sacerdote ante el Padre para interceder por todos nosotros. Si nos fijamos en los motivos de su intercesión, podemos descubrir en ella tres partes. En la primera (Jn 17,1-8) Jesús intercede por sí mismo; en la segunda (Jn 17,9-19) ora por sus discípulos; y en la tercera (Jn 17,20-26) por aquellos que crean por el testimonio de ellos.

En la primera parte (Jn 17,1-8) pide al Padre que confirme su obra en el momento decisivo que se acerca “la hora”; Él ha sido fiel al

encargo recibido, y ha conservado a todos aquellos que el Padre le había confiado, manifestándoles la vida eterna y comunicándoles las palabras de Dios para que las guarden.

En la segunda, ora por sus discípulos más directos (Jn 17,9-19). Su situación es muy parecida a la que reflejan los capítulos precedentes (Jn 15-16): se encuentran en medio del mundo porque Él mismo los envió, pero no son del mundo; Jesús ora para que en medio de sus dificultades experimenten la alegría que procede de Él, y para que sean librados del mal.

Finalmente, Jesús ora por todos los que creerán en Él por medio de la palabra de estos primeros discípulos (Jn 17,20-26). Son los discípulos de la segunda generación; han llegado a conocer que el Padre envió a Jesús, y Él les ha comunicado su amor. El problema con que se enfrentan en esta nueva etapa no es ya el odio del mundo, sino la división interna, que puede dificultar su testimonio hacia el mundo. Por eso Jesús pide para ellos la unidad.

El pasaje que meditaremos en la reunión de hoy es la primera de las dos intercesiones de que consta esta tercera parte de la oración de Jesús (Jn 17,20-23). Comienza identificando a aquellos por quienes Jesús intercede, y lo hace con dos pinceladas. Dice, en primer lugar, que creen en Él. Esta afirmación tiene un significado preciso en el evangelio de Juan. Creer en Jesús significa reconocer que procede de Dios y estar unido a Él, guardando y cumpliendo sus palabras; o dicho de otra forma, reconocerle como Hijo de Dios (Jn 20,31). En segundo lugar, se dice que han llegado a la fe a través del testimonio de otros. Estos discípulos son el fruto de la tarea evangelizadora que Él encomendó a sus primeros discípulos: “Yo los he enviado al mundo como tú me enviaste a mí” (Jn 17,18). Jesús les envió para que dieran testimonio de Él (Jn 19,35; 20,21) y gracias a este testimonio otros han creído en Él. Jesús ora aquí por todos los que creerán en Él sin haberle conocido personalmente.

Lo que Jesús pide para ellos es “que sean uno”. Llama la atención el hecho de que esto se repita tres veces (vv. 21, 22 y 23). Se trata sin duda de algo muy importante. Las cartas de Juan, dirigidas probablemente a la misma comunidad que el evangelio, nos han dejado un testimonio de las divisiones que acechaban a estas comunidades cristianas de la segunda generación, y pueden servirnos para descubrir el significado preciso de esta petición de Jesús. En ellas se habla de divisiones doctrinales, como la provocada por aquellos que no reconocían la íntima relación entre Jesús y el Padre (Jn 1,18-27). En otros casos se trata de divisiones causadas por el deseo de controlar a la comunidad, como en el caso de Diotrefes, mencionado en la tercera carta (3 Jn 9-11). No es, pues, una intención imprecisa y general, sino que se refiere a situaciones concretas que vivían los cristianos de la segunda generación.

La unión entre los miembros de la comunidad debe seguir el modelo de la íntima unión que se da entre Jesús y el Padre: “de tal manera que puedan ser uno como lo somos nosotros” (Jn 17,22). Esta unión entre

Jesús y el Padre es uno de los motivos centrales del evangelio (ya lo vimos en el apartado “para profundizar” del tercer encuentro). Las primeras palabras del prólogo se refieren a ella cuando dicen que “la Palabra estaba junto a Dios” y que “la Palabra era Dios” (Jn 1,1), y todavía más claramente, cuando Jesús afirma: “el Padre y yo somos uno” (Jn 10,30). Esta profunda unión entre ellos se manifiesta en la misión de Jesús, cuyo objetivo no es otro que dar a conocer la vida de Dios y su amor a los hombres. Jesús se ha separado del abrazo de amor que le unía con el Padre desde toda la eternidad y ha venido a este mundo para incluir en ese mismo abrazo a todos los que crean en Él y reconozcan que ha salido del Padre (Jn 16,25-28). El lazo que hace posible y duradera esta unión es el amor, del que ahora participan también los discípulos. La unión que Jesús pide para ellos está basada en este amor y es participación de la unión que ya existe entre Él y el Padre.

En la oración de Jesús se menciona también por dos veces el efecto que producirá esta unión de los discípulos: el mundo podrá creer y reconocer que el Padre ha enviado a Jesús y reconocerá también su amor. En el evangelio de Juan “reconocer que el Padre ha enviado a Jesús” es una clara manifestación de fe, por tanto lo que se dice aquí es que, gracias al testimonio de la unión entre ellos, y de ellos con Jesús y con el Padre, y gracias a la corriente de amor que pasa por esta unión, muchos otros creerán en Jesús y experimentarán este mismo amor.

Esta parte de la oración de Jesús tiene, por tanto, una intensa orientación misionera. Se dirige a los que han creído gracias al anuncio de los primeros discípulos, y les exhorta para que ellos mismos den un testimonio de fe y de vida que lleve a otros a creer en Jesús. La fe se transmite por el testimonio, y el mejor testimonio, en las comunidades a las que se dirige el evangelista, lo mismo que entre nosotros, es la unidad, no una unidad cualquiera, sino una basada en la unión de amor que se da entre Jesús y el Padre.

PARA PROFUNDIZAR

Los cristianos en medio del mundo

Es probable que al leer la oración de Jesús (Jn 17) nos haya sorprendido el acento tan negativo que pone cuando habla del mundo. En ella se dice que Jesús y sus discípulos no pertenecen al mundo, y Jesús llega incluso a afirmar que no ora por el mundo (Jn 17,9). También en otros pasajes del evangelio de Juan aparece una imagen negativa del mundo, sobre todo en los discursos de despedida, cuando Jesús dice a sus discípulos que el mundo los odiará (Jn 15,18), y se alegrará al verlos sufrir (Jn 16,20).

Al leer estas cosas en el evangelio tal vez nos hayamos planteado preguntas como éstas: ¿Acaso nosotros no estamos en el mundo?

¿Es todo malo en el mundo? ¿Cuál es la misión de los cristianos en el mundo? ¿El mundo nos odia?

Diversas formas de entender el mundo

Las afirmaciones del evangelio que acabamos de mencionar nos recuerdan a quienes somos mayores algo que aprendimos de pequeños: que el mundo era uno de los tres enemigos del alma. Sin embargo, el Concilio Vaticano II nos ha hablado del mundo con un tono más positivo y cercano. Nos ha dicho que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo... son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (Gaudium et Spes nº 1). El Concilio nos ha enseñado a ver el mundo con nuevos ojos, a sentirnos parte de él, a escuchar la llamada para transformarlo según el Evangelio.

Estas dos maneras de ver el mundo han creado mucho desconcierto entre nosotros en los últimos años, y gran parte de la confusión se debe al hecho de que no siempre queremos decir lo mismo cuando hablamos del “mundo”. En la oración de Jesús, lo mismo que en la vieja enseñanza del catecismo, el “mundo” es la parte de la creación que se opone a Dios, que le niega conscientemente y va en contra de su proyecto de amor. El evangelio de Juan se refiere a esta realidad con una expresión más precisa cuando habla del “pecado del mundo” (Jn 1,29).

Pero este “mundo” es en realidad sólo una parte o una dimensión del MUNDO, con mayúsculas, el que Dios creó, y en el que se expresó a sí mismo y su proyecto de amor (Jn 1,10). En cuanto creación de Dios, el mundo es bueno. A este mundo es al que se refiere el Concilio y también el evangelio de Juan en muchos otros pasajes.

Dios ama al mundo

No con un amor cualquiera, sino con un amor apasionado. Un amor que le llevó a entregarse a sí mismo en su Hijo. Estas palabras de Jesús a Nicodemo expresan de forma sencilla la hondura y la pasión de este amor de Dios hacia el mundo: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en Él tenga vida eterna” (Jn 3,16). Y la prueba de este amor es que “no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de Él” (Jn 3,17). Jesús no es el Juez del mundo, sino el Salvador del mundo, como acaban reconociendo los samaritanos después de conocerle personalmente (Jn 4,42).

Jesús no ha venido a enfrentarse al mundo, sino a ofrecerse por él; por eso se ha entregado, para que el mundo tenga vida (Jn 6,51). Tampoco ha venido a hacer más intensas las tinieblas que a veces lo envuelven, sino a iluminarlo, porque Él es “la luz del mundo” (Jn 8,12; 9,5) y ha venido para que vean los que no ven (Jn 9,39).

El proyecto de Dios sobre el mundo es, pues, un proyecto de amor; y la misión de Jesús es llevar a cabo ese proyecto ofreciendo al mundo la salvación, la vida, la luz.

Presencia del amor de Dios en medio del mundo

Los discípulos de Jesús continuamos la misión que el Padre le encomendó. Él nos ha enviado al mundo, lo mismo que el Padre le envió a Él (Jn 17,18), para que amemos al mundo, para que le ofrezcamos en nombre suyo la luz y la salvación, para que nos entreguemos a Él hasta el final. Es verdad que al unírnos a Jesús, como los sarmientos a la vid, renunciamos a esa parte del mundo que se opone al proyecto de Dios, y puede decirse que en cierto modo ya no somos del mundo (Jn 17,16), pero nunca podremos decir que nuestra misión sea condenar al mundo o desentendernos de él.

Ésta ha sido y es la tentación de algunos grupos cristianos. Pero el Concilio nos ha recordado que los seguidores de Jesús debemos estar en la entraña del mundo como la levadura en medio de la masa, como la sal en los alimentos, como la luz que ilumina la casa. Desde dentro y con un amor apasionado estamos llamados a transformar este mundo a través del compromiso político, social, laboral, en la familia, en el barrio, en nuestro pueblo o nuestra ciudad. El reinado de Dios que Jesús predicó no tiene como destinataria a la Iglesia, sino al mundo, porque el mismo Dios que creó este mundo a su imagen y semejanza es el que quiere que vuelva a ser resplandor de su gloria, y a nosotros nos ha invitado a colaborar en esta tarea tan hermosa.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Al leer la sección formada por los capítulos 18 y 19 del evangelio de Juan, vamos a fijarnos en la insistencia del evangelista en mostrar a Jesús como rey:

*¿En qué lugares de estos capítulos se dice que Jesús es rey?
¿Quién lo dice: el evangelista, Jesús mismo
o los demás personajes?*

12 JUNTO A LA CRUZ DE JESÚS



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Estamos llegando al final del evangelio de Juan. En nuestra reunión de hoy reflexionaremos sobre los capítulos dedicados a narrar la pasión, muerte y sepultura de Jesús. Nuestros objetivos para este encuentro son:

- Mirar a Jesús en la cruz y penetrar en el profundo simbolismo con el que el cuarto evangelio describe la pasión y muerte del Señor.
- Conocer las características propias de los relatos de la pasión del evangelio de Juan.
- Ponernos con María y el discípulo amado al pie de la cruz para descubrir desde allí que en nuestro mundo sigue habiendo muchos hombres y mujeres crucificados y traspasados como Jesús.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 18,1-19,42

La historia de la pasión, muerte y sepultura de Jesús que leemos en el evangelio de Juan presenta notables coincidencias con la que encontramos en los sinópticos, pero también muchas diferencias.

Basta una comparación rápida para darse cuenta de que en ella se mencionan detalles y se narran episodios que no están en Mateo, Marcos y Lucas. Eso significa que, a la hora de redactar estos capítulos, el autor del cuarto evangelio contó con otras fuentes de información.

En el apartado “Para profundizar” de esta misma sesión, tendremos oportunidad de aprender más cosas sobre las características propias de los relatos de la pasión del evangelio de Juan. Una de ellas es la insistencia en subrayar la realeza de Jesús. Por eso, las preguntas que queríamos responder al preparar nuestra reunión de hoy eran: *¿En qué lugares de estos capítulos se dice que Jesús es rey? ¿Quién lo dice: el evangelista, Jesús mismo o los demás personajes?*

Vamos a poner en común lo que cada uno ha encontrado.

☞ Una vez que cada uno de los miembros del grupo haya aportado a los demás lo que ha descubierto en su lectura, el animador ayudará a todos a completar sus respuestas con estos datos que ofrecemos:

A diferencia de lo que ocurre en los sinópticos, las alusiones a la realeza de Jesús en el evangelio de Juan se encuentran concentradas en los relatos de la pasión y, dentro de ellos, en el interrogatorio que tiene lugar en el palacio de Pilato. Un escenario ideal para mostrar el señorío de Cristo frente a los poderes de este mundo (Jn 19,10-11).

La situación es paradójica. Una vez que el prefecto romano ha preguntado a Jesús sobre su condición de rey (Jn 18,33,37), lo entrega en manos de los soldados, que se burlan de Él por esta causa (Jn 19,2-3). Luego se muestra empeñado en defender la realeza de Jesús frente a los judíos (Jn 19,13-15). Ellos reaccionan enfurecidos, como si se tratase de una provocación. Sólo quieren admitir la soberanía del César (Jn 19,12,15) y presentan a Jesús como un pretendido mesías que puede amenazar su poder (Jn 19,12). Con tal de acabar con Él están dispuestos a renunciar a sus sueños de independencia política e incluso a blasfemar. Parecen olvidar que el único rey de Israel es Yavé. Jesús, por su parte, admite que Él es rey (Jn 18,37), pero hace ver que su reino no es de este mundo porque no está basado en la violencia, sino en la verdad. Su mesianismo no es del tipo militarista y nacionalista que esperaban los judíos (Jn 18,36; lee también Jn 6,15).

El letrero de la cruz que Pilato mandó escribir en tres idiomas (el hebreo era conocido en Palestina, pero el griego y el latín se hablaban en todo el imperio), nos recuerda la dimensión universal del reinado de Jesús (Jn 19,19-20). Los jefes de los sacerdotes se quejan de lo que está escrito, pero el gobernador romano se niega a corregirlo (Jn 19,21-22). Lo que importa no son las apariencias. A primera vista, Jesús es un “hombre” acabado e impotente, un condenado a muerte (Jn 19,5). En realidad es el Hijo del hombre, el Rey-Mesías, el Juez soberano en cuya mano están el poder, el honor y la gloria (Jn 5,27).

GUÍA DE LECTURA

“Mirarán al que traspasaron”

Antes de comenzar busquemos **Jn 19,25-37**

► Ambientación

En los discursos de despedida que hemos leído para preparar nuestros dos encuentros anteriores, Jesús dispone el ánimo de sus discípulos para ayudarles a afrontar la hora decisiva de su muerte.

Al aproximarnos ahora a algunos episodios significativos de la historia de la pasión, tengamos en cuenta aquellas últimas recomendaciones de Jesús a los suyos. Contemplemos la muerte del Señor en la cruz con la misma mirada de fe que el evangelista nos propone. Y descubramos que ésta es la hora de la victoria de Jesús, la hora de su glorificación, la hora en la que culmina la misión que el Padre le había encomendado.

► Miramos nuestra vida

Al ir por la calle, al encender la televisión, al hojear los periódicos, quizá dentro de nuestra propia casa o en el seno de nuestra familia, se presenta ante nosotros el rostro de la enfermedad, de la soledad, del hambre, de la guerra, de la marginación social... En demasiados lugares de nuestro mundo, a veces bien cerca de nosotros, se alzan todavía muchas cruces donde hermanos y hermanas nuestros están crucificados como Jesús. Reflexionemos un momento sobre esto y respondamos juntos a estas preguntas:

– Cuando miramos a nuestro mundo, ¿tenemos la impresión de que sigue siendo “un calvario”?

– ¿Conocemos el caso de alguna persona marcada por el dolor y el sufrimiento?

► Escuchamos la Palabra de Dios

El evangelio de Juan nos sitúa junto a la cruz de Jesús, en el mismo lugar donde estaban su madre y el discípulo amado. Desde allí, el evangelista nos invita a mirar al Traspasado con los ojos de la fe. Esa mirada creyente nos ayudará a comprender que sus heridas nos han curado; que, más allá de las apariencias, el Crucificado es el Glorificado; que su muerte no es la demostración de su fracaso, sino el signo de su victoria; que su corazón abierto es la señal más grande de su amor por nosotros.

• Antes de proclamar la Palabra de Dios, nos preparamos para acogerla. Cada uno pide que el Espíritu Santo ponga en sus ojos la

luz de la fe, de modo que pueda entender en profundidad lo que vamos a leer.

- Proclamación de Jn 19,25-37.
- Reflexionamos personalmente y en silencio. Cada uno lee de nuevo el pasaje y consulta las notas de su Biblia.
- Es importante que nos detengamos con cuidado en todo lo que se dice porque lo más importante no se descubre a primera vista. Al responder a estas preguntas vamos a fijarnos en los símbolos, en las expresiones con doble sentido, en las citas de la Escritura:
 - ¿Qué expresiones, gestos o acciones de las que hemos leído nos parece que tienen un sentido simbólico?
 - ¿Qué significan? ¿Cómo podemos interpretarlas de modo que no nos quedemos en las apariencias?

► Volvemos sobre nuestra vida

Al contemplar al Crucificado con los ojos de la fe, hemos descubierto que su sufrimiento no ha sido inútil. Su sacrificio es fuente de vida para todos. De su corazón herido brota el Espíritu que renueva la humanidad. Si nos situamos al pie de las cruces de nuestros hermanos y hermanas que sufren y desde allí les miramos con la misma mirada de fe con la que hemos contemplado al Traspasado, seguro que encontraremos motivos para permanecer junto a ellos. Sus heridas, sus llagas, sus corazones desgarrados... pueden ser el lugar en el que Dios nos dé a beber del agua de la vida.

- ¿Qué podemos hacer para vivir nuestro sufrimiento desde la esperanza y no desde el desánimo?
- ¿De qué manera deberíamos acercarnos a los “crucificados” y “traspasados” de nuestro mundo? ¿Cómo podemos ofrecerles consuelo y animarles a seguir luchando?

► Oramos

Recogemos en forma de oración lo que la lectura y meditación de la pasión del Señor nos ha sugerido.

- Para ambientar este momento de encuentro con Jesús, podemos colocar en medio de la sala una cruz y unas cuantas fotografías o titulares de prensa que hablen de personas marcadas por el sufrimiento.

- Leemos de nuevo Jn 19,25-37 después de un momento de silencio que nos ayude a crear el clima adecuado.

- Cada uno ora personalmente a partir del pasaje proclamado y de lo que juntos hemos reflexionado y dialogado.

- Podemos acabar recitando juntos el salmo 22 (21): “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” o cantando “Danos un corazón”.

🔍 EXPLICACIÓN DEL TEXTO

En los capítulos 18 y 19 del cuarto evangelio, ya prácticamente al final del “Libro de la Pasión y de la Gloria”, el autor nos invita a contemplar algunos cuadros escogidos de la pasión, muerte y sepultura de Jesús. Muchos de ellos no tienen paralelo en los sinópticos. Otros sí, aunque estén narrados de manera diferente. Al pasar junto a las “estaciones” de este “vía crucis según San Juan”, podemos detenernos y observar.

Si nos limitamos a mirar con los ojos del cuerpo, se dibujarán ante nosotros situaciones dramáticas cuyo sentido percibiremos sin gran dificultad.

En la *primera escena* (Jn 19,25-27), la madre de Jesús está junto a su hijo que sufre. Al verse en trance de muerte, Jesús, hijo único de María, se preocupa por el futuro incierto de su madre viuda, y la encomienda a los cuidados de su mejor amigo, que la acoge desde aquel momento en su propia casa.

En la *segunda escena* (Jn 19,28-30), Jesús crucificado siente sed. Su cuerpo está deshidratado. Un poco de agua mezclada con vino de mala calidad (el texto lo llama “vinagre”) puede resultar refrescante. Quizá lo que pretendían los soldados al dar de beber al condenado era alargar su agonía. Pero Jesús expiró al instante.

En la *tercera escena* (Jn 19,31-37), se representa una práctica común en aquella época. La costumbre romana consistía en dejar sobre la cruz los cuerpos de los ajusticiados para que fueran pasto de las aves de carroña y sirvieran de escarmiento a quienes los veían. La ley judía, en cambio, prohibía que los cadáveres de los crucificados permaneciesen expuestos durante la noche (Dt 21,22-23). La razón era que aquellos que morían colgados de un madero eran considerados malditos de Dios y su presencia podía ser causa de contaminación o impureza religiosa para los demás (Gal 3,13). Además, aquel año la celebración de la Pascua coincidía con un sábado y por tanto la fiesta revestía una especial solemnidad. Ésa es la razón de que los judíos pidiesen a Pilato, gobernador romano de Judea, que quitase los cuerpos de la cruz cuanto antes.

Para acelerar la muerte de los crucificados y poder retirar sus cadáveres antes de la puesta del sol, los soldados les quebraron las piernas. Esta práctica tenía por objeto dejar sin posible punto de apoyo a los condenados, que expiraban por asfixia al poco tiempo. Como Jesús estaba ya muerto, un soldado le traspasó el costado con una lanza para rematarlo.

Hasta aquí llega lo que podemos alcanzar a ver con los ojos del cuerpo. Pero el autor del evangelio nos invita a abrir los ojos de la fe y seguir las pistas que nos ha ido dejando en forma de expresiones simbólicas.

Con esta nueva luz en los ojos, la *primera escena* (Jn 19,25-27) nos revela su significado más profundo. De entre las personas que están

junto a la cruz de Jesús, destaca claramente la presencia de su madre. Su reaparición nos recuerda la última vez en la que la vimos actuar con ocasión de las bodas de Caná (Jn 2,1-12). Entonces, Jesús se resistió a actuar porque todavía no había llegado su hora. Fue su madre la que le pidió mostrar su gloria antes de tiempo. Al pie de la cruz esa hora ha llegado y María está de nuevo junto a Él. En Caná, Jesús transformó el agua en vino por insinuación de su madre. Ahora brotarán de su costado sangre y agua y ella estará allí para recoger el vino nuevo que sellará la Alianza definitiva de Dios con los hombres.

En esta escena, María no hace sólo el papel de madre de Jesús. Su maternidad se extiende a una multitud de nuevos hijos simbolizados por el “discípulo amado”. María personifica a la Iglesia y el “discípulo amado” representa al seguidor ideal de Jesús, al verdadero creyente que es capaz de perseverar hasta el final con su Maestro. La muerte de Jesús es fuente de fecundidad porque, gracias a ella, su madre se convertirá en madre de todos aquellos que le siguen. Por eso es llamada “mujer”, para recordarnos que es la Nueva Eva, capaz de dar a luz una humanidad renovada (Gn 4,1).

La *segunda escena* (Jn 19,28-30) nos revela su auténtico sentido cuando descubrimos que Jesús, “sabiendo que todo se había cumplido”, manifiesta su sed “para que se cumpliese la Escritura” (lee Sal 22,16 o bien Sal 69,22). Ni un punto ni una coma del plan de Dios deben darse sin realizar. Lo que desea no es beber agua, sino apurar la copa que el Padre le ha preparado (Jn 18,11). Su sed sólo se calmará cuando haga enteramente la voluntad de quien le ha enviado (Jn 4,34). La muerte se produce precisamente cuando “todo está cumplido”, es decir, cuando el proyecto amoroso de Dios anunciado por medio de las Escrituras se ha verificado en plenitud (Jn 13,1). Sus últimas palabras en la cruz son un grito de victoria porque ha llegado con éxito al final de su carrera.

Este momento está descrito con una expresión cuya ambigüedad salta a la vista: “Entregó el espíritu”. Es evidente que no se trata del hecho físico de expirar, sino del don del Espíritu Santo tantas veces prometido por el Señor para el tiempo de su glorificación. Estamos ante el Pentecostés del evangelio de Juan.

La *tercera escena* (Jn 19,31-37) es la más larga y también la más densa en cuanto a su simbolismo. Lo que ocurre es tan importante que “el que vio estas cosas” da fe de ellas con una sorprendente insistencia “para que también vosotros creáis”.

El gran signo que requiere nuestra atención es la efusión de sangre y agua del costado de Jesús en el mismo momento en el que es perforado por la lanza del soldado. Aunque tal fenómeno pueda ser explicable desde el punto de vista médico, es evidente que el evangelista nos invita a contemplarlo desde la perspectiva simbólica. La sangre nos recuerda que la muerte de Jesús se ha producido realmente y que su entrega es fuente de vida para nosotros (Jn 6,53-54). El agua simboliza el Espíritu que fecunda y vivifica al creyente (Jn 3,5). Es el mismo Espíritu que Jesús había prometido cuando dijo que de su seno brota-

rían ríos de agua viva (Jn 7,37-39). Ese río de agua y sangre simboliza a la vez a los dos grandes sacramentos que fundamentan la vida cristiana: el bautismo y la eucaristía.

Para iluminar el sentido profundo de este acontecimiento, el evangelista nos invita a contemplarlo a la luz de dos pasajes de la Escritura. El primero de ellos dice: “No le quebrarán ningún hueso” y sirve para ilustrar el hecho de que a Jesús no le rompieran las piernas como a los otros dos condenados. El texto podría aludir a lo que se lee en Sal 34,21. En tal caso, el Crucificado personifica al Justo Sufriente de cuya integridad cuida Dios mismo.

La referencia más clara de este pasaje se encuentra, no obstante, en Ex 12,46 y Nm 9,12 donde se habla del cordero pascual cuyo sacrificio constituía el rito central de la pascua judía. Eso significa que, como había dicho ya Juan Bautista al comenzar el evangelio, Jesús es “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29.36). Su sacrificio ha inaugurado una Nueva Pascua y nos ha abierto definitivamente el camino de la liberación.

El segundo pasaje citado recuerda una profecía de Zacarías (Zac 12,10) y dice así: “Mirarán al que traspasaron”. Con la apertura del costado de Jesús, Dios nos ofrece el don de su Espíritu que nos renueva, nos purifica, nos perdona los pecados y convierte nuestros corazones.

Contemplar al Crucificado con los ojos de la fe nos cura, nos salva y nos da la vida eterna (Jn 3,14-15). Fijar la vista en el Traspasado nos exige solidarizarnos con Él e identificarnos con su destino. Mirar su corazón abierto nos lleva a comprender que su amor por nosotros no podía llegar más lejos. La cruz se ha convertido, para Él y para nosotros, en un trono de gloria.

PARA PROFUNDIZAR

La Pasión según San Juan

El relato de la pasión es sin duda la parte de la historia de Jesús en la que el evangelio de Juan presenta más semejanzas con los otros tres evangelios (llamados sinópticos por sus grandes semejanzas). Pero basta una lectura detenida para darse cuenta de que las diferencias entre ellos son también muy notables.

En primer lugar ciertos episodios significativos que aparecen en Marcos, Mateo y Lucas son omitidos por el cuarto evangelio. Entre ellos cabe destacar la agonía de Jesús en Getsemaní (lee Jn 12,27) y el juicio ante el sanedrín por parte de las autoridades judías.

Por otro lado, algunas escenas de los sinópticos han sido profundamente modificadas. Así, por ejemplo, en la del prendimiento destaca la autoridad y la majestad con la que Jesús se enfrenta a los que vienen a detenerle (“Yo soy”). Llama también la atención que el

juicio ante Pilato es mucho más detallado que en el resto de los evangelios.

Mirar la pasión de Jesús con ojos nuevos

Esta rápida comparación nos demuestra que el autor del cuarto evangelio quiere ofrecernos su particular visión de la pasión del Señor. Para eso utiliza un riquísimo simbolismo que es necesario descifrar e interpretar. Lo que pretende no es tanto informarnos con exactitud de lo que pasó, sino mostrarnos el profundo significado de los acontecimientos que narra. Aunque el evangelio de Juan y los sinópticos hablen de los mismos hechos, Juan los contempla desde una perspectiva diferente. Los mira con ojos nuevos.

Una de las cosas que más llama la atención en su relato es que Jesús es plenamente consciente de lo que se le viene encima y sabe siempre aquello que va a ocurrir (Jn 18,4). Es Él quien domina en todo momento la situación. Nada le pilla por sorpresa. No son los acontecimientos los que deciden el destino de Jesús. Es Jesús quien maneja los hilos de la acción. No hay sitio para la improvisación. Todo sucede para que se cumpla lo que estaba planeado de antemano y Él había anunciado con anterioridad (Jn 18,9.32).

Se diría que el calendario de la pasión está fijado con mucha antelación. Desde el principio del evangelio se habla de la "hora" de Jesús como de algo que tendrá lugar en el momento oportuno (Jn 2,4). Es la hora de la muerte, que pende sobre su cabeza como una sentencia inapelable. Pero mientras llega, Jesús estará a salvo y nadie se atreverá a hacerle mal (Jn 7,30; 8,20). No son los hombres los que fijan los plazos para ejecutar esa sentencia.

Precisamente por eso, sorprende aún más la inquebrantable decisión de Jesús de llegar hasta el final. Todo se explica si caemos en la cuenta de que la libertad con la que se entrega a la pasión es fruto de su obediencia al Padre. Jesús no quiere otra cosa sino hacer la voluntad del que le ha enviado. Esa voluntad, que Él conoce perfectamente porque está unido a Dios, pasa misteriosamente por la cruz. Por eso Jesús acepta beber la copa que el Padre le ha preparado (Jn 18,11). La actitud de Jesús ante su muerte no es la de una víctima resignada frente a la fatalidad, sino la de quien acepta con plena libertad un destino plenamente asumido por amor (Jn 13,1).

En la "Pasión según San Juan", todo está envuelto en un clima de serenidad. La solemnidad con la que se suceden los acontecimientos no parece cuadrar con el dramatismo de la situación. En general, podemos afirmar que el cuarto evangelio ha suavizado los aspectos más angustiosos o vergonzosos del relato. Pero, aunque se resalte la divinidad de Jesús, eso no significa que no se tome en serio su muerte o que su verdadera humanidad se ponga en duda.

Al contrario, seguramente no hay otro evangelio que se esfuerce tanto en mostrar que Jesús murió realmente, a pesar de ser el Hijo de Dios. De todas maneras, lo que está en primer plano no es la tragedia humana que supone el fin de la vida, sino el don libre y plenamente consciente que hace Jesús de la suya. Su grito final en la cruz no demuestra sentimiento de desamparo, como en Marcos o Mateo (Mt 27,46; Mc 15,34), sino la convicción plena de haber cumplido totalmente la voluntad del Padre.

Pasión y Gloria, las dos caras de una misma moneda

La muerte de Jesús no significa el fracaso de su misión. Es la demostración de que la obra de la salvación ha sido plenamente realizada. Es el signo de su victoria. Por eso, el autor del cuarto evangelio quiere mostrar con toda claridad que el Crucificado es también el Glorificado (Jn 13,31-32; 17,1). Que la elevación de Jesús en la cruz revela su exaltación definitiva al lado del Padre (Jn 8,28).

La hora de la pasión es al mismo tiempo la hora de la glorificación (Jn 12,23; 17,1-5). Es la hora en la que Jesús abandona voluntariamente este mundo para volver al Padre que le había enviado (Jn 13,1). Es la hora en la que va a revelarse la fecundidad de su entrega; la hora del triunfo definitivo sobre la muerte.

Como un experto dramaturgo, el autor del cuarto evangelio ha sabido superponer magistralmente los planos y combinar escenas que en otros escritos del Nuevo Testamento aparecen separadas en el tiempo. Anticipando los acontecimientos, ha logrado que el Jesús crucificado sea a la vez contemplado como el Cristo resucitado que entrega el Espíritu. Por eso la cruz ya no es vista como un patíbulo, sino como un trono desde el que Jesús reina (Jn 19,19). Desde esta situación aparentemente vergonzosa, pero realmente gloriosa para los que miran con los ojos de la fe, Jesús atrae hacia sí a todos los que creen en Él y les comunica la vida eterna simbolizada en el río de agua y sangre que brota de su costado abierto (Jn 3,14-15; 12,32-34). El Traspasado no es un hombre derrotado, sino el Cordeiro de la Nueva Pascua cuya muerte nos ha abierto definitivamente el camino de la liberación.

Por eso, la cruz de Jesús no es contemplada en Juan como el lugar donde se estrellan todas las esperanzas, como un escándalo insuperable para la fe, sino más bien como el escenario donde se demuestra el amor ilimitado de Jesús por cada uno de nosotros (Jn 15,13). Un amor que, en definitiva, revela el amor del Padre que es capaz de entregar a la muerte a su propio Hijo con tal de que nosotros lleguemos a disfrutar de la vida que no se acaba (Jn 3,16).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar la próxima reunión, vamos a leer los relatos de la resurrección: Jn 20-21. Al leerlos, pon atención a tres verbos que aparecen en ellos: ver-creer-dar testimonio.

¿De quiénes se dice que ven-creen-dan testimonio?

NOTAS

13 TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Para Juan, pasión y resurrección son las dos caras de la misma moneda. Por eso, si en el encuentro anterior reflexionamos sobre todo en el aspecto de la pasión, sin olvidar lo que ésta tiene de glorificación, ahora vamos a girar la moneda y contemplar al Resucitado, que es también el Crucificado. En esta sesión queremos:

- Redescubrir que la experiencia personal de la resurrección está profundamente vinculada al testimonio cristiano.
- Repasar los evangelios desde la visión que en ellos se nos ofrece de las mujeres como discípulas de Jesús.
- Reflexionar sobre el papel de las mujeres en la Iglesia como seguidoras del Resucitado.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 20-21

Un estallido de alegría recorre los capítulos finales del evangelio de Juan: ¡El Señor ha resucitado! Junto a este gozo, el mismo Jesús despierta un compromiso en el interior de los discípulos, hombres y mujeres, que les hace exclamar: "Nosotros lo hemos visto, somos

testigos". Su testimonio brota del reencuentro con el Resucitado, de descubrirle vivo, algo que no fue sencillo para los seguidores de Jesús, porque tuvieron que comprender que su presencia era diferente aunque seguía siendo Él mismo.

Al final del encuentro anterior nos propusimos, leer Jn 20-21 poniendo atención en tres verbos que aparecen en estos capítulos: ver, creer, dar testimonio. *¿De quiénes se dice que ven, creen, dan testimonio?*

Vamos a compartir lo que hemos descubierto.

📖 Después, el animador puede repasar, a modo de síntesis final, dos aspectos significativos de la sección:

- Para Juan ver-creer-dar testimonio son tres acciones que deben ir íntimamente unidas en la vida de todo discípulo (recuerda el "para profundizar" de la sesión 8).

- Hay distintas maneras de ver. La auténtica mirada, la que lleva a creer en Jesús, siempre desemboca en el compromiso:

- Pedro ve, pero no entiende lo que significan los signos (Jn 20,6-7).
- El discípulo amado, fijándose en los signos y por la relación estrecha que le unía a Jesús, "vio y creyó" (Jn 20,8). Pero es una fe que no se comunica.
- María Magdalena mira e intenta comprender lo que ve. Sólo la iniciativa del Resucitado despierta en ella una fe misionera (Jn 20,10-18).
- Los discípulos ven al Señor. Comunican a Tomás la alegría del encuentro (Jn 20,19-25).
- Tomás pide ver y tocar para creer. Jesús proclama dichosos a los que crean sin haber visto (Jn 20,25-29).
- El evangelio de Juan se ha escrito "para que creáis" (Jn 20,31).
- "El discípulo amado" da testimonio (Jn 21,24).

Jesús resucitado se deja ver por sus discípulos. Pero hay muchas formas de mirar a Jesús. Según se le mire, así se le ve.

Vamos a observar más detenidamente cómo le miró, creyó en Él y fue su testigo una mujer: María Magdalena.

GUÍA DE LECTURA

"¡He visto al Señor!"

Antes de comenzar busquemos **Jn 20,10-18**

► Ambientación

Con la muerte de Jesús parece terminar su historia, sus promesas y pretensiones. Pero no fue éste el desenlace final: contra toda

esperanza humana, sus discípulos, empiezan a proclamar: "¡Ha resucitado!". Una de esas personas fue María Magdalena. Vamos a acercarnos hoy al encuentro que tuvo con el Resucitado.

► Miramos nuestra vida

Cada vez más, las mujeres van asumiendo funciones que, en otros tiempos, estaban reservadas a los varones. En la sociedad, su presencia es cada vez mayor en todos los campos. También en la Iglesia, aunque en ella la incorporación de la mujer se está realizando más lentamente. Vamos a reflexionar sobre esto:

- *¿Cuáles son los servicios que desempeña la mujer en nuestra comunidad, en nuestra parroquia, en nuestra Iglesia? ¿Qué podría hacer que todavía no hace?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

La primera persona a quien se manifestó el Resucitado fue, según el evangelio de Juan, una mujer: María Magdalena. Pongamos atención a este pasaje por si puede ofrecernos luz para nuestra vida.

- Para acogerlo como Palabra de Dios, hacemos un breve silencio en el que disponemos nuestro corazón para una escucha atenta y obediente.

- Un miembro del grupo proclama Jn 20,10-18.
- Volvemos a leerlo consultando las notas de la Biblia.
- Luego procuramos responder a estas preguntas:
 - *¿Por qué llora María? ¿Qué está buscando?*
 - *¿Cómo describe este pasaje la progresiva transformación de María en su descubrimiento de Jesús Resucitado?*
 - *¿Cuándo reconoce María al Resucitado? ¿Puedes relacionar esta lectura con Jn 10,3?*
 - *¿Qué encargo le hace a María Jesús resucitado? Fíjate a quién la envía y cómo presenta su relación y la nuestra con el Padre.*

► Volvemos sobre nuestra vida

En el pasaje que hemos meditado, Jesús resucitado hace de María Magdalena la primera misionera de la historia, a pesar de las dificultades que eso podía traer en una sociedad donde el testimonio de las mujeres valía muy poco. Esto puede iluminar la conversión que tuvimos al comienzo de la sesión y ofrecer pistas para nuestra vida.

- *¿Qué pasos podríamos dar para que las mujeres sean más valoradas y tengan una mayor presencia en nuestra comunidad, en nuestra parroquia, en nuestra Iglesia?*

► Oramos

Por encima de la diferencia hombre-mujer, lo central en la vida del cristiano es la experiencia del Resucitado en ella. Eso es lo que da valía y peso al que sigue a Jesús. Por eso, al concluir nuestro encuentro, vamos a hacer un momento de silencio para pedirle que nos haga, como a María Magdalena, testigos de su Resurrección.

- Después de un breve silencio, volvemos a leer Jn 20,10-18.
- Dejamos un momento para la oración personal.
- Hacemos en voz alta nuestra oración. En ella podemos tener presente a mujeres que sean significativas para el grupo, la parroquia, la Iglesia.
- Terminamos con un canto de envío: “Sois la semilla”, u otro apropiado.

📖 EXPLICACIÓN DEL TEXTO

El capítulo 20 del evangelio de Juan relata varias apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos. A través de todas ellas se nos describe la progresiva profundización en la fe de los primeros testigos. Para ellos no fue fácil pasar del escándalo de la cruz a la fe en la resurrección. Les costó ver, comprender y creer. Pedro, María Magdalena o Tomás son ejemplos de lo que estaba ocurriendo en la comunidad cristiana tras la muerte de Jesús. Sus esperanzas frente a Jesús, el Mesías, habían quedado en la cruz y habían sido, con Él, sepultadas. En su oscuridad, buscaban una respuesta, y sólo con la presencia del Resucitado vieron la luz.

Vamos a acercarnos a una de esas experiencias de fe. Es la revelación de Jesús resucitado a María Magdalena.

Sabemos muy poco de esta mujer. Los evangelios la conocen por su lugar de origen: colocan detrás del nombre propio, María, la ciudad de la que provenía, Magdala, un lugar de Palestina situado a orillas del lago de Galilea. Lucas la presenta como aquella de la que Jesús “había echado siete demonios” (Lc 8,2). Con esto quiere decir que había sido liberada por el Señor. Este encuentro la marcó de tal manera que se unió a su grupo de seguidores.

Algunos escritos de los primeros siglos del cristianismo y la tradición popular, han atribuido a esta figura un cierto liberalismo sexual y la han identificado con una prostituta, la misma, se dice, que ungió los pies del Señor (Jn 12,1-8 y par.). Pero por los evangelios sólo podemos deducir que fue una seguidora de Jesús a quien éste había cambiado la vida. Una mujer que se mantuvo fiel, incluso en la cruz, y que fue uno de los primeros testigos de la Resurrección.

En el relato de Juan que meditamos en este encuentro, María Magdalena que, junto a otras mujeres, había estado a los pies de la cruz (Jn 19,25), se encuentra fuera del sepulcro, desolada, porque “se han

llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto”. María es prototipo de la primera comunidad que no comprende el sentido de la muerte de Jesús. Se encuentra desorientada, no sabe dónde está ni cómo encontrarlo. Su fe tiene que recorrer una nueva etapa. Y es curioso cómo presenta Juan este proceso de reconocimiento, de avance en la fe por parte de María. Lo hace salpicando el relato de rasgos que, tradicionalmente en nuestra cultura, se aplican a la mujer: llora, llega a reconocer afectivamente a Jesús no por la vista, sino por el oído, lo percibido por el corazón necesita tocarlo, y por último comunica aquello que ha experimentado. Acerquémonos, desde aquí, al relato.

María está junto al sepulcro, llorando. Le unía con Jesús un gran afecto y le apena profundamente su pérdida. Está desconcertada, lamenta no encontrar el cadáver de quien tanto había amado. Busca la presencia física, el cuerpo de Jesús. Se asoma al sepulcro, pero a diferencia del discípulo amado que, tras asomarse, vio y creyó (Jn 20,8), María no sabe interpretar los signos. Luego ve un hombre, pero no puede reconocer en él a Jesús. Tampoco los discípulos lo reconocieron cuando se les presenta en la orilla del lago (Jn 21,4). María pregunta: “...si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto”. Busca como los dos discípulos de Juan Bautista buscaron a Jesús (Jn 1,37-39), o como la mujer del Cantar de los Cantares busca al amado (Cant 3,1-4), pero para ella todavía es de noche.

El tratamiento y el tono de voz de Jesús resucitado hacen que en María comience a amanecer. El lazo de comunión personal que se había establecido entre ellos se despierta al oírse llamar: “¡María!”. La voz que pronuncia su nombre viene cargada de relaciones interpersonales, de cercanía, de cariño. Siente que en ella se ha cumplido aquella palabra: Jesús conoce a quienes le pertenecen, les llama por su nombre. Éstos perciben su voz y le siguen (Jn 10,27). Reconoce, por el oído, a Aquel a quien había mirado sin ver. Y le responde: “¡Maestro!”. Su fe aún no ha alcanzado la claridad de Tomás que exclama: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28). Para ella aún no ha amanecido totalmente. Pero de momento ha reencontrado vivo a Jesús.

María pretende confirmar la verdad de la presencia de Jesús ante la terrible realidad de la muerte que ha visto, y se abraza a Él. Pretende que su presencia junto a ella y los discípulos sea permanente, que todo vuelva a ser como antes. El Resucitado le hace entender que Él está vivo, que estará siempre presente, pero que esta presencia ya no será la misma: a partir de ahora se realizará por el don del Espíritu. Y éste sólo podrá venir una vez que Jesús haya vuelto al Padre. Con el abrazo, María quiere quedarse con el Jesús de antes de Pascua. Pero el Resucitado con esas palabras que nos desconciertan y que las Biblias traducen por “No me retengas”, “No me agarres”, “No me toques”, “No me abracés”, está invitando a María a encontrarle vivo a través de una nueva presencia. Es como si le dijera: “No me quieras tener como me has tenido hasta ahora, con una presencia material, física. Soy el mismo pero he resucitado y no soy igual que antes”.

En este encuentro Jesús revela otra cosa a María: el Padre de Jesús es también nuestro Padre. Si Jesús desde la cruz nos entregó a su madre como madre de todos, con la vuelta al Padre hará posible que el Padre del cielo, su Padre, sea también Padre de todos sus discípulos. En adelante, y gracias a su muerte y resurrección, el Dios que ha estado en relación constante con Él, entra en una relación semejante con los discípulos que, a partir de ahora, son hermanos de Jesús.

María comprende, ve la luz. Buscaba la presencia física de Jesús y ha descubierto una presencia nueva, personal, definitiva que nada, ni siquiera la muerte, le podrá arrebatarse. Comenzó descubriendo al Jesús que amaba sólo por la voz, y lo ha reencontrado como Palabra que vive y que la envía a "mis hermanos". Su misión es hacer visible a Jesús entre los discípulos. Por mandato del Resucitado es la primera misionera de la historia. Su testimonio, "¡He visto al Señor!", habla de una fe adulta: ha pasado de mirar superficialmente a ver en profundidad, de oír palabras a escuchar la voz desde el corazón, de palpar presencias físicas a encontrarse con una presencia que no muere.

Una vez más, el Señor le ha cambiado la vida. Su fe, también la nuestra, era un constante buscar y descubrir. Salió buscando a Jesús porque "no sabía dónde estaba", y encontró que Jesús está en el Padre y entre los suyos. Salió en busca del Amado, como la esposa del Cantar de los Cantares, y descubrió que el Amado le salía al encuentro, se dejaba hallar y la enviaba a formar un pueblo nuevo donde todos, hombres y mujeres, podemos ser hijos de Dios, hermanos de Jesús y hermanos unos de otros.

PARA PROFUNDIZAR

Las discípulas de Jesús

La evolución de la historia humana está llevando a nuestra sociedad hacia un despertar por el tema de la mujer: se trabaja por desterrar la discriminación sexual, se la valora como persona, puede acceder a campos que antes estaban reservados a los varones, tener mayor participación en la vida pública...

Hoy queremos reflexionar sobre un aspecto de esta sensibilidad que se ha despertado también en la Iglesia: el puesto de las mujeres en el movimiento de Jesús, su lugar en los evangelios como discípulas del Maestro.

La mujer en tiempos de Jesús

La situación de las mujeres en tiempos de Jesús estaba muy lejos de ser satisfactoria. No era apreciada por sí misma, sino por su capacidad de ser madre, en especial de hijos varones. Su vida estaba reducida a la casa, en la que debía depender siempre del padre o del

esposo. En el Templo, ocupaba un lugar señalado, fuera de la zona de los hombres, y donde no podía acudir los días de la menstruación, porque las leyes de pureza se lo impedían (Lv 15,19). No contaban como testigos, ni podían estudiar la Biblia, ni bendecir la mesa antes de las comidas. Su vida estaba marcada por muchos otros impedimentos simplemente por no ser varón.

La actitud de Jesús frente a las mujeres fue innovadora: hablaba con ellas (Jn 4,27), incluso les permitía acompañarlo en su misión itinerante (Lc 8,1-3), algo que ningún maestro judío de la época hubiera aceptado. Fue criticado por esta forma de actuar, pero Jesús continuó adelante, porque era consciente de que toda discriminación estaba en contra de la voluntad de su Padre y del proyecto del Reino.

Discípulos y discípulas

Los discípulos de Jesús son descritos en los evangelios con unas notas esenciales que podríamos resumir con estos verbos: llamar, seguir, servir, ver y escuchar, ser enviado. Pues bien, estos verbos también se aplican a las mujeres.

Según los evangelios, Jesús *llamó* a algunas personas: invitó a los Doce a caminar con Él. Ellos representan simbólicamente a las doce tribus de Israel y, en ellas, al nuevo pueblo de Dios. Pero sabemos que entre sus seguidores había también mujeres (Mc 15,40-41), y que algunas de ellas subieron con Él hasta Jerusalén, permanecieron a su lado incluso en la cruz y fueron testigos de la Resurrección.

Otra característica del discípulo es el *servicio*. Jesús siempre llama para el servicio a los demás. Los evangelios nos hablan de mujeres que "seguían y servían" a Jesús (Mc 15,41), incluso con sus bienes (Lc 8,1-3). Un ejemplo concreto es la suegra de Pedro que, tras ser curada por Jesús, "se puso a servirles" (Mc 1,29-31).

Para poder seguir y servir, el discípulo tiene que *ver y oír*, saber mirar y aprender a escuchar. También hay ejemplos de mujeres que saben ver y oír, por ejemplo, María, mujer que estuvo a los pies del Señor escuchando su Palabra (Lc 10,39), o su hermana Marta quien, según Juan, dijo que Jesús era: "...el Mesías, el Hijo de Dios", profesión de fe que los otros evangelios ponen en boca de Pedro (Jn 11,27; Mt 16,16). Pero es a los pies de la cruz, lugar privilegiado para aprender, donde las mujeres profundizan en su discipulado (Mc 15,40.47; Mt 28,1).

Los seguidores de Jesús, y no sólo los Doce, son *enviados* "a todos los pueblos y lugares que Él pensaba visitar" (Lc 10,1-17). También algunas mujeres aparecen en los evangelios como enviadas. Por ejemplo, la samaritana, que da testimonio en el pueblo, y lleva a la gente a Jesús para que se produzca el encuentro personal: "ya no creemos en Él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído" (Jn 4,42). Este aspecto del discipu-

lado se muestra más claramente todavía cuando, después de su resurrección, Jesús envía a algunas mujeres a comunicar a sus discípulos que vayan a su encuentro (Mt 28,10).

Un largo camino

En las primeras comunidades cristianas encontramos algunas mujeres, que junto con algunos varones, ejercían servicios concretos: Pablo llama a Junia "apóstol" (Rom 16,7), a Febe diaconisa y protectora de la comunidad de Cencreas en Corinto (Rom 16,1-2). Se citan también algunas mujeres que acogen a los cristianos en sus casas: Lidia (Hch 16,14), Nínfa (Col 4,15), Cloe (1 Cor 1,11). En la Carta a los Romanos se señala que tanto hombres como mujeres están dedicando su vida a la causa del Evangelio (Rom 16).

Con el tiempo este papel activo de la mujer en el seno de las comunidades cristianas fue decayendo. Se han dado diversas explicaciones: la situación cultural de la época marcada por el dominio de lo masculino (patriarcalismo), la acomodación del cristianismo a las costumbres del tiempo, la influencia de algunas corrientes de pensamiento como la filosofía griega, que valoraba poco a la mujer.

Así, la revolución iniciada por Jesús y continuada por sus primeros seguidores y seguidoras anulando las diferencias entre varón y mujer (Gal 3,26), parecía condenada a morir. Sin embargo, en el interior de la Iglesia actúa el Espíritu, que se derramó por igual entre hombres y mujeres (Hch 1,12-14. 2,1-4; Jl 3,1), y está haciendo surgir de nuevo la conciencia de igualdad. Tal vez este mismo Espíritu está dejando oír su voz hoy a través de quienes piden para las mujeres más tareas y responsabilidades en la vida eclesial. Es un reto al que se debe enfrentar hoy la Iglesia de Jesucristo.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Hemos terminado de leer el evangelio de Juan. Pero la comunidad joánica aún no ha terminado de presentarnos su testimonio sobre Jesús. En las dos próximas sesiones vamos a acercarnos a la primera carta de Juan. Lee 1 Jn 1,1-4,6 y responde a esta pregunta:

¿Qué actitudes propias del cristiano aparecen en estos capítulos?

14 NUESTRO TESTIMONIO SOBRE EL PADRE ES CONFORME AL EVANGELIO DE JESÚS



👉 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En la sesión anterior concluimos la lectura del cuarto evangelio, el escrito garantizado por el testimonio y la autoridad del discípulo amado. En el encuentro de hoy iniciamos el recorrido por la primera carta de Juan, escrita por un cristiano destacado de la comunidad vinculado al discípulo amado y a los primeros testigos de la fe.

Pretendemos:

- Conocer las características de la primera carta de Juan y su relación con el cuarto evangelio.
- Descubrir los motivos que llevaron al autor a escribir esta carta.
- Comprender que nuestro testimonio de Jesús Resucitado, para que sea auténtico, no puede basarse en ideas teóricas sobre Jesús, sino en experiencias personales de Jesús.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre 1 Jn 1,1-4,6

Para la reunión de hoy nos habíamos propuesto leer 1 Jn 1,1-4,6. Esta sección está dividida en dos partes. La primera (1 Jn 1,5-2,27) es una invitación a caminar en la luz, porque Dios es luz. En

la segunda (1 Jn 2,28-4,6) se nos pide vivir como hijos de Dios; de este modo, dice el autor, conoceremos a Dios y participaremos en plenitud de su vida. Además, esta sección, en su desarrollo, va señalando aspectos claves para un seguidor de Jesús. En esto nos hemos fijado en la lectura personal. Recuerda que la pregunta que nos hicimos era: *¿Qué actitudes propias del cristiano aparecen en estos capítulos?*

Vamos a comentar en el grupo lo que cada uno ha descubierto en su lectura personal.

☞ Cuando todos hayan hablado, el animador resume y completa. Ofrecemos aquí algunas orientaciones que le pueden ayudar en la puesta en común.

Según esta carta, los rasgos propios del cristiano pueden agruparse en torno a estos puntos:

- Comunión:
 - 1 Jn 1,3a; 2,24: con los primeros testigos.
 - 1 Jn 1,3b.7.15; 2,24; 3,24: con Dios.
 - 1 Jn 1,7: con los hermanos.
- Relación fe-vida:
 - 1 Jn 2,9-11; 3,11.16: amar.
 - 1 Jn 2,9; 3,10: practicar la justicia.
 - 1 Jn 2,3-4; 3,10.24: guardar los mandamientos.
 - 1 Jn 4,1: discernir la verdad.
- Aceptar que Jesucristo, el Hijo de Dios, fue hombre (1 Jn 3,2-3).
- Poseer el Espíritu (1 Jn 2,20.27; 3,24).
- Reconocer el pecado y alejarse de Él (1 Jn 1,8; 2,18-19; 3,6-10).

Auténtico cristiano es, por tanto, aquel que pertenece a Cristo, aquel que puede ser llamado hijo de Dios. Y esto debe manifestarse en sus obras. En la ficha de lectura veremos que estas obras no nacen de un mero voluntarismo ni de una idea sobre Jesús, sino de una experiencia personal de encuentro con Él.

GUÍA DE LECTURA

"Lo que hemos oído y visto eso os anunciamos"

Antes de comenzar buscamos **1 Jn 1,1-4**

► Ambientación

Después de haber leído todo el evangelio de Juan y haberlo meditado en nuestras reuniones anteriores, será fácil conectar con el lenguaje y la temática que presenta esta carta. Tiene el mismo estilo, se dirige a la misma comunidad y presenta la misma teología

que el evangelio. Ahora, en esta carta, el autor resume a su comunidad los puntos fundamentales en los que tienen que fijarse. Y les insiste desde el principio que la predicación que han recibido no son teorías, sino experiencias de vida.

Nosotros, en esta reunión, vamos a leer el prólogo de la carta. Queremos fijarnos en la insistencia de esos cuatro versículos sobre la comunicación de experiencias.

► Miramos nuestra vida

Todos sabemos que no es lo mismo contar una cosa que has oído de otros, que contar lo que has vivido personalmente. No es igual narrar a otros un accidente que has visto al circular por la carretera, que narrar el que has tenido tú mismo. No es igual hablar del cariño de las madres hacia los hijos, que hablar del cariño que tú le tienes a tu propio hijo.

- *¿Recuerdas alguna experiencia personal que haya marcado tu vida?*
- *¿Qué diferencia hay entre hablar de cosas que te han contado o de experiencias que has vivido?*

► Escuchamos la Palabra de Dios

Vamos a proclamar ahora el prólogo de la primera carta de Juan. Aquí el autor deja bien claro que lo que les ha transmitido en la evangelización es lo que oyó, vio y palpó viviendo con Jesús desde el principio.

- Hagamos un momento de silencio antes de escuchar la lectura.
- Una persona del grupo proclama 1 Jn 1,1-4.
- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo estos versículos personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia. Después compartimos nuestra reflexión:
 - *El autor de 1 Jn ha tenido una gran experiencia en su vida: ¿Con quién se ha encontrado? ¿Cómo se refiere a Él en este pasaje? Fíjate en los verbos: ¿cómo ha sido esta experiencia? ¿Para qué quiere comunicarla?*
 - *¿Es una experiencia que sólo ha tenido él o la comparte con otros?*

► Volvemos sobre nuestra vida

Cuando alguien habla desde la propia experiencia su testimonio tiene una fuerza especial, se nota implicado en aquello que está contando, y su palabra convence. Hemos visto que Juan y los primeros testigos anunciaban a Jesús resucitado con quien habían vivido. Vamos a intentar descubrir entre todos el mensaje que estos versículos pueden traer a nuestra vida.

- ¿Sigues a Jesús por la experiencia personal que has tenido o por lo que te han contado de Él?

- ¿Cuando hablas de Jesús, cuentas experiencias vividas o frases aprendidas?

► Oramos

Conocemos a Jesús. Todos tenemos experiencia de su persona, de su cercanía. En comunidad vamos a colocarnos ante Él. Con las palabras de la primera carta de Juan o con las nuestras propias, vamos a hablarle. Podemos darle gracias, alabarle, pedirle... sabiendo que Él es el Dios cercano que siempre escucha.

- Volvemos a leer de nuevo el pasaje de 1 Jn 1,1-4.

- Oración personal y comunitaria.

- Concluimos nuestra reunión cantando: “Soy yo, Señor, quien contigo quiere hablar”, u otro canto conocido que refleje nuestra relación personal con Jesús.

📖 EXPLICACIÓN DEL TEXTO

Comenzamos a leer la primera carta de Juan. Lo primero que nos sorprende es que esta carta no tenga encabezamiento: no se dice quién la escribe, ni a quién va dirigida, ni la fecha, ni el lugar. Comienza directamente con el asunto que quiere presentar. Es como si el autor quisiera que todos los que la leyeran pudieran sentir que se dirige a ellos.

También nos llama la atención que en estos cuatro versículos se insista en la actividad de los sentidos a partir de cuatro verbos: oír, ver, contemplar y tocar. Todos ellos hacen referencia a una realidad histórica, concreta que puede ser experimentada. En esta realidad humana se apoya el autor de la primera carta. En ella nos dice que Dios no es algo abstracto, que los primeros testigos han tenido experiencia sensible de su amor en Jesús, a quien han visto, oído, contemplado y tocado.

Sabemos por el cuarto evangelio que para Juan oír es más que percibir palabras, es escuchar la Palabra, es reconocer y seguir a Jesús (Jn 10,4). Ver no es sólo observar lo exterior, es mirar con los ojos de la fe para descubrir en “el jardinero” al Resucitado (Jn 20,15-18). Contemplar más que una actitud pasiva es disponerse para acoger la gloria del Hijo único del Padre (Jn 1,14). Tocar es palpar no sólo con las manos, también con el corazón para confesar a Jesús como Señor y Dios (Jn 20,27-28). Por tanto, cuando el autor hace referencia en el comienzo de la primera carta a aquello que ha vivido, no está presentando una experiencia superficial que ni compromete ni lleva a nada. Detrás del oír, ver, contemplar y tocar está la actitud de un testigo que, desde la fe, ha implicado su vida en la aventura de Jesús. Más allá de la experiencia sensible y apoyándose en ella, está la experiencia

de la fe. Al presentar esta vivencia pretende oponerse a quienes entonces o ahora defiendan que Jesús no es Dios y hombre verdadero, que Dios no se ha podido manifestar en una persona histórica concreta. Además está invitando a su comunidad y a las comunidades cristianas de todos los tiempos a creer, a fiarse de la experiencia de fe de los primeros testigos, a adherirse a lo que se ha llamado el testimonio apostólico y unirse al grupo de los dichosos que creen sin ver. Así se participa en la vida eterna que es el mismo Jesús.

Después que algo ha pasado por los sentidos, lo hemos interiorizado y hecho propio, lo comunicamos. Es la experiencia de la Samaritana, del ciego de nacimiento, de María Magdalena, de cualquier testigo. Tras la experiencia viene el anuncio, la necesidad de compartir la alegría de la fe para que “todos tengan vida”. Según estos versículos, ¿cuál es el contenido de esa fe que el autor de la primera carta de Juan anuncia y para qué lo hace?

El anuncio se refiere a “lo que existía desde el principio” (1 Jn 1,1), a “la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado” (1 Jn 1,2). Estas palabras nos recuerdan el evangelio de Juan, especialmente el prólogo, y se refieren a Jesús. Él nos ha mostrado como nadie el rostro del Padre y su proyecto de amor hacia nosotros. Por tanto, en esta carta Juan anuncia a Jesús, al que ya nos había presentado en su evangelio. Este anuncio tiene un doble objetivo: llevar a la comunión con los primeros testigos, con Dios y con los hermanos, y alcanzar el gozo completo.

Comunión en la primera carta de Juan es sinónimo de unidad en la fe. Una fe que debe avanzar según los impulsos del Espíritu hacia un crecimiento y que debe estar atenta a todo lo que la separe de lo revelado a los primeros testigos sobre Jesús. Alejarse de lo anunciado por estos testigos equivale a desgajarse de la vid, a convertirse en sarmiento sin savia, a perder la comunión con Dios y con la comunidad. Acoger el anuncio es mantener la comunión y alcanzar el gozo completo. Porque quienes creen sin haber visto pero fiados de la palabra de quienes sí vieron, son dichosos, están unidos al Padre y al Hijo y llenos de la alegría prometida por Jesús (Jn 16,22), alegría que nadie les podrá arrebatar.

Estos pocos versículos son un magnífico pórtico para adentrarnos en la carta. Son comparables al prólogo del evangelio de Juan, no sólo porque avanza los temas que se desarrollarán a lo largo de todo el escrito, sino también porque hay en ellos una profunda comprensión de lo que es el testimonio cristiano y de lo que significa compartir la fe.

PARA PROFUNDIZAR

Las cartas de Juan

En la primera sesión de este libro presentamos el evangelio de Juan con una imagen. Comparábamos la composición de ese evan-

gelio con la construcción de una casa: hay un proyecto, un solar, unos materiales... Decíamos que Jesús era el arquitecto, Juan el aparejador, la comunidad los obreros... Entonces os invitamos a entrar en la casa, conocerla, admirarla, respirar su ambiente, beber del agua de su pozo...

En la sesión de hoy os hemos animado a fijar la atención en la continuación de la obra de Juan. Antes de terminar la construcción de "La Casa de los Testigos", murió el aparejador. Los obreros siguieron trabajando con entusiasmo, pero malinterpretaron los planos del Arquitecto. Esto hizo que aquella casa ya no creciera con armonía. Entonces, un personaje ilustre en la comunidad, que en la segunda y tercera carta de Juan se llama "el presbítero", alguien que había visto crecer la obra desde los cimientos, que había colaborado con "el discípulo amado" desde el principio y que conocía bien los planos, invitó a volver sobre ellos y examinarlos. Señaló unos cuantos errores y pidió la colaboración de todos para corregirlos. Quienes no estuvieran de acuerdo en seguir construyendo y viviendo en esa casa según los planos originales del Arquitecto, tendrían que abandonarla.

Errores de construcción

Aquella comunidad había recibido el mensaje de Jesús tal como lo recoge el cuarto evangelio. Con el correr del tiempo, en aquella casa empiezan a surgir problemas de fondo. Las discusiones debieron ser bastante acaloradas. Nos dejaron escritas algunas expresiones muy duras para un cristiano. Se llamaron mentirosos, seductores, anticristos, mundanos... Incluso llegaron a negarse el saludo.

El autor pide fidelidad al proyecto original porque sólo así podrá haber armonía y paz en la casa. No quiere acusar ni ofender a nadie. Lo que deseaba para todos lo dejó escrito en el cuadro de la entrada: llegar a la comunión y el gozo completo (1 Jn 1,3-4).

¿Cuál era el problema? La raíz del mal estaba en que algunos interpretaron el evangelio personalmente, a su manera, sacando conclusiones inaceptables. Vamos a fijarnos en los dos pilares que más se desviaban de los planos originales. Uno se refiere al mismo Arquitecto, a Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios; y el otro al amor, a la vida dentro de esa casa.

El pilar de la fe en Jesús

Por aquellos años una forma de pensar alejada del cristianismo se había infiltrado en las comunidades joánicas dividiéndolas. Los cristianos que aceptaron esas ideas fueron separándose de la confesión de fe del resto de la comunidad. Decían que creían en Dios, pero que Dios, inalcanzable e invisible, no se había manifestado en

una persona histórica concreta, que el Hijo de Dios ni se encarnó ni murió por nosotros. Además, según su pensamiento, no necesitamos a Jesús porque por nosotros mismos logramos la unión con Dios, con nuestras fuerzas podemos llegar a conocerle.

Ante esta manera de pensar, el autor de la carta acude al origen. Retoma la elevada figura de Jesús que viene en el evangelio de Juan y la presenta de nuevo, remarcando con fuerza las líneas que señalan la auténtica doctrina, la correcta lectura de los planos. El amor de Dios se nos ha manifestado en una persona histórica concreta: Jesús de Nazareth; Jesús ha nacido, vivido, muerto y resucitado por nosotros; a la vida eterna, la unión con Dios, sólo se llega por un camino: Jesús, el Camino (Jn 14,6).

El pilar del amor al hermano

La columna de la fe en Jesús-Mesías-Hijo de Dios era y es fundamental para mantener en pie el edificio de la comunidad joánica. En esa casa a la que nos estamos refiriendo, había otro pilar que estaba perdiendo plomada y fuerza: el amor fraterno.

Jesús, el Arquitecto, había dejado una indicación clara para leer los planos del proyecto de Dios sobre el mundo: "Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros" (Jn 13,34), pero las divisiones y las ideas erróneas dentro de la comunidad estaban disminuyendo la seriedad de este "mandamiento nuevo". El autor de la primera carta de Juan les recuerda el encargo de Jesús: "El mensaje que habéis oído desde el principio es que debemos amarnos los unos a los otros" (1 Jn 3,11). La fuente y fundamento de este amor mutuo es que Dios es amor (1 Jn 4,8) y nos ha amado primero.

Con esta vuelta a los orígenes, a "lo que habéis oído desde el principio", el autor muestra a la comunidad la falsa enseñanza de algunos de sus miembros, los une entre ellos para que puedan hacer frente a las divisiones que les acechan y les enseña el camino de un cristianismo dinámico que no se compromete sólo con la boca, sino con hechos y de verdad (1 Jn 3,18). Sólo así "La Casa de los Testigos" continuará creciendo con armonía hasta hacer de nuestro mundo una gran casa.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar el próximo encuentro vamos a terminar de leer la Primera Carta de Juan. Mientras lees 1 Jn 4,7-5,21, señala tres versículos en los que, a tu modo de ver, se diga con claridad que la fe en Dios y el amor al hermano son inseparables.

15 EL AMOR DE DIOS SE HA HECHO HOMBRE



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En nuestra lectura continuada del evangelio y la primera carta de Juan estamos descubriendo el amor del Padre manifestado en Jesús y también nuestra misión como testigos. En este último encuentro queremos detenernos una vez más, y a modo de resumen, en ambos aspectos pero contemplados desde la óptica del amor. Pretendemos en esta sesión:

- Recordar que Jesús nos ha enseñado que Dios es amor, y que la aceptación de este amor nos empuja a amar al hermano.
- Pedir la gracia de acoger el amor de Dios para que se derrame a nuestro alrededor.
- Evaluar el camino recorrido en los grupos y animarnos a seguir leyendo la Biblia, tanto en comunidad como individualmente.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre 1 Jn 4,7-5,21

Con la sección que hemos leído para el encuentro de hoy (1 Jn 4,7-5,21) finaliza la primera carta de Juan. En estos capítulos se presenta la estrecha relación que existe entre la fe en Dios y el

amor a Él y al hermano, hasta el punto de que si no hay frutos concretos de amor en la vida de cada día, la fe de esa persona o de esa comunidad cojea o incluso es falsa. Sólo amando al hermano el cristiano puede decir que conoce a Dios, que le ama, que ha nacido de Él y que permanece en Él. Porque Dios es amor. Ésta fue la gran revelación de Jesús, el Hijo de Dios. Hoy queremos detenernos un poco más en este doble aspecto de la fe cristiana: amor a Dios, amor al hermano. Por eso para preparar este encuentro nos propusimos leer esta última parte de la carta buscando *tres versículos en los que, a tu modo de ver, se diga con claridad que la fe en Dios y el amor al hermano son inseparables*.

Compartimos con los demás miembros del grupo lo que cada uno de nosotros ha descubierto en la lectura personal que ha hecho.

☞ Muchos son los versículos que señalan que la fe y el amor son dos aspectos íntimamente relacionados en la vida cristiana, sobre todo los que se sitúan entre 1 Jn 4,7 y 1 Jn 5,3. A partir de 1 Jn 5,4 y hasta el final, el autor de esta carta, ante errores que estaban acechando a la comunidad, defiende que Jesús es el Hijo de Dios hecho carne y que todo el que cree en Él (recuerda el sentido del verbo creer en Juan) tiene la vida eterna.

No consideramos necesario especificar todos los versículos que hablan del vínculo entre creer en Dios y amar al hermano (1 Jn 4,7.8. 11.12 y otros). Sería conveniente que al final de la puesta en común quedara claro que ambos aspectos son uno solo, que constituyen el carnet de identidad del cristiano, y que sirven para valorar, también hoy, en qué medida se está viviendo de acuerdo a la fe que profesan nuestros labios. La guía de lectura de esta sesión girará en torno a este mismo aspecto, pero también tiene otro: una breve revisión de nuestras reuniones de lectura orante de la Biblia desde el amor que se manifestó en Jesús y que Juan nos recuerda en su primera carta. Nuestras reuniones sólo tienen valor si nos están llevando a conocer más a Dios, a amarle más, y a amar más también al hermano.

GUÍA DE LECTURA

“Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”

Antes de comenzar buscamos **1 Jn 4,7-21**

► Ambientación

La comunidad del discípulo amado nos ha abierto las puertas de su experiencia de fe y nos ha mostrado el amor entrañable del Padre manifestado en Jesús, el Hijo. De la mano de Juan y con

nuestros hermanos y hermanas de grupo, nos hemos familiarizado con personajes como Nicodemo, la Samaritana, María Magdalena; con imágenes como el pan, la luz, la vida. Los testigos de los primeros tiempos nos han mostrado lo que ellos han visto, han oído y de lo que dan testimonio, para que su experiencia ayude a la nuestra y también nosotros veamos y seamos testigos.

Hoy esa comunidad nos presenta, a modo de resumen, el pilar sobre el que se debe construir toda vida cristiana que quiera llamarse auténtica.

► Miramos nuestra vida

Nuestro mundo está falto de amor, aunque nunca se ha usado tanto esta palabra. Dicen que hay amor de consumo, amor telefónico, amor de eslogan, amor de usar y tirar... Todos ellos son amores suaves, amores vacíos, amores que no comprometen. Pero sabemos por experiencia que un amor que exige poco y que puede eliminarse a la primera dificultad no sirve. Afortunadamente también conocemos amores diferentes, amores que llenan y que deberían escribirse con mayúscula. Vamos a hablar de todo esto:

– ¿Piensas que todos queremos decir lo mismo cuando utilizamos la palabra “amor”?

– Según tu opinión, ¿cómo debería ser un amor verdadero?

► Escuchamos la Palabra de Dios

Jesús también propuso un ideal de amor, el único amor que merece llamarse así. Ideal exigente, pero no imposible. En el pasaje que vamos a meditar hoy Juan nos recuerda de dónde brota ese amor y cuál ha de ser nuestra respuesta como cristianos.

• Antes de escuchar la Palabra de Dios preparamos nuestro interior para recibirla, guardando un momento de silencio.

• Proclamación de 1 Jn 4,7-21.

• Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de la Biblia.

• Respondemos entre todos a estas preguntas:

– ¿Qué se dice sobre Dios y el amor?

– ¿Qué se dice sobre nosotros, los cristianos, y el amor?

– ¿Qué relación se establece entre Dios, el amor y nosotros?

► Volvemos sobre nuestra vida

La Palabra de Dios acaba de mostrarnos que amar es asomarse al misterio de Dios, es haberse dejado encontrar por un amor verdadero. Recordando lo que comentábamos al principio de la guía de lectura, podemos decir que hoy nuestro mundo necesita con urgencia testigos de un amor así.

– *¿Descubres en tu vida que Dios es amor, que te ama? Comparte tu experiencia con el grupo.*

– *El pasaje que hemos leído, ¿te ayuda a comprender lo que significa amar para un cristiano? ¿Qué has descubierto para tu vida?*

– *¿Te ayuda el grupo de lectura de la Biblia a descubrir el amor que Dios te tiene, a amar a los demás? ¿Cómo lo ves reflejado en tus actitudes y en tus hechos? ¿Te gustaría seguir participando en grupos de lectura creyente de la Biblia?*

► Oramos

Vamos a recoger ahora, en forma de oración, lo que nos ha sugerido la lectura y meditación de este pasaje. Es un buen momento para rezar por las personas que queremos, por las que deberíamos querer más, y por nosotros mismos, para que el amor de Dios sea en nuestro interior como un torrente de agua viva que apague la sed a nuestro alrededor.

Nuestra oración hoy puede ser también un canto de alabanza y gratitud a Dios por este camino que hemos hecho juntos, leyendo, reflexionando y orando el evangelio y la primera carta de Juan.

- Leemos de nuevo 1 Jn 4,7-21 en un clima de oración.

- Oramos personalmente.

- Rezamos juntos el salmo 136 (135). Es un salmo de alabanza y acción de gracias en el que se recuerdan las intervenciones de Dios a favor de su pueblo, Israel. El estribillo que se repite constantemente “porque es eterno su amor” expresa la respuesta agradecida del pueblo ante el amor y la bondad de Dios. Dios también ha tocado con su mano amorosa nuestra vida y nuestra historia. Cada uno puede recordar, en una frase breve, algún gesto del amor de Dios en su vida (“me dio fuerza en la enfermedad”, “me da alegría para compartirla”...) y todos respondemos con el estribillo: “porque es eterno su amor”.

- Podemos terminar cantando “Si me falta el amor no me sirve de nada”.

📖 EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El amor es uno de los grandes temas en la primera carta de Juan. De muy diversas maneras, constantemente, el autor va exhortando y animando a amar a lo largo de todo el escrito. El pasaje que estamos meditando en este encuentro muestra dos aspectos inseparables dentro del amor cristiano: el amor a Dios y el amor a los hermanos.

El autor no quiere dar prioridad al amor fraterno, sino presentar el amor como algo que corresponde al estilo de Dios y que es Dios. Dios es amor y nos ama. Para nosotros la respuesta razonable, la consecuencia

lógica, sería amar a Dios. Pero Juan, más allá de la lógica humana, dice que la respuesta evangélica es amar al hermano. Ahí debemos volcar el amor que suscita en nosotros sabernos amados por Dios. Ahí se manifiesta hasta qué punto le amamos de verdad (1 Jn 4,20). Vamos a leer detenidamente este pasaje, tan denso y tan rico.

Juan quiere dejar claro que Dios se ha manifestado como amor, que nos ama, y que este amor lo hemos experimentado en Jesús, el Hijo.

“Dios es amor” (1 Jn 4,8.16). Juan ya nos había dicho cómo era Dios con otras dos frases semejantes: “Dios es espíritu” (Jn 4,24), “Dios es luz” (1 Jn 1,5). Las tres definiciones se complementan y dicen algo de Dios, porque a Dios no le pueden abarcar nuestras ideas. Con nuestras palabras y a nuestro modo podríamos unir las diciendo: Dios es alguien trascendente y, a la vez, entrañablemente cercano, lejano por su grandeza y familiar por su misericordia (Eccl 2,18). Como es espíritu y luz, está más allá de lo que nosotros podemos entender y, como es amor, vive a nuestro lado.

Su amor se nos ha manifestado por propia iniciativa, y por eso dice san Juan que “Dios nos amó primero” (1 Jn 4,19), es decir, nos equivocaríamos si llegáramos a pensar que fuimos nosotros quienes con nuestro esfuerzo conquistamos a Dios. Fue Dios quien, con su amor, nos conquistó primero. Esto es lo que vemos en toda la historia de la salvación, y también en la gran iniciativa gratuita de su amor, la salvación ofrecida en su Hijo Jesús: “Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único” (1 Jn 4,9). Dios se nos revela así como el amor perfecto: nos ama el primero y nos da lo más querido, a su propio Hijo. En este dar y darse está el verdadero amor. Es aquí donde mejor se muestra lo que es Dios.

Nosotros hemos experimentado ese amor, hemos sido poseídos por Él, o, en palabras de Juan: “hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene” (1 Jn 4,16), “hemos visto y damos testimonio” (1 Jn 4,14). Nuestro testimonio es el amor fraterno, íntimamente unido al amor de Dios e inseparable de él. Y no podía ser de otro modo. Porque no se puede conocer a un Dios así y no quererlo, ni descubrir el Bien y no seguirlo, ni contemplar la Belleza y no admirarla. Si hemos conocido a Dios, el Amor, el Bien, la Belleza, Él vive en nosotros, nos parecemos a Él y actuamos desde su lógica y su dinamismo. Eso es lo que ocurre cuando dos personas que se quieren de verdad viven juntas: se contagian gestos, formas de hablar, hasta aficiones. Dios, con su Espíritu (1 Jn 4,13), nos ha dado su vida para que nos parezcamos a Él viviendo desde un amor como el suyo, como el que nos manifestó en Jesús: un amor de entrega, de liberación, de salvación (1 Jn 4,14). Hasta Jesucristo nunca el amor de Dios se había revelado con tanta hondura, y nunca su amor había pedido una entrega tan radical: llegar a dar la vida por el hermano. La persona que persevera en esta actitud de amor fraterno está en Dios y Dios en ella (1 Jn 4,16), se la puede llamar nacida de Dios (1 Jn 4,7), se puede afirmar que conoce a Dios (1 Jn 4,8).

Pero nuestro amor todavía es imperfecto. Y a veces nos puede asaltar la duda: “¿Y el día del juicio? ¿Llegaré a la salvación?”. El autor de la primera carta de Juan nos invita a que miremos ese día con alegre confianza, porque nos encontraremos cara a cara con Cristo. Por eso nuestra preocupación por ese día no puede ser un temor que paraliza, que ahoga, porque al amor no se le tiene miedo. Ante el juicio la postura correcta para un cristiano es la de una confianza que favorezca todo lo que ayude a la plena expansión del amor. Porque ese día Cristo, que nos mostró que la esencia de Dios es el amor, nos examinará en el amor.

El amor es, por tanto, una exigencia muy seria para los seguidores de Jesús. En contra de lo que pudiera parecer, este amor no depende sólo de nuestro esfuerzo, sino, ante todo, de ver, conocer y creer en la fuente de la que mana el amor: Dios. Situados en esa fuente, el amor al hermano no surge por imposición, sino por convencimiento, por decidida voluntad de entrega generosa hacia Aquel que, con amor concreto y gratuito, nos amó primero y nos entregó su Espíritu para que también nosotros, con amor concreto y gratuito, amemos primero, si es necesario, hasta dar la vida.

PARA PROFUNDIZAR

Dios es amor

En nuestra sociedad se utiliza a menudo la palabra amor. Se llama amor a un sentimiento que pasa sin comprometer en nada, a los sucesos que llenan las revistas del corazón, a la pasión que, en el fondo, esconde un deseo de posesión, al amor de amistad, a la relación entre personas que son parientes o vecinos, al afecto que predispone a hacer cualquier cosa por la persona querida o por unos valores elegidos. Los cristianos ponemos el origen del amor en Dios y decimos que es lo principal en nuestras vidas. La misma palabra tiene, por tanto, un abanico de significados y de implicaciones muy diferentes. Por eso en esta reflexión vamos a tratar de descubrir qué queremos decir los seguidores de Jesús con la palabra “amor”, cuál es su fuente para que, cada día más conscientemente, imprima un estilo cristiano a nuestros pasos.

Dios nos ha manifestado su amor en una historia concreta

La primera página de la Escritura se abre con la creación del mundo y del ser humano. Todo, hasta la vida, se debe a la iniciativa gratuita del amor de Dios: “Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno” (Gn 1,31). El autor del libro de la Sabiduría, reflexionando sobre la creación, dice: “Amas todo lo que

existe, y no aborreces nada de lo que hiciste, pues, si odiaras algo, no lo habrías creado” (Sab 11,24). Dios lo ama todo, pero siente una predilección especial por el ser humano, con el que quiere entrar en diálogo de amor.

Para comenzar este diálogo de amor, elige un pueblo, Israel, y en medio de su realidad histórica, respetando su mentalidad y sus costumbres, empieza a descubrirle poco a poco quién es Él, su Dios. La gran prueba de amor y cercanía la tuvo Israel en la liberación de Egipto. Fue la piedra central de su construcción como pueblo de Dios. A partir de ahí Israel empezó a entender que había un Dios “clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel” (Dt 34,6) que lo prefería no porque fuera un pueblo grande y numeroso, sino, sencillamente, porque lo amaba (Dt 7,7-8).

Pero a Dios no le fue sencillo hacer entender este amor a su pueblo. Se presentó bajo la imagen de un gran rey que, según las costumbres de la época, quería establecer un contrato, una alianza, con sus súbditos. Yavé sería el Dios de Israel y éste su pueblo (Dt 26,17-19). Pero Israel rompía frecuentemente el pacto. Dios se presentó también bajo la imagen de un viñador que tenía una viña predilecta, plantada en un lugar fértil, a la que cuidaba con solicitud, por la que se desvivía. Pero en lugar de uvas, daba agrazones (Is 5,1-2). Y, a pesar de todo, Dios seguía gritando a su pueblo de muchas formas: “Con amor eterno te he amado” (Jr 31,3). Una y otra vez volvía a decirle lo mismo utilizando imágenes familiares: Dios era el esposo fiel que siempre perdonaba (Os 14,5); se mostraba como el padre-madre amoroso que con ternura enseña a andar a su hijo, lo lleva en brazos, lo besa (Os 11,1-4); Dios se hizo pastor para apacentar, buscar, cuidar y mimar a todas las ovejas, especialmente a las más necesitadas (Ez 34,11.16). Pero Israel continuaba sin entender. A los tiempos de fidelidad sucedían otros de alejamiento a pesar de que hombres justos, amigos del Señor, exhortaban al pueblo para que volviera a Dios, a su amor primero (Os 2,16-17).

A Dios no le fue sencillo. Aquel era un pueblo con la cabeza muy dura (Ex 32,9) y en su interior anidaba un corazón de piedra (Ez 36,26). Pero Dios lo amaba.

Dios nos ha manifestado todo su amor en Jesús

Llegó entonces la “plenitud de los tiempos”. Si en el AT Israel pudo entender que Dios más que amor era poder, ahora Dios mostraría que su poder era el amor. Si Dios se había manifestado parcialmente en su grandeza bajo los símbolos del fuego, la nube o el arca, ahora se revelaría plenamente como amor encarnado. Si entonces se malinterpretaron sus intervenciones en favor de su pueblo, ahora enviaría

su Palabra hecha carne para que no quedara ninguna duda de que su deseo era amar a cada persona en su realidad histórica concreta. Y entonces, porque el amor no se reserva nada, "tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único..." (Jn 3,16).

Jesús, la Palabra hecha carne, nos dijo con su voz y con su vida cómo era Dios, su Padre: oferta incondicional de amor y perdón, invitación eterna a entrar en un nuevo modo de relación con Dios y entre nosotros al que llamó su Reino, un Reino que no se manifiesta con poder, sino con amor solidario. Él mismo nos mostró el camino.

Pero debe ser cierto aquello de que la historia se repite. Porque el pueblo continuó sin entender. Entonces quedó patente que Dios, por amor, puede llegar hasta la cruz, hasta la muerte (Jn 15,13). En el colmo del desamor eliminamos su forma humana y mortal y Él, muriendo por amor, acabó con la muerte, dejó vencidas en la cruz todas las posibilidades humanas de desamor.

Aún no se ha acabado todo. Dios sabe de nuestra cabeza dura y quiere cambiar nuestro corazón de piedra por otro de carne, mostrarnos su amor entrañable. Por eso, tras la Resurrección de Jesús, nos entrega su Espíritu y nos hace hijos (Rom 8,15-17), para que la relación con Él no se rompa jamás. Él, que es amor (1 Jn 4,8), sabe que la comunicación total que desea establecer con nosotros sólo puede realizarse en el amor y desde el amor. Introduciendo su Espíritu de amor en nuestros corazones nos hace partícipes de su misma vida: la vida de amor que se vive en el seno de la Trinidad, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu.

Amor con amor se paga

Podemos afirmar que "hemos conocido el amor" (1 Jn 3,16), que estamos sumergidos en Él, que nos abraza por todos lados (Sal 139,5). Si nos estancáramos y nos mantuviésemos sentados, si dijésemos "¡Qué bien se está aquí!", no habríamos entendido nada. Jesús, que nos revela el amor de Dios, nos dice "Amaos" (Jn 15,12), y san Juan que exclama: "Dios es amor", pide también "amémonos los unos a los otros" (1 Jn 4,7). No es un chantaje de Dios, porque el amor no necesita obligar, tiene una fuerza que arrastra voluntariamente. El amor de Dios impulsa a la donación y a la entrega, porque "amor con amor se paga".

El amor cristiano, porque es espejo del amor de Dios, es un amor sin límites, sin lógicas humanas. Pablo en la primera carta a los Corintios señala algunas características de este amor en un pasaje que se ha llamado el "himno al amor": "El amor es paciente y bondadoso..., no es egoísta..., todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta" (1 Cor 13,4-7). Amar en cristiano forma parte de lo sencillo y cotidiano, todos podemos comprenderlo, pero

mantener este amor como estilo de vida es tarea de héroes. A pesar de ello no nos desanimamos. Este amor, que tiene su manantial en Dios y que se dirige a la vez a Dios y a nuestros hermanos, podemos vivirlo porque "al darnos el Espíritu, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones" (Rom 5,5).

Proclamar que "Dios es amor" nos implica en la dura pero hermosa tarea de hacer presente a ese Dios amor en nuestro mundo, nos lanza a amar a los demás, lo que Dios más ama. Proclamar que Dios es amor absoluto que ama y perdona sin condiciones, que ese amor lo han visto nuestros ojos y palpado nuestras manos es labor de toda una vida de oración, de servicio, de entrega hasta el extremo, porque no hay mayor amor que dar la vida por los demás (Jn 15,13).

NOTAS

ÍNDICE

Presentación.....	5
1 Os proponemos descubrir juntos el amor del Padre	13
2 Jesús, palabra del Padre	21
3 Volver a nacer	31
4 Junto al pozo de agua viva	39
5 Jesucristo, vida del Padre	47
6 Jesús, misericordia del Padre	55
7 El buen pastor.....	63
8 Si hubieras estado aquí	73
9 Felices los que sirven	81
10 Unidos a Jesús y al Padre para dar fruto	89
11 Jesús ruega al Padre por nosotros	97
12 Junto a la cruz de Jesús	105
13 Testigos de la resurrección de Jesús	115
14 Nuestro testimonio sobre el Padre es conforme al evangelio de Jesús	123
15 El amor de Dios se ha hecho hombre	131
Mapa	143

PALESTINA EN TIEMPOS DE JESÚS

